



***Amigo, date cuenta.* La escuela y la familia como principales agencias socializadoras en la configuración de mi masculinidad: autobiografía.**

Julián Segura Vahos

Tesis de maestría presentada para optar al título de Magíster en Educación

Asesoras

Hilda Mar Rodríguez Gómez, Magíster (MSc) en Educación-Docencia

Óscar Emilio Marín Garcés, Magíster (MSc) en Educación

Universidad de Antioquia

Facultad de Educación

Maestría en Educación

Medellín, Antioquia, Colombia

2021

Cita	(Segura Vahos, 2021)
Referencia Estilo APA 7 (2020)	Segura Vahos, J. (2021). <i>Amigo, date cuenta. La escuela y la familia como principales agencias socializadoras en la configuración de mi masculinidad: autobiografía</i> . [Tesis de maestría]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.



Maestría en Educación, Cohorte XIX.

Grupo y línea de investigación: Pedagogía y Diversidad Cultural (DIVERSER).



Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes

Decano Facultad de Educación: Wilson Bolívar Buriticá

Jefe departamento: Ruth Elena Quiroz Posada

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. El autor asume la responsabilidad por los derechos de autoría y conexos.

Dedicatoria

A mis padres Jhon y Jairo. A Yola, madre y DT de mi vida.

A mis amigos, tíos, primos, compañeros y a todos los varones con los que socializo.
El camino apenas empieza. Es exigente y es bello.

Agradecimientos

A ustedes, mujeres. Por sus claridades, por su lucha y por las invitaciones con amor.

A mis profes y mis escuelas, especialmente a nuestra gloriosa Universidad de Antioquia.
¡Qué viva la academia sensible!

A vos, bendito fútbol.

A mis familias Vahos, Zapata y Segura.

A ti, Andrea.



Autodidacta, Matías Sierra, 2013.

Tabla de contenido

Resumen.....	2
Abstract.....	3
1. Presentación.....	4
2. ¿Cómo llegué aquí?.....	8
3. Narrar mi masculinidad.....	18
4. Escribirme.....	28
5. De la nada al niño, del niño al varón, del varón al macho.....	41
6. Ellas.....	88
7. Redonda omnipresencia.....	115
8. Paternidad en doble vía.....	127
9. Entre hombres.....	146
Referencias.....	164

Resumen

Existen tantas masculinidades como hombres, y la mía ha estado modelada a partir de diversos sentires, experiencias, decisiones y, sobre todo, desde las invitaciones y mandatos recibidos en las dos principales agencias de socialización: la familia y la escuela. Por ello, me embarqué en un viaje sin fin en el que, a través de mis memorias y conversaciones con el presente, describo mi propia historia en primera persona a la luz de exigencias y privilegios que he tenido como macho socializado varón. Esta autobiografía intenta, pues, develar detalles sobre la configuración de mi propia masculinidad, hacer un alto en el camino y dar los primeros pasos hacia una hombría más consciente de sí, que interpela e invita.

Palabras clave: masculinidad, familia, escuela, género, privilegios, exigencias.

Abstract

There are a multitude of different ideas and interpretations of masculinity, upon self-reflection I believe my own views about masculinity are primarily derived from feelings, experiences, decisions and because of invitations and orders I experienced within the two main socialization agencies: Family and School. I decided to examine my experiences within these two agencies both in terms of my own memories and conversations with the present. I did this in an effort to examine how Family and School influenced me, and how the demands and privileges these settings presented contributed to the interpretation of masculinity I hold as male socialized man. My hope is that this autobiography, while shining a light on my own masculinity configuration and stopping to take a breath, will also be a first step in my own journey to become a more conscious man with a more considered and healthy masculinity, which asks and invites.

Key words: masculinity, family, school, gender, privileges, demands.

1. Presentación

“Porque no cuesta nada mirarse para adentro”

Silvio Rodríguez

Este proyecto está inscrito en la Línea de Formación “Pedagogía y diversidad cultural” del Grupo de Investigación DIVERSER de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia. Este grupo aboga por un intercambio de cosmovisiones más allá de las perspectivas occidentales, por comprender profundamente los diversos sistemas simbólicos, por el reconocimiento de la otredad y por la necesidad de pensar las relaciones existentes entre saber, poder y cultura.

Que yo como varón tenga voz cada que lo deseo no es ninguna novedad, pero otro asunto podría ser que yo hable para interpelar un poco quién soy y cómo mi masculinidad ha sido dada por hecho; por ello este proyecto de investigación en la Maestría en Educación titulado “*Amigo, date cuenta*”. La escuela y la familia como principales agencias socializadoras en la configuración de mi masculinidad: autobiografía”. La educación se entiende como el proceso del ser humano en el que se adquieren creencias, habilidades, manera de ser y habitar entornos. La educación no se reduce a lo escolarizado ni al espacio físico de una escuela por lo que no será abordada únicamente desde componentes curriculares y, más bien, lo educativo residirá en la socialización humana que forma y en los mandatos dictados por las principales agencias de socialización - escuela y familia-, las cuales fueron las entidades más presentes que aportaron a la configuración de mi masculinidad.

Trataré de mostrar que estas agencias constituyen una red de orientación a una serie de conductas y comportamientos específicos de lo que se considera ser varón y cómo han influido en mi formación personal, siendo ya esto un inmenso factor educativo; para luego comenzar a ser autocrítico con los procesos que he vivido, intentar hacerme responsable, tejer discusiones académicas, evaluar mi punto de enunciación y atreverme a invitar a otros varones a la interpelación.

Las masculinidades no se terminan de establecer; y mi masculinidad, más que ser enmarcada, clasificada y meramente explicada, pretende ser expuesta. La expresión “amigo(o), date cuenta”, es generalmente usada entre jóvenes al invitar a una persona cercana a reconocer que otro individuo o cierto comportamiento no le hace bien y no le conviene. “Date cuenta” es una expresión informal y amorosa equivalente a “abre los ojos”, “entiende”, “reconoce, aunque

te duela”. En este proyecto, el “amigo, date cuenta” no pretende ser un mero recurso estilístico, sino que en este quiero ubicar el valor académico e investigativo como medio por el cual se puede tomar conciencia a través de la escritura de una autobiografía que asome procesos de subjetivación y reconfiguración a través de la exposición de sí, los recuerdos y el reconocimiento propio, y al intentar difuminar la línea en la que hay un investigador y un sujeto investigado. He sido el mismo, siendo varios al tiempo.

El “darse cuenta” es una postura política en medio de mi recorrido de vida. Aunque no es lo mismo darse cuenta que hacerse cargo, pues los mandatos y privilegios no solo afectaron mi cuestionamiento inicial (caminar detrás de una mujer y sentirme peligroso) sino que también permiten mostrar lo que ocurrió en mis relaciones románticas, la relación con mamá y papás, con el fútbol, con otros varones y en los centros educativos para, posteriormente, intentar asumirme en postura de *traición voluntaria al patriarcado*¹, aunque sea de manera lenta y performática al principio, pues mi configuración propia de masculinidad no me permite traicionarlo del todo aunque racionalmente lo quiera. Será Julián en términos internos y externos, un camino donde encuentro y expongo unas *exigencias inclinadas* que tenemos hombres y mujeres en nuestras principales agencias de socialización, lo que podría llevar a identificar unas ciertas formas específicas de comprender la masculinidad y cómo se disponen socialmente las imposiciones de género.

La narración lineal característica de la investigación académica no representa, ni puede hacerlo, la complejidad de la experiencia de la vida de las personas ni de los contextos en que vivimos (Rivas, 2009, p. 30), por ello, tal como lo propone la investigación narrativa y activa, los sucesos y conversaciones se abordarán no (necesariamente) de manera cronológica, sino que habrá un orden de sentido a partir de aquellos momentos en los cuales, desde un hecho particular, tuve una revelación en lo que respecta a forjar mi masculinidad: algunos muy cotidianos, otros como pequeñas epifanías y algunos menos apreciables en su momento, pero todos significativos hoy a partir de la perspectiva propuesta.

La disposición de los capítulos también tendrá un orden de sentido y no necesariamente dependerán del apartado antecesor; todas las partes autobiográficas, conexiones, posteriores conversaciones y resignificaciones tendrán finalmente que ver con lo que se forjó en familia, escuela y en lo que a hoy asumo como mi forma de ser masculina.

¹ Las expresiones “traición voluntaria al patriarcado” y “exigencias inclinadas” serán ampliadas en varios momentos del texto como categorías de análisis. Llegué a estos gracias a los procesos personales, sociales y académicos en construcción.

Sí tiene una razón de ser que los apartados de familia y escuela se encuentren de manera inicial, pues quiero abordar con hincapié lo sucedido en estas entidades como las dos inaugurales y quizá más grandes agencias de control, socialización y producción de sujeto varón para, más adelante, dar paso al abordaje de esos otros espacios y entornos donde mi ser ha habitado durante toda su vida.

La familia será entendida no solo como las personas y hechos partícipes en mi hogar inmediato (papá, mamá y casa) sino que incluirá todas las personas de mis familias paternas, materna y otros sujetos cercanos. Y, de manera similar, la escuela será concebida en este trabajo como todo centro educativo al que asistí y del cual hice parte, desde los jardines infantiles hasta las universidades.

Si bien familia y escuela fungen como base que puso cimientos sobre mi ser varón, también se encontrarán otros apartados sobre el “mundo real” que vino después, no porque lo sucedido antes de esto fuera irreal, sino porque a partir de entonces la conciencia de sí fue más latente mediante conexiones con lo ya sucedido. Por ello, en cada uno de estos capítulos se hallarán reflexiones propias sobre temas y categorías que llevarán a su vez a análisis y conclusiones particulares que aportarán a la consecución de objetivos; pues, dan sentido al gran bloque de familia y escuela, para luego permitir un acercamiento a mi concepción propia de masculinidad que tiende al presente.

Este trabajo, en el que trataré de usar un tono ameno, reflexivo, verosímil y no forzado, parte de un interés personal en detallar algo que siempre había tomado por hecho y como algo “normal”: ser varón. Por ello quiero narrarme a través de una autobiografía, escrita a la luz de las maneras en que forjé mi masculinidad. No pretendo cambiar al mundo, pero sí quiero entender y editar el mío, al contar mi historia que incluso podrá hablar en diversos momentos en nombre de varios de nosotros.

Así, pues, en el capítulo 2 “¿Cómo llegué aquí?” (Planteamiento del problema) se encontrará cómo un acontecimiento cotidiano provocó un cuestionamiento de sí mismo y del ser varón, y cómo encontré la necesidad de desatar el nudo de la masculinidad en mi vida. El siguiente apartado “Narrar mi masculinidad” (sobre narrativas y estudios de género), es un abrebocas sobre lo que significa hacer investigación de masculinidades con la categoría género como eje de transversal, para luego en el capítulo 4 “Escribir(me)”, explicar cómo voy a llevar a cabo la investigación, análisis y escritura del proyecto. Luego, la sección 5 “De la nada al niño, del niño al varón, del varón al macho”, será el sustento experiencial y analítico sobre cómo fue esa relación que tuve con las entidades educativas y mis familias a la luz de configurarme como

varón y cómo empecé a habitar ese “mundo real”, es decir, otros espacios como los planteados en los dos capítulos que prosiguen, 6: “Ellas”, donde abordaré cómo han sido mis encuentros románticos y físicos como varón heterosexual con diferentes personas a través de los años, las repeticiones y sus consecuencias; y 7: “Redonda omnipresencia”, en el que describo cómo mi relación con el fútbol, con su inocencia y ahínco, dio puntadas excepcionales en ese establecimiento de ser varón. Posteriormente, hay un apartado 8: “Paternidad en doble vía”; en el que ahondaré en las concepciones, dudas y consecuentes liberaciones alrededor de la paternidad, tanto desde el haber sido hijo de dos padres, como de las posibilidades de convertirme en uno para, finalmente, en la sección 9: “Entre hombres”, tejer las conclusiones a las que he llegado a la luz de esta lectura propia como varón, sobre cómo entiendo hoy la masculinidad, acerca de las invitaciones a otros hombres y sobre lo que se puede hacer en la escuela y la familia cuando se acompaña la formación de varones.

2. ¿Cómo llegué aquí?

“El relato es un instrumento no tanto para resolver los problemas sino para encontrarlos”

Jerome Bruner



Estoy sobre una acera medianamente iluminada en algún lugar de la ciudad de Medellín. No es muy tarde, hace un par de horas que anocheció, se ven carros pasar y algunos sonidos son emitidos en locales comerciales. Voy caminando detrás de una mujer y llevamos un ritmo casi similar, pero me doy cuenta de que, con mi velocidad de caminar, un poco mayor a la de ella, la alcanzaré pronto. Comienzo a acercarme cada vez más. De pronto, mi mente me detiene, ahora mis pensamientos condicionan mis pasos, que hasta hace un momento eran mecánicos y, entonces, camino más lento. Siento que soy una amenaza, porque en una acera estrecha, con poca luz y en una ciudad “como esta”, probablemente ella sienta miedo si me siente acercarse. Creo que no me ha visto y, a la vez que voluntariamente voy más lento que lo que mi habitualidad

indica, empiezo a imaginar que si ella me notara cerca podría agarrar su bolso con fuerza, tocarse su cabello y voltear rápidamente, clavar la mirada al suelo, acelerar su paso o salir hacia la calle.

Aunque puedo llegar a creer que es un sentimiento exagerado, sé que muchas personas ya vivieron una situación así, especialmente mujeres. Y viene a mi mente la siguiente frase, la cual escuché a una mujer en un conversatorio que hubo sobre género y violencias contra las mujeres hace unos años en la Universidad: “cuando en medio de la noche en un lugar solitario ves a un hombre que se te acerca de manera rápida: si eres hombre, piensas: ojalá no me robe. Si eres mujer, piensas: ojalá sólo me robe”. Y empiezan a atacarme las preguntas, no solo en ese momento sino posteriormente cuando analizo lo sucedido: ¿será que por el simple hecho de ser varón soy una amenaza? ¿Por qué me estoy preguntando esto? ¿Me estaré sintiendo “superior” al estar tan convencido de que soy una amenaza? ¿Tiene que ver el machismo y el patriarcado en todo esto? ¿Soy cómplice y/o víctima de la historia patriarcal? ¿Cuál es mi deber como varón frente a estas situaciones? ¿Qué acciones realizadas por mí han aportado a que esta situación no sea un simple caso particular? ¿Será que esto y muchos otros asuntos son los que he dado por “normales” a través de mi vida? ¿Qué es esto de ser varón? ¿Qué se me dijo que hacía un hombre?

El tema central podría ser ella. Podría ser más importante que ella se sienta segura en su entorno porque es mucho más grave el miedo que ella sentiría en una situación así, que el miedo o incomodidad que me daría a mí provocarlo. Apegado a los hechos, hoy soy yo quien está de este lado siendo la persona que se pregunta por qué sentí lo que sentí y qué hay detrás de todo eso. Por un instante intenté ponerme en su posición, físicamente me detuve preguntándome qué se sentiría y me invadió cierta culpa, desconcierto y vergüenza, como quien de repente se entera de que tiene responsabilidad en un caso. Por primera vez en la vida detecté un privilegio que como varón tenía respecto a las mujeres, simplemente invirtiendo papeles en mi mente y sabiendo que en esa hipotética situación ni yo me hubiera sentido amenazado ni ella se hubiera sentido causante de peligro. Tuve que detenerme y analizar por qué había sentido esto, para reconocer que efectivamente, nunca había pensado en asuntos así, porque es fácil detectar cuándo te están oprimiendo, pero no cuando te están favoreciendo.

Esta situación tan provocadora fue inicialmente descrita como una epifanía individual. Ahora sé que difícilmente hubiera llegado a ella de manera espontánea, si no fuera porque a ese punto de mi vida, con 26 años, ya estaba algo alimentado directa e indirectamente de algunos de los avances visibles del proyecto sociopolítico feminista que ha logrado que en espacios sociales como el mío se hable “abiertamente” de patriarcado, machismo, privilegios, opresión y

género. El feminismo, al crear las condiciones sociocognitivas para pensar las mujeres y su posición en las organizaciones como construcciones sociales y no como destinos naturales, “también creó la posibilidad de pensar en los varones y su masculinidad como construcciones socioculturales e históricas” (Núñez, 2016, p. 14). Es decir, no hubiera sido posible sentir ese punto de quiebre sin haber atisbado la comprensión del objetivo fundamental del proyecto sociopolítico feminista: la despatriarcalización del mundo.

En ese momento, hubo una parte de mí que se dio cuenta de algo que, aunque pequeño, fue inmenso, pues encendió una chispa que se dedicó a crecer y provocó que desde allí ya no pudiera (ni quisiera) quitarme “las gafas detectoras de patriarcado” que permiten tener una sensibilidad antes desconocida ante las construcciones de género y las opresiones que ciertos individuos ejercen (ejercemos) sobre otros de manera histórica y sistemática. Pero estas gafas son una simple herramienta, ellas solas no cambian cuerpos ni vicios, pero sí sirven como un primer paso en el camino de, en palabras de Bustamante (2013) realizar análisis desde:

El enfoque de los estudios de género, a partir del cual se plantea la mirada de la diversidad sexual y de género, que ha sido ubicada en un lugar de subordinación frente al sistema binario establecido en nuestro medio, que demanda un deber ser del sexo, del género y un tipo de masculinidad. (p.164)

Y si esa situación tan pequeña y cotidiana al caminar detrás de la mujer conllevó en tan pocos pensamientos tanta densidad, no imaginaría lo que podría venir después si decidiera no dejarla pasar.

Quizá la clave para entender la situación era desbaratar mi vida misma, y si quería hacer algo más allá de simplemente conocer, este análisis personal debería ir acompañado de sacudidas a mi comodidad como sujeto varón junto con una conversación juiciosa de lo que otras personas han pensado, dicho y experimentado al respecto. Luego, mi inquietud se delimitó a sí misma y encontré que en esta situación tan cotidiana había un elemento muy particular: yo era “el hombre”. Y todo el suceso podría ser entendido desde mi interés siempre y cuando entendiera qué varón soy, cómo me forjé como tal y qué implica serlo. Sentí que al hecho de ser hombre (algo “natural” hasta ese momento) apenas le empezaba a prestar atención, pero las situaciones que me forjaron como uno han sido incontables, imparables y multidireccionales; me atrevo a decir que estaba en el útero cuando se me empezaron a hacer invitaciones sobre cómo ser y estar, pues es común que apenas se conoce el sexo de una nueva persona a nacer, se empieza a estimular y recibir regalos teniendo en cuenta el género esperado por su círculo social cercano.

Y aún hoy, cuando reconozco que mi camino apenas comienza, sigo recibiendo mensajes y tomando decisiones sobre ese varón que soy.

Son varias, pues, las situaciones que, aunque parte “natural” de mi crecimiento (que no se detiene), me inquietan, me hacen dar un paso atrás y mirarlo desde varios ángulos. Siento que durante los últimos dos años he venido en un proceso personal que pretende buscar explicaciones, que me ha desnudado, me ha puesto a pensar lo pensado, a desmenuzar lo que daba por cierto y quiero volver sobre mi propia experiencia y desde allí evaluar cuáles son esos mandatos que recibimos los varones y cómo se nos entregan, cuáles son los roles y estereotipos de género a mi alrededor, cuáles sugerencias sexistas me involucraron, cuáles heredé, cuáles aún tengo, cuáles incluso apenas empiezo a obtener y qué residuos patriarcales estoy disfrutando y perpetuando.

He intentado desbaratarme, mirarme por partes y en conjunto, para entender mi historia desde las verdades que me fueron dichas en mis familias, en las escuelas y en la cotidianidad con pares. O al menos empezar a hacerlo. Hoy quiero reconocer mis propios relatos y llevarlos a un encuentro con las teorías e investigaciones sobre el género, las masculinidades, el patriarcado y las agencias socializadoras por las que me preguntaré; generando una conversación que me beneficie a mí y al entorno educativo, familiar y social, que alimente mi conciencia, aportando a la discusión actual sobre el rol del hombre y exhiba el porqué de una *traición voluntaria* al patriarcado desde los pequeños actos, pues el solo hecho de preguntarse ¿qué es ser varón?, desde esta perspectiva y empezar a desentrañar trasfondos históricos y personales, constituye una pérdida de lealtad al sistema hegemónico y normalizador que ha acompañado mi configuración de masculinidad, pero no me exime de responsabilidades presentes y pasadas ni me blindo contra futuras maneras de actuar. El reconocimiento de mis propios relatos a través de una autobiografía, serán abordados principalmente desde la familia y la escuela como aquellas dos grandes agencias socializadoras fundantes que me permitieron llegar a esa “vida real” con unos mandatos y formas de habitar ya prefigurados.

Vale la pena mencionar aquí que, aunque en muchos momentos de este trabajo ejemplificaré desde una dicotomía sexual y corporal debido al pensamiento asumido como tal durante tantos años de mi vida, este trabajo no pretende abordar mi masculinidad como una posibilidad única y opuesta al ser mujer, entrando en un binarismo simplista que por siglos ha pretendido estandarizar las vidas y cuerpos, y a través del cual el sistema en el que estamos inmersas se nos controla a las personas y nos impone estándares sobre el cómo habitarnos. Dice Kaufman (1989) al respecto que “la masculinidad es codificada como un rechazo a la

feminidad” (p. 3), por lo que no es menor el detalle de saber que la mayoría de los recuerdos de mi vida a la luz de la configuración de mi masculinidad se establecen desde la comparación no solo desde lo que debe ser un varón sino también desde lo que no debe ser. Los mandatos también eran claros: un hombre debe ser lo menos parecido a un niño, una mujer y un homosexual (Delgado, 2020), y además existen relaciones de dominación como expresiones de un sistema donde los varones, configurados a partir de la negación, “se convierten en fuerza inhibidora de otros hombres y protectores del lugar asignado, el lugar de la dominación y de la vivencia de la heterosexualidad” (Bustamante, 2013, p. 166).

Al escudriñar en mi memoria, encuentro momentos puntuales en los que se agregaba un ladrillo a mi muro llamado masculinidad. Por ejemplo, un día mi madre me dijo: “¿usted cree que si usted fuera mujer yo lo dejaría hacer todo lo que hace?” (o lo que ella suponía-esperaría que yo hiciera). En su momento ese comentario pasó desapercibido, pero en este presente resuena.

Rivas (2012) asegura que no existe una verdad que deba ser descubierta sino una realidad compleja para comprender, con diferentes intereses, niveles y teorías; el conocimiento propio de cada sujeto no es una simple fuente de información, sino que se valora como tal, como conocimiento (p. 86), por lo que quisiera, más que justificar hechos, desmenuzar los recuerdos y tratar de entenderlos, pues deseo retomar esos momentos de mi vida donde, sin saberlo, iba moldeando mi personalidad masculina, al tiempo que recibía mensajes de mi mamá y papá, tíos, tías, docentes, compañeros y mi entorno en general, quienes me exigían, aprobaban, reprochaban o reforzaban comportamientos alrededor de lo que se entendía sobre el ser varón.

Como hombre, y desde pequeño, empecé a tener un camino de más fácil recorrido con respecto a otras personas contemporáneas y, desde entonces, se empezaron a asomar aquellos requerimientos diferenciados de acuerdo con el género, las cuales llamaré *exigencias inclinadas*, categoría a la que llego luego de confirmar que no fueron simples actos aislados que yo tuve en mi vida mientras era socializado como varón, sino que dichos mandatos estaban no solo en la vida de otros hombres sino que se hacen evidentes precisamente cuando se analizan las prácticas similares en niñas y mujeres de nuestra misma edad, y en contextos aparentemente iguales. Para proponer esta categoría, también me basé en autoras(es) a quienes haré referencia a lo largo del escrito, especialmente en discusiones tejidas alrededor de patriarcado, género y masculinidades.

Recuerdo tener ciertas autorizaciones que no hubiera tenido si no hubiera sido socializado como varón. Un ejemplo de ello es asumirme como un ser del entorno público con “permisos” de salida hasta tarde y alejados de casa, o como no se me exigía que aprendiera a

cocinar, ni que “atendiera” a mi papá cuando mi madre no estaba. Allí puedo percibir un privilegio e incluso una posibilidad de alabanza donde lo peor que me podría ocurrir era pasar desapercibido, pero si yo aprendía a cocinar o “ayudaba” en casa, eran “virtudes” adicionales y merecedoras de aplausos.

Otras *exigencias inclinadas* fueron poder hablar de popó, gases, eructos y fluidos con más naturalidad y sin ser juzgado; haber sido siempre un sujeto de deseo y no objeto de este; y nunca haber recibido un reproche ante un acto burdo preguntándome “¿qué es eso? Usted es una dama”.

Como varón, desde pequeño, alabaron las virtudes como la fuerza y el carácter, la “*berraquera*”², se me autorizó tener más libertades en el amor y el sexo, tuve más permisos y nunca se condenó mi comportamiento hacia otras personas. Y a la vez que comparo mi ser hombre y lo que hubiera sido ser mujer, retumba en mi mente la siguiente frase: “le prohibiste a tu hija la libertad que le diste a tu hijo con las hijas de otras madres y padres”; o más bien, soy ese hijo al que se le permitieron libertades con muchas hijas de otras madres y padres.

De igual manera en la escuela, desde mis primeros acercamientos a ella y sin saberlo, me empezaba a exponer al segundo y gran ambiente de socialización donde lo meramente académico no estaba aislado de hermosas y terribles experiencias, segmentaciones de todo tipo y exclusiones alrededor del color de piel, formas de cuerpos, tipos de cabellos, habilidades valoradas y acentos. En la escuela también se exhibían ejemplos de la cadeneta de opresiones, de las cuales resaltan las dos principales: patriarcado y racismo. En todas las escuelas tuve posibilidades de ejercicios reales de poder, de apropiación de espacios públicos, en muchos casos recibía un trato preferencial como varón y no se me trataba de manera condescendiente, al tiempo que empezaba a entender y normalizar que el mundo estaba, aparentemente, solo dividido entre contrapartes: menores y personas adultas; niñas y niños; mujeres y hombres.

Fue la escuela donde por primera vez tuve que valerme por sí mismo para continuar siendo lo que hasta el momento se había hecho de mí en casa y empezar a tomar mis propias decisiones sobre el varón que quería ser. En mi familia y hasta el momento de ingresar a las escuelas, fui tratado y me sentí como un rey que es cuidado y al que todo le es celebrado. Luego, en la escuela y a través de los años, empecé a entender que allí no sería rey por defecto, sino que tenía que empezar a jugar fichas y apropiarme socialmente de lo que quería mostrar y ser; allí empecé a entender que quizá en el mundo real no hay espacio para tantos reyes: en un mundo patriarcal, no hay espacio para tanto patriarca. Es decir, por más que los hombres

² Combinación de fuerza, ahínco y entusiasmo, en el argot colombiano.

hayamos histórica y sistemáticamente ejercido poder y control sobre el resto de los seres, no lo hemos sido en la misma medida y, hasta entre nosotros mismos, jugamos constantemente el juego de “soy más que tú”.

Y no solamente fue lo sucedido con pares estudiantes, no todo el tiempo con varones, porque tanto al principio como al final de mi etapa escolar (jardín, preescolar y los 3 últimos años de bachillerato) compartí un entorno escolar no exclusivo para hombres. Estos espacios me mostraron que la escuela en sí es un entramado de culturas y que son muestra y evaluación constante de lo que es la calle, las familias y el mundo real. Allí se comparten experiencias, se presumen otras, se alimenta la imaginación, al tiempo se accede al conocimiento, se juega al “ser iguales” con un uniforme, se socializa con otras personas adultas diferentes a las de la familia, se “descansa” de casa y para bien o para mal, se refuerzan por años, paralelo a lo vivido con la familia, todas las maneras que tenemos de habitar el mundo como sujetos y se define gran parte de nuestro futuro.

Más adelante, una vez había “aprobado” el paso inicial por la familia y la escuela, me enfrenté al mundo real. Y si bien estos espacios vinieron con sus propios afanes y particularidades, fueron precisamente el entorno familiar y escolar aquellas bases que fundamentaron el asumirme como varón. Por ello, este no menor “mundo real” también forma parte de la problematización de mi proyecto al ser un espacio donde he puesto a prueba y usado lo aprendido, junto con las decisiones de años previos, y empecé a socializar como un adolescente y posterior adulto en relaciones románticas, en el fútbol, los estudios superiores, el trabajo remunerado y la independencia.

Así, este trabajo de investigación también se basa en la cotidianidad y acerca de inquietudes sobre el ser masculino que surgen en el día a día. Por ejemplo, mi madre hace algunos meses me dijo: “¿no le parece muy tonto que un hombre no sea capaz de agarrarse de otro hombre por la cintura cuando van en una moto? Con tal de no verse “en esas”, hasta corren peligro”. Y comentarios así no se ignoran, no son indiferentes.

O como aquella vez en la que un compañero de trabajo y yo teníamos que tomar una decisión laboral en la que alguno de los dos se vería más beneficiado que el otro. Le propuse jugar “piedra, papel o tijera” para decidirlo, pero él inmediatamente dijo que mejor yo me quedara con el beneficio ya que él “se conocía” y sabía que, si perdía este efímero juego, le daría mucha rabia. Y entonces me pregunté, ¿fue sabia su decisión de “perder” anticipadamente a la vez que cedía o estaba de cierto modo avalándose a sí mismo la agresividad y como “se conocía”, mejor se evitaba el posible encuentro con la ira?

También desde cuestiones sobre por qué muchas mujeres se ven forzadas a inventar excusas debido a que un varón no “acepta” un no como respuesta. Hace poco mi pareja me contó que durante su adolescencia tardó mucho tiempo en aprender por sí misma a decir “no” en vez de seguir evadiendo hombres con mentiras, por ejemplo, dando mal su número de celular. O incluso de por qué nos tratan a mujeres y varones de forma diferente: hace poco, una conocida compartió en una red social la siguiente frase: “mi hermano tiene 16 años, se hizo un piercing y no le dijeron nada. Yo a mis 20 me hice un tatuaje y casi me desheredan”.

Esta autobiografía no pretende ser un hito y tampoco un discurso aleccionador ni extraordinario; pretende ser llamativo porque aquí se abordarán mecanismos por los cuales yo llego a preguntarme por los mandatos y privilegios de la masculinidad, para luego cuestionarla. Es una narración que parte desde el momento en que hallé sorpresa, pero que luego se devuelve a hacer un barrido autobiográfico en el marco de mi masculinidad. No voy a crear de cero ni a simplemente contar mi historia por ocio; mi investigación parte de un relato en el que soy propio sujeto de narración y creo conexiones entre lo que he vivido y lo que la experiencia de otros seres humanos afirma sobre similares sucesos y conceptos, enmarcado en círculos familiares y escolares que juntos me formaron. Pretendo poner en tensión las decisiones y las verdades que forjé sobre mi actuar como varón, con aportes de la teoría feminista, de género y de masculinidades que permitan atisbar por qué la familia, la escuela y “el mundo real” han convergido, reforzado, validado y perpetuado mandatos, estereotipos de género y relaciones jerárquicas en el imaginario colectivo y en mi propia vida.

Rivas (2012) sostiene que las “historias personales constituyen los modos en que cada sujeto escribe su participación en la historia colectiva en la que ha ido construyendo su identidad” (p. 84). De este modo, el presente trabajo pretende ser pertinente en la medida que aporta a la construcción de conocimiento al intentar desdibujar los límites entre sujeto y objeto de investigación, a la vez que visibiliza mi lugar de enunciación a la luz de cómo fue moldeada mi masculinidad. Esta tensión entre sujeto y objeto se presenta de manera resaltada en las autobiografías, debido al posicionamiento académico que nos ha dicho que, al investigar, los sujetos nos tenemos que desproveer de toda subjetividad que pueda provocar distorsión al ejercicio mismo, puesto que, en teoría, el objeto es algo que está “allá afuera”, existiendo per se y esperando por ser entendido y explicado, para forjar nuevos conocimientos.

Marín (2019) a su vez, resalta de la investigación biográfica y narrativa una posibilidad de alejarse “del ideal positivista que busca establecer una distancia (una barrera objetiva) entre investigador y objeto investigado, creando una despersonalización en la búsqueda incesante de

objetividad” (p. 42-43). Aquí, entonces, todavía considerando apreciaciones externas y desde otros puntos de vista, será el mismo “peligro” subjetivo que advierte dicha prevención, la que permita que mi propia voz de sujeto pueda percibir y argumentar mi propia vida desde una postura ética de no manipulación al recuerdo y al hecho, incluso cuando tome ventaja en elegir mostrarme y verme según lo considere.

Por todo lo anterior, pretendo ubicar mi postura actual sobre el varón que soy luego de haber reflexionado a partir de la realización de mi autobiografía y una confrontación teórica que invita, pues “el autor de la narración no arrastra hacia al territorio de su mente al lector, sino que sale a su encuentro” (Arnaus, 1995, p. 64). Al mismo tiempo, encuentro un vacío de entendimiento entre lo que ha sido mi formación alimentada por la escuela y la familia como grandes agentes socializadores y mi propia construcción de lo que significa ser hombre. Así, considero que mi historia puede ser más común que particular y presumo que podrán hallarse pistas reveladoras al tejer conversaciones entre los conceptos teóricos ya mencionados y las siguientes preguntas:

¿Cómo se configuró mi masculinidad a través de los mandatos recibidos en las dos principales agencias de socialización: familia y escuela?

¿Cómo es asumida mi masculinidad actualmente luego de conocer lo recibido en familia y escuela como preparación para el *mundo real*, junto con las experiencias y análisis que hasta la actualidad he tenido, es decir, a través del “darme cuenta”?

El objetivo general es analizar la configuración de mi masculinidad mediante la escritura de una autobiografía hecha a la luz de los privilegios y mandatos recibidos en escuela y familia como principales agencias socializadoras, la cual permita develar una pensada manera de asumirme varón hoy al empezar el camino del “darme cuenta”.

Para ello, tengo varios objetivos específicos:

- Realizar una autobiografía en el marco de la constitución de mi masculinidad desde dos agencias socializadoras -familia y escuela-, y desde esos otros espacios posteriores de “mundo real” que hasta hoy continúan determinando la manera de asumirme como hombre.
- Analizar las maneras en que fue configurada mi masculinidad a través de conversaciones de mis fragmentos particulares de historia con voces expertas en temas de género, patriarcado y feminismo, que permitan vislumbrar un cuestionamiento y explicación a esa masculinidad.

- Detallar cómo es asumida actualmente mi masculinidad luego de tener ese recorrido conversacional y del “darme cuenta”, a la vez que se invita a otros varones a asumir posturas.

3. Narrar mi masculinidad

“Es cierto que no sé escribir, pero escribo de mí mismo”

Juan Carlos Onetti

Fue en 2005 el año en que por primera vez en la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia una persona realizaba una tesis de maestría de corte autobiográfico. En su trabajo titulado “What about Little Blue Riding Hood? ¿Y qué tal Caperucita Azul? Una versión sobre la enseñanza del inglés. Reflexión autobiográfica”, Zoraida Rodríguez (2005) abordó reflexiones en torno a la enseñanza del inglés a través del recorrido de su vida como actriz, docente, bailarina, guía turística y narradora de historias. Afirma que la escritura de sí-misma es un hecho pedagógico pues permite pensar la experiencia desde el ser y estar en el lugar de la palabra, la práctica, el decir y la acción. Allí, las palabras actúan como lentes que permiten dimensionar otros espacios de ser desde paradigmas subjetivos, al tiempo que generan otras formas de contar la experiencia en relación con la otredad y la mismidad (p.4).

Utilizó la investigación narrativa como un modo de resistir el paradigma convencional de la investigación, planteando que contar vivencias propias e interpretar dichos, hechos y acciones, toma sentido no solo porque somos productores y producto de lo social sino porque, parafraseando a Dilthey (1999) “también [la] comprensión de las acciones humanas a través del estudio de las relaciones, las experiencias personales vividas por cada individuo, son clave de la interpretación hermenéutica” (Rodríguez, p. 7).

Devís, Fuentes y Sparkers (2005) realizaron una investigación titulada “¿Qué permanece oculto del currículum oculto? Las identidades de género y de sexualidad en la educación física” en la que exploraron en España y Portugal problemas y discriminaciones que sufren algunos sectores del profesorado y alumnado con identidades de género y sexualidad no dominantes, tanto en escuelas como en centros de formación docente, desde el currículo oculto. Dicha investigación fue realizada al reconocer que este tipo de estudios escaseaban, pues el currículo oculto es un medio poderoso para aprender valores, normas y relaciones sociales que se transmiten en la socialización diaria lo que podría estar silenciando todo un conjunto de aspectos relativos a estas identidades y cómo se forjan (p. 73).

Gustavo López, también en 2005, titula su tesis de maestría en educación “Hojas en la tormenta. Un estudio fenomenológico sobre la diversidad sexual en la escuela”, en la que el análisis a las inquietudes personales y académicas (como docente y estudiante) en torno a la

diversidad sexual en la escuela, le llevaron a concluir que se hace necesaria una aproximación intercultural que reconozca la diversidad humana en sus múltiples expresiones en el entorno familiar y escolar y en la vida diaria, que permita una “crítica a la modernidad colonial y a su axiología racista y patriarcal” (López, 2005, p. 205).

Detalla además, que, aunque siempre aprobaba con honores todas las asignaturas, nunca pudo superar las pruebas de prestigio social que constantemente se le hacían al ser un “raro” que mantiene acompañado por chicas, que no tiene interés en el fútbol y que se dedica con esmero a la lectura. En sus palabras, dicha autobiografía “tan desnuda, tan escueta, se la arranqué al pudor que genera el hablar de uno mismo de una manera tan íntima para gente extraña” (López, 2005, p. 9), al tiempo que asevera su convencimiento sobre el valor que lo autobiográfico tiene en la metodología, pues este es más que un recurso estilístico o literario, y “remite a un entorno social y político más amplio que le es inherente” (López, 2005, p. 9).

En la investigación titulada “Construcción de la masculinidad en la escuela y la familia en jóvenes universitarios”, Elsa Guevara (2006) quiso conocer los procesos de socialización de la masculinidad en las familias y escuelas de jóvenes varones estudiantes de la UNAM (Universidad Nacional Autónoma Mexicana). Utilizó la narrativa autobiográfica para la exploración de escenarios y estructuras en que ambas instituciones configuran masculinidades, junto con la clase social, la relación con pares y la pertenencia. Su principal hallazgo fue que los jóvenes que vivían en familias menos jerárquicas, sin dogmas religiosos y con un padre participando activamente en tareas del hogar, establecían relaciones más paritarias con las mujeres. Del mismo modo, halló que los sistemas educativos con alta distinción de género y más autoritarios podrían promover modelos menos equitativos de masculinidad (p. 1).

“Una investigación narrativa en torno al aprendizaje de las masculinidades en la escuela” fue el título del trabajo exploratorio realizado por Sancho, Hernández, Herraiz y Vidiella (2009) donde investigaron acerca de cómo los jóvenes entre 15-20 años reflejaban sus relaciones con las diferentes representaciones de masculinidad. A partir de una metodología narrativa y desde sus diversas localizaciones familiares, culturales, sexuales y corporales, se indagó también por el papel de la escuela y la relación entre iguales como aspectos determinantes en la construcción de masculinidades.

En 2013, John Jairo Guarín realizó un trabajo retrospectivo propio, también como tesis de maestría en la Facultad de Educación titulado “El maestro como ser humano en el marco de la implementación de las políticas de calidad educativa. Aún queda espacio”, en el que se preguntó a sí mismo por la identidad del maestro y su práctica pedagógica y cómo estos influyen

en los procesos de mejoramiento de la calidad educativa en su rol como docente. Para ello recorrió sus memorias desde las diferentes etapas escolares para encontrar “un estilo de vida acorde a lo que venía construyendo como saber e intelectualidad en el marco de un compromiso espiritual de vida” (Guarín, 2013, p. 5), resaltando que el camino metodológico que halló para recrear su vida de maestro fue la “vivencia no intencionada, la experiencia recreada y la reflexión argumentada” (Guarín, 2013, p. 19).

En 2017, Hernando Muñoz en su tesis doctoral “*Hacerse hombres. La construcción de masculinidades desde las subjetividades*”, reflexionó alrededor de los procesos de construcción y significación de las masculinidades en varones heterosexuales de Colombia, a través de relatos de vida de hombres de la ciudad de Medellín en los que identificó pautas culturales, relaciones de poder y prácticas sociales, desde las cuales se vive y se significa ser varón (Muñoz, 2017, p. 14). En dicha investigación, Muñoz concluye que la equidad de género en esta población es admitido y legitimado no tanto por ser una transformación de imaginarios sino por ser políticamente correcto; así, aunque los varones entrevistados mencionaban la necesidad de relaciones igualitarias, de manera muy sutil dejaban ver su afán por reivindicarse desde posiciones tradicionales de masculinidad como el éxito económico, la heterosexualidad activa y el rol de autoridad en su familia (Muñoz, 2017, p. 23).

Marín (2019) condensa en “Avatares de la construcción de masculinidad(es) en la escuela” cómo nos forman a partir de una masculinidad hegemónica que asigna roles y formas de relacionamiento desde el nacer, a partir de características biológicas. Allí, desde la investigación narrativa, relatos propios y círculos experienciales con otros varones, expone cómo las estructuras sociales (especialmente la escuela), otorgan privilegios a los varones a cambio de la pérdida sistemática del ser y cómo a partir de prácticas de socialización cultural se forjan las identidades masculinas. (p. 9)

Así, no solo a nivel local sino regional y desde hace algunas décadas, sabemos que los estudios de género no se refieren únicamente a los estudios feministas y de la mujer; al tiempo que entiendo, desde la perspectiva de Núñez (2016) que dichos estudios “se encuentran inscritos en el campo de las ciencias sociales y de las humanidades (incluyendo aquí a la filosofía), y en ese campo debaten teorías, epistemes, metodologías y conceptos” (p. 22). Algunos de los trabajos previamente mencionados, sirven como muestra de estudios de las masculinidades (anteriormente llamados “estudios de la masculinidad”), por lo que concuerdo de nuevo con Núñez (2016) cuando afirma que estos son subcampo dentro de los estudios de género; el objeto de los estudios de masculinidades no son los varones ni las masculinidades en sí, sino “los

procesos socioculturales y de poder (androcéntrico y/o heterosexista), de inscripción/resistencia/transformación del género en los cuerpos/subjetividades de los humanos machos y/o socialmente “hombres”, y en el tejido social todo” (p. 9).

Actualmente me encuentro en un proceso personal y multidireccional que incluye un proceso psicológico que permitan indagar mi procedencia, una resignificación de mi relación de pareja, un acercamiento especial con padre y madre, un ritual de paso a vivir solo, entendimiento y decisiones sobre el varón que quiero ser y, por supuesto, la escritura de este trabajo de investigación sobre mi masculinidad. Este proyecto, en el que, como en la investigación reflexiva hay un “yo” que le habla a un “tú” (Ricoeur, 1996, p.19), si bien se convierte en un producto tangible que se realiza, se pule, se evalúa, se entrega y se culmina, es finalmente un constructo subjetivo y limitado que se detiene en el tiempo y de ninguna manera será entendido como el diploma de nuevo hombre. Es, más bien, la firma del contrato de ejecución. Aquí, aunque puede haber principio, no habrá final. Cuestionar la masculinidad propia no es un curso del que me gradúo y soy un nuevo ser de repente, sino que es un caminar constante en el que, si bien puedo denotar asuntos que antes no eran perceptibles, puedo incluso estar reforzando y adquiriendo otros vicios de mi género masculino y, es por ello, que menciono la característica performática de una *traición voluntaria al patriarcado*.



**Jardín Infantil
"El Rebaño"**
NIT: 800.249.755-4

Me allfn, septiembre 13 de 1.996

CERTIFICACION

Nombre del niño: JULIAN SEGURA VAHOS
Edad: 4 años

Es un niño muy cariñoso y tímido, relata situaciones vividas cuando se le pregunta.
Le pone nombres a los trastos que ha dibujado, escoge sus compañeros de juego.
Cumple las reglas acordadas en el juego de roles.
Sabe cuales comportamientos no le aceptan los adultos que lo cuidan.
Se interesa por las diferencias corporales de los niños y las niñas.
Reconoce lo que se le facilita o se le dificultad hacer, puede esperar para obtener algo que desea.
Intenta realizar juegos o movimientos que le exigen habilidad en el manejo de su cuerpo, reconoce las partes del cuerpo.
Con materiales diferentes construye escenarios para jugar (garaje, aeropuerto, etc.).
Tiene sus propias explicaciones, sobre las cosas que realiza o que le sucedan.
Incorpora al juego personajes y situaciones de su medio social.
Su motricidad fina y gruesa es lenta, es muy colaborador cuando se necesita de su ayuda.

Atentamente,

LIZ DARY MONTOYA VILLERAS
Jardinera.



CARRERA 66C No. 25-73 - TELEFONO: 235 56 05 - MEDELLIN, COLOMBIA

Nota. Jardín Infantil "El Rebaño". Medellín, septiembre 13 de 1996. Certificación. Nombre del niño: Julián Segura Vahos. Edad: 4 años. "Se interesa por las diferencias corporales de los niños y las niñas (...) Tiene sus propias explicaciones, sobre las cosas que realiza o que le suceden".

Este proyecto podría estar inscrito en lo que se conoce como masculinidades disruptivas, “nuevas masculinidades”, otras masculinidades, masculinidades alternativas o masculinidades resignificadas (como las llama Hernando Muñoz). Asumo, pues, esta investigación como una que se enmarca en los estudios de género, un trabajo desde y sobre la(s) masculinidad(es), en el que, a través de una autobiografía, me preguntaré qué ha significado ser varón para mí. En ese “ser hombre” pretendo analizar mandatos, sutiles y directos que recibí de familiares y de prácticas de socialización como las amistades, relaciones amorosas y la escuela, siendo esta última a su vez una réplica y resumen de la casa y la calle. Recorreré, a través de la narración, la cual en palabras de Bruner (2003) es “la moneda corriente de la cultura” (p. 32, 34, 126), unas memorias del varón que se examina a sí mismo, las cuales estarán ordenadas por la época, el sentido y el significado. Por ello, resalto también las palabras de Bonino (1999) respecto a lo que implica indagarse como varón desde el género como categoría de análisis:

Pensar a los varones desde la óptica de género supone entender que el lugar social del varón está sustentado en los milenarios y patriarcales mitos complementarios de la superioridad masculina y la disponibilidad femenina. Estos mitos, que funcionan como ideales y mandatos sociales, conceden a los varones por el hecho de serlo, mayores derechos que las mujeres a imponer sus razones, a la libertad, al uso del espacio-tiempo y a ser sujeto de cuidados. No sólo eso: dichos mitos son los ideales-matrices sobre los que se conforman los hábitos de pensamiento y comportamiento, la identidad y la autoestima masculina. Ellos legitiman la dominación masculina, e internalizados hacen creerse a los varones que “ser y sentirse varón” es tener derecho a ejercer poder y control sobre las mujeres. (p.17-18)

Entenderé género, desde Muñoz (2017) como “una categoría de análisis central en la comprensión de la subjetividad humana y en la manera en que se constituyen las relaciones de poder, como lo hizo evidente el psicoanálisis y (...) el feminismo” (p. 222), razón por la cual he hablado en esta investigación de mi masculinidad, la propia, sin dudar en ningún momento de que no hay unicidad en la forma de asumirse como varón. De manera similar, Scott (1996) aborda el género desde dos argumentos interconectados: como “forma primaria de relaciones significantes de poder” y como “elemento constitutivo de las relaciones basadas en las diferencias que distinguen los sexos”, por lo que el género es el campo principal a través del cual se articula el poder (p. 289).

Para Butler (2007) el género es performativo en tanto se construye mediante un conjunto sostenido y sucesivo de actos de cuerpos (sexualizados y) estilizados, dentro de un estricto

marco regulador (la cultura), creando con el tiempo una apariencia y sustancia de naturalidad del ser (p. 17, 98). Sin embargo, continúa Butler (2007) "el género no es a la cultura lo que el sexo es a la naturaleza; el género también es el medio discursivo/cultural a través del cual la "naturaleza sexuada" o "un sexo natural" se forma y establece como "prediscursivo"" (p. 55-56). Es performativo porque produce una serie de efectos y porque actuamos para dar la impresión de ser un varón o una mujer, como si hubiera una manera real de determinar que eso existe. Nadie tiene género al principio, sostiene, y aduce que es tal el control cultural al género, que imaginando situación de acoso entre pares a niñas "masculinas" o niños "afeminados", tanto la institución oficial (la escuela o la psiquiatría, por ejemplo), como las prácticas informales (acoso escolar/*bullying*), se asegurarán de recordarnos que debemos mantenernos en el lugar de género que "nos corresponde".

Por otra parte, Castellanos (2003, como se citó en Bustamante, 2013) entiende el género como:

El sistema de saberes, discursos, prácticas sociales y relaciones de poder que dan contenido específico al cuerpo sexuada, a la sexualidad y a las diferencias físicas, socioeconómicas, culturales y políticas entre los sexos en una época y en un contexto determinados. (p. 48 - p.165)

Así, podría ser este un trabajo con perspectiva de género porque en este se abordan, entre otras cuestiones, aquellas relacionadas con el poder ejercido entre sujetos y sobre lo que social e históricamente se les asignó a estas mismas personas maneras de habitar el mundo y establecerse con su cuerpo, muchas veces desde la reducida perspectiva dicotómica de lo femenino y masculino, siendo esta última un producto también de construcciones sociales.

Anudada a las anteriores concepciones de género, es la manera de asumirlo que tiene De Lauretis (1989) quien mejor permite traer esta categoría al mundo real, a la vida diaria. Afirma que el género es una tecnología en tanto auto-representación pues es el producto de variadas tecnologías sociales como aparatos técnicos, sociales y biomédicos (p. 8) y tiene implicaciones concretas en lo social y lo subjetivo para la vida material de los individuos, por lo que es una representación que ha moldeado la historia de la cultura occidental. Dicho moldeado no es estático ni ha sido concretado, sino que continúa no solo donde podría suponerse como medios y escuelas, sino en las familias (nucleares y extendidas), en los deportes, en el arte, en la academia y hasta en las teorías radicales (p. 9).

No es secreto que durante gran parte de mi vida no me he detenido a pensar qué es el género y qué es el sexo. Y la manera en que abordé mi autobiografía e incluso las

conversaciones derivadas, mostrarán una dicotomía varón/mujer, pues así asumí (sobre todo en la escuela y en las familias) que se dividía la especie humana. Apenas empiezo a considerar, en mi discurso y mi manera de entender la vida, que hay más mundo más allá de la mujer y el varón, pues la existencia no solo se reduce a la procreación y que hay diversidad de identidades de género, de expresiones género, de inclinaciones sexuales, de gustos, de maneras de representarse, de vestirse y de relacionarse con el propio cuerpo y los otros.

Sin embargo, el hecho de estar abriendo mi ser a eso que no conocía y estar en un tránsito infinito, no significa que vaya a editar mis memorias y nombre los sucesos de manera diferente a como los viví y como los recuerdo: con una perspectiva muy binaria. Y eso también comunica. Podría ser esta postura y mi vida misma, ejemplificación del sistema sexo-género planteado por Rubin (1975) el cual transforma la procreación humana y la biología del sexo en “productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas (...) siendo un producto de las relaciones sociales específicas que lo organizan” (p. 37, 44). Este sistema se refiere a la organización institucional que asigna propiedades, privilegios y asigna recursos de acuerdo con el rol de género que se define culturalmente; así, es el sistema sexo-género el que se encarga de que las mujeres sean cuidadoras de hijos e hijas, aun cuando sea solo el sexo el que determine la posibilidad de que ellas puedan procrear y parir (Lerner, 1986, p. 340). Así, vale la pena aclarar que en este trabajo, cuando ejemplifique y mencione a las mujeres como lo “otro”, como lo diferente a lo varonil o que le pertenece al género masculino, también me estaré refiriendo a aquellos colectivos de personas que no se identifican con algún género en particular, disidencias sexuales, minorías étnicas, poblaciones minimizadas y cualquier otro grupo de seres humanos que fueron también, de diversas maneras, obligados a ser lo “raro”, lo atípico, lo antinatural, lo opuesto al lineal masculino y lo salido de norma, como imposición del sistema patriarcal, racista y clasista en el que habitamos.

Mi postura es simple y no es nueva para el mundo académico y el mundo “real”: no abogo por reducir la especie humana en mujeres/varones ni en satanizar lo masculino, sino por cuestionar y poner a tambalear elementos patriarcales de nuestra cotidianidad. El feminismo no es lo mismo que el machismo, pero “desde el lado de las mujeres” como algunas personas lo afirman, ni mucho menos es equiparable al patriarcado. Los varones también somos susceptibles a sufrir violencias patriarcales, sin embargo, estas no tienen el mismo origen sistémico, histórico y cultural que sí tienen las violencias contra las mujeres.

No creo que históricamente los varones hayamos sufrido violencia de género. Podríamos hablar de violencia de género hacia los hombres si hubiéramos estado hasta hace algunas

décadas sin poder votar, si hubiéramos tenido vetado el acceso a la universidad a lo largo de la historia, si nos hubieran inculcado que nuestra única función en la vida es la paternidad, si los varones hubiéramos sido señalados y acusados por ser padres solteros, si hubiéramos sufrido el estigma del deshonor o hubiéramos tenido que dejar a nuestros hijos en un orfanato; si las constituciones hubieran tipificado con penas de prisión el adulterio para nosotros, si nos hubiéramos visto obligados a pedir permiso a nuestras esposas para trabajar o abrir una cuenta bancaria, si hubiéramos sido menospreciados y señalados cada vez que nos saltábamos las normas establecidas para las mujeres y si hubiéramos participado de la política de los países; si hubiéramos estado obligados a escuchar todo el tiempo que nuestras capacidades mentales y físicas son inferiores que las de las mujeres, si jamás en la historia de mi país (y de la mayoría) hubiera existido un hombre presidente porque todas han sido mujeres, si ser asesinados por nuestras parejas o ser violados por la calle por cinco desconocidas fuera lo peor que nos pudiera pasar como varones, si nuestros cuerpos fueran hipersexualizados y cosificados para disfrute de ellas y para publicitar empresas, si ganáramos muchísimo menos que las mujeres por el mismo trabajo, si nos viéramos obligados a presentar cientos de denuncias diarias por violencia sufrida a manos de nuestras parejas. En conclusión, podríamos hablar de violencia de género hacia los varones si nosotros fuéramos amenazados, burlados y agredidos cada vez que lucháramos por revertir la situación y reclamar los mismos derechos (Basado en una publicación de @Feminismos, 20 de noviembre de 2017. Por qué la violencia de género es sólo contra las mujeres (Tuit), cuenta de Twitter desactivada).

Así, al exponer mi postura sobre la violencia de género contra mujeres (y por qué no la hay sobre los varones), también establezco una posición política particular desde mi especificidad como ser humano, incluso cuando yo haya sido beneficiado del control sobre las vidas y cuerpos de ellas y aun cuando apenas comience el camino de mirarme a mí mismo en retrospectiva, considero estar autorizado para enunciar mi masculinidad, su configuración y las consecuencias. Cuando se habla de lugar de enunciación, afirma Ribeiro (2018):

Estamos hablando de locus social, es decir, del lugar social desde donde los grupos se originan. Por ello, de acuerdo con nuestra perspectiva, son equivocados los argumentos que tratan de silenciar debates o que subrayan que personas blancas no podrían teorizar sobre racismo, o que los hombres no podrían hacerlo tampoco en relación con el machismo. Es necesario que, cada vez más, varones blancos-cis, por ejemplo, estudien blanquitud, cisgeneridad, masculinidad; que entiendan, a partir de una visión crítica, desde qué lugar social vienen, para pensar y existir en el mundo, incluso, garantizando

una multiplicidad de voces y perspectivas de otros grupos invisibilizados. Además, se trata de una postura ética, puesto que, en nuestro entendimiento, no puede haber una desresponsabilización del sujeto con poder. (p.17)

Por estos motivos, reconozco el cuidado y responsabilidad que debe haber con lo que mencionaré a continuación. No es lo mismo que una mujer opine o describa sobre una situación de *exigencias inclinadas* a que lo haga yo. Y no es mejor o peor. Es diferente. Y así como el conocimiento situado ubica lo que se conoce y se siente hoy sobre algo en particular, no debo perder de vista que todo lo que describo estará mediado (y sesgado) por mis experiencias, intereses y sentires.

4. Escribirme

"Nada distingue los recuerdos de los momentos corrientes.

No se descubren hasta más tarde, por sus cicatrices"

Chris Marker

"Más allá del nombre propio, de la coincidencia empírica, el narrador es *otro*, diferente de aquel que ha protagonizado lo que va a narrar"

Leonor Arfuch

En el presente escrito, como muestra también de cotidianidad, parece ser que lo negativo resalta más. Y sí, porque somos seres que tienden a cierto tipo de orden en sentimientos y manera de relacionarnos, por lo que no estamos hablando constantemente de lo *bueno* que sucede y de lo habitual que se siente; simplemente si nada duele, no suele estarse exponiendo el bienestar constante. En cambio, cuando algo es atípico o reconocemos que puede ser de otra manera para un bien común o individual, nos hacemos sentir y lo comunicamos. Por ello, parece que cualquier comentario sobre aquello que no gusta, que incomoda o que es atípico, está siendo más nombrado y haciendo más ruido que lo que damos por sentado y consideramos un buen fluir. Así, el hecho de nombrar tantos errores, tantos mandatos estereotipados y tantas maneras en las que he actuado a partir de masculinidades añejas, no significa que eso haya sido todo lo que viví ni que yo deteste mi manera de ser hombre. La mayor parte de mi vida ha sido un camino de goce de la experiencia humana con hermosos recuerdos, experiencias, aprendizajes y compañía exquisita. No pretendo tampoco que quien lea se quede con la idea que soy un hombre absolutamente dañino y que tuvo una vida donde solo recibió mandatos errados, por los cuales solo aprendió a tomar decisiones hirientes.

Me excuso por las generalizaciones a modo de ejemplo que pueda hacer, así como también por no resaltar con mayor hincapié aquellos actos de amor que tuvieron mis profes, mis familias y especialmente mi papá y mi mamá durante cada día de mi vida, o que incluso he tenido yo, conmigo mismo y hacia otras personas. Partamos de la base de que soy una "buena persona" en términos generales, pero que se ha equivocado y herido otras al no ser consciente en muchos momentos de cómo los otros humanos sienten, de lo que deseo y del necesario entendimiento de sí para poder pensar en interactuar asertivamente.

Gracias a las profesoras(es) que no menciono y que me invitaron en cada espacio a aprender y socializar con amor; gracias por tan hermosa labor, aun con las condiciones y esfuerzos extralaborales con los que lidian; gracias porque, aunque no ejerza la docencia, recordarles hoy me hace respetar y querer incluso más el quehacer docente. Gracias a mis familias por su apertura y presencia, ¡qué amor! Y gracias a mi papá y mi mamá, quienes se encargaron de mostrarme los caminos y acompañaron mis decisiones. Gracias a mi papá por enseñarme que es bello reparar, que hay que cacharrear, que es bueno saber de todo un poco sin tenerlo que saber todo, que hay que dar la mano, que hay que intentar soluciones y por invitarme a escuchar música de todo tipo. Gracias a mi madre por las risas, por su disposición y naturalidad, gracias por enseñarme a agradecer, a lo bueno de no tener pendientes, a ser honesto y por preocuparse más por mí que yo mismo; intentar describir ese amor de ella sería además de irrespetuoso, infructuoso.

A mamá y papá, perdón, también, por haber sido ese “niño calavera” en tantos momentos, por las citaciones, malas notas, estrés, maneras de responder y dolor causado; perdón por mis desesperos en casa, por ser quisquilloso, por mis ausencias en el hogar incluso estando dentro de la casa, perdón por juzgarles como padre y madre y por juzgar incluso su relación. ¡Qué atrevimiento el mío sin ni siquiera entender qué es el amor de pareja! Mi admiración por el equipo que son e infinito agradecimiento por una vida llena de valores humanos, de experiencias, de paisajes, de sonidos, de presencia, de fe, de techo, de abrazo, de ejemplo y de insistencia. Amor en su expresión más terrenal.

Ahora bien, respecto a las intencionalidades y significados que tengo en el presente escrito cuando menciono las palabras *hombre*, *varón* y *macho*, quiero aclarar que, aunque valoro la postura de Bonino (1999) quien prefiere utilizar el término *varón* porque nombra más específicamente que el término “hombre” a los integrantes del colectivo masculino, aduciendo que en el lenguaje sexista coloquial por *hombre* muchas veces se entiende también a los integrantes de la especie humana, yo utilizaré ambas palabras de manera indiscriminada pues quiero tomar también en consideración el contexto particular en el que estoy escribiendo y las personas cercanas que podrían leer. En Medellín, mi ciudad natal y en mi país Colombia, no es tan común el uso de la palabra *varón* para designar al *hombre*, por lo que quiero que con el uso paralelo de esta la persona lectora encuentre familiaridad con lo que relato y no sienta ajenas las apreciaciones aquí expuestas.

Adicionalmente, afirma Núñez (2016) que los vocablos *varón* y *hombre* pueden ser utilizados de manera paralela para también recordar que cuando hablamos de estos, no nos

referimos a la humanidad entera, sino a una categoría de identidad sexo-genérica (p. 24). *Varón* y *hombre*, pues, serán entendidos como iguales y harán referencia a la persona que nació con pene y testículos y se estableció dentro de lo que se considera socialmente como masculino.

Al mismo tiempo, la palabra *macho* será utilizada cuando quiera hacer referencia explícita a una persona que actúa bajo un modelo hegemónico de masculinidad, el cual critico y cuestiono; pues, proviene (y se mantiene) de un sistema patriarcal histórico que se encargó de entregar a estas personas unos permisos, dominios y maneras de comportarse generalmente violenta sobre otras. Por ello, sí: muerte al macho. No porque queramos asesinar varones o el movimiento feminista pretenda vengarse de siglos de opresión, sino porque coincido con la postura radical en la que se quiere cuestionar, e idealmente eliminar, todo aquel comportamiento de los varones que siguen imponiéndose sobre la vida y los cuerpos de otras personas, y que se denominan machos. De igual manera, todos los varones tendremos de por vida trazas de macho en nosotros (en diferentes escalas, por supuesto) por más que nos estemos pensando o seamos conscientes de esta descripción. Adicionalmente, la palabra macho también podrá ser usada desde una postura enteramente biológica, cuando se hable de macho y hembra como sexos de la naturaleza animal.

Por otra parte, y como ya se mencionó en la presentación, dentro de todos estos capítulos se vislumbran conglomerados de sentido y ejes temáticos particulares, que serán traídos en orden cronológico cuando el momento comprensivo lo requiera, pero sobre todo vendrán según el significado que puedan encontrar al momento particular. Al respecto, coincido con Remei Arnaus (1995) cuando asevera que:

El hecho de servirme de una estructura narrativa no quiere decir que el informe fuera redactado con una estructura cronológica. No fue así. La novela *Justine* de Lawrence Durrell me sugirió, aparte del orden cronológico, otro tipo de orden posible: el orden según se iba construyendo la comprensión de los significados: *“lo que necesito es registrar las experiencias no el orden en el que se produjeron -porque eso es la historia- sino el orden en que me impusieron por primera vez su significado”*. Esta idea fue clave porque me permitió la manera de representar tanto la experiencia vivida, como ya he expuesto, como el conocimiento elaborado a partir de los significados que iba construyendo. A través de la narración podía expresar estos dos tipos de orden diferentes. (p.66)

Ahora bien, el método biográfico es una de las ramas en el gran árbol de la investigación cualitativa (Blanco, 2012, p. 171). Existe actual y recientemente una explosión de los enfoques narrativos, y al inscribirme en uno de ellos, tiene sentido hablar en primera persona y detallar

aquellos aspectos que han incidido o afectado la construcción de una representación de un sujeto (varón en mi caso) y la manera en que eso permite hacerme preguntas como: ¿por qué yo me interrogo por esto? ¿Otros hombres se han interrogado y cómo? ¿Qué hay de particular en mi historia o mi perspectiva para que me haga ese tipo de preguntas? Y junto con estas: ¿cómo y en qué momento me di cuenta de que era varón? ¿Por qué hablar de masculinidades y de feminismo cuando he sido privilegiado? ¿He sido víctima del patriarcado? Y si sí, ¿de qué manera? ¿Por qué las teorías y movimientos feministas nos salvan la vida? Y pensar en las cuestiones que también Bonino (1999) se pregunta:

¿Por qué tan pocos varones cambian de un modo progresista? ¿Por qué, pese a que incluso muchos de ellos proclaman verbalmente el valor de la igualdad, son tan pocos los que desean, o se animan a adoptar posiciones innovadoras y a emprender una marcha hacia la igualdad? (p. 17)

Este es un escrito en el que tanto las teorías e investigaciones, como relatos propios y de personas cercanas conversan como un todo en el que, en palabras de Gonzalbo (2009) “preservamos y conservamos testimonios” (p. 65); intentaré responder(me) por medio de mi narrativa en una autobiografía por qué es importante que un hombre se relate, se cuestione a sí mismo y asuma una postura luego de ese enfrentamiento consigo mismo, lo que se hace necesario en la medida en que generalmente a los varones nos han dicho que somos unos seres dados, unos varones que actúan de tal y cual manera y rara vez nos invitaron o preguntaron por nuestro ser o si sí queríamos ser así.

Según Nancy Ortiz, (como se citó en Marín, 2019, p. 11), la investigación biográfica-narrativa, no solo es una metodología por medio de la cual se obtiene información validada para y por la academia, sino que es una manera adicional de construir la realidad, pues “hacer investigación narrativa es atravesar una puerta condenada (el arte de lo imposible) para llegar a un espacio en el que ciencia, arte y saber popular se tocan y se alteran” (p. 7), y, de igual manera, según Bloch (2001, en Silva, 2009), la historia y las ciencias sociales tienen en común, entre otras varias características, sustentarse en testimonios indirectos (testimonios mediados), siempre intervenidos por los otros, pues “toda recolección de cosas vistas se compone en gran medida de cosas vistas por otros” (p. 52-53).

Me refiero a la investigación biográfico-narrativa como aquel tipo de investigación cualitativa que está interesada en las propias voces de los individuos y las maneras en que expresan sus vivencias particulares (Rivas, 2012, p. 81). Aquí la metodología, pues, no se reduce a las técnicas, instrumentos o herramientas por medio de los cuales se accede a determinada

información; esto sería olvidar (total o parcialmente) que son estos elementos precisamente el resultado de procesos analíticos y teóricos que deciden sobre su aplicabilidad y uso en los diferentes momentos que se realizan (Blair, 2012, p. 128). Una parte importante de la metodología elegida en mi proyecto recurre a la memoria, al recuerdo y a reavivar sucesos personales en conjunto a través de conversaciones históricas con familiares y amistades, al tiempo que revisé cuadernos de mi infancia, cartas, fotos y todo tipo de elementos en casa que pudieran armar mi historia.

Pero acudo a la prudencia, pues soy consciente de la posibilidad de caer en olvidos o adiciones (aparentemente) involuntarios que pueden afectar el relato e incluso entrar a justificar mis actos y decisiones. Frente a los posibles olvidos y de la mano con lo mencionado anteriormente, al mismo tiempo en que pretendo ser acertado en el recuerdo y descripción, no habrá un momento enfático en el que se juzgue tal situación como veraz o distorsionada; esta autobiografía requiere verosimilitud y pertinencia social más que exactitud y, junto con esto, reitero mi postura ética en tratar de traer a colación los recuerdos de la manera más fidedigna posible a través de mi memoria. No pretendo que estas remembranzas sean usadas como jabón y agua que lavan las manos y exonere de responsabilidad mi postura como persona y varón; busco un entendimiento, comprensión y un darme cuenta, ojalá humilde, que permita delinear el inicio del hombre que hoy se (re)entiende.

Asumo un salto en estudios del sujeto a través de un trabajo autobiográfico que puede tener incluso apuntes de los estudios críticos y de estudios subalternos, porque no es común que haya espacio para un hombre que habla de su masculinidad a través de su propia historia y en la narración.

No son los enunciados los que refieren, sino lo hablantes los que hacen referencia: tampoco son los enunciados los que tienen un sentido o significan, sino que son los locutores los que quieren decir esto o aquello, los que entienden una expresión en tal o cual sentido (Ricoeur, 1996, p. 21). Aquí se pretende dar más voz a la voz a través de averiguaciones en los recuerdos propios, sin pretender ser exótico y tampoco restando rigor a la lógica investigativa.

El hecho de no realizar una investigación tradicional no significa una oposición a esta, pues su aporte histórico es innegable. Más bien concuerdo con Denzin y Lincoln (2008) quienes aseveran que "estamos en un momento de descubrimientos y redescubrimientos conforme nuevas formas de ver, interpretar, argumentar y escribir están siendo debatidas y discutidas" (p. 37), por lo que aquí se busca es hacer investigación a través de otras voces. Si bien, al haber sido socializado como varón he tenido más voz que muchas personas en el mundo, quiero

aportar al conocimiento científico y experiencia social desde la escritura autobiográfica de un varón que se piensa desde sus diversas etapas, algo que no es común y que puede incluso juzgarse como “raro”.

Sin embargo, no puedo negar lo difícil que ha sido hacer un trabajo narrativo como si se fuera en contravía de una formalidad. Aunque finalmente entregaré un proyecto con los componentes clásicos que exige la investigación en *occidente*, no puedo dejar de mencionar que mi límite epistémico fue vulnerado al verme en varios momentos forzado a responder o incluir en la investigación apartados que se incluyen como norma en “todo proyecto e investigación”. Sin embargo, Rivas (2012) afirma que el conocimiento experiencial y cotidiano es conocimiento válido también, y no solo aquel se logra desde la racionalidad técnica (p. 83) y, además, sentencia Bruner (2003) “una narración modela no solo un mundo sino también las mentes que intentan darle sus significados” (p. 47).

En medio de una investigación narrativa, no podría plantear como objetivo tener un acontecimiento. Creo que todas estas estrictas formalidades provienen de una tecnología de la planeación con coordenadas históricas concretas que llegaron a Colombia a mediados del siglo XX a “sacarnos” del supuesto subdesarrollo y se instalaron en diversas esferas públicas incluyendo la academia. Hasta ese momento llevábamos años de tradición humanística con personas que investigaban escribiendo, pensando, alejándose y poniendo en papel sus experiencias, pero llega toda esta tecnología de los proyectos y resulta que nos tenemos que inventar objetivos, por aquello de la trazabilidad, y la calidad de los proyectos estará dada por cumplir un objetivo que yo me puse desde el principio. En resumen, resulta que hubo una estandarización del conocimiento y de la manera de crearlo, a través modelos hegemónicos de investigación. Por ello, concuerdo con Rivas (2009) cuando afirma que un cambio en esta teoría del conocimiento es permitir que los individuos realicen y otorguen significados a sus propios hechos sociales, pues la realidad no es algo que espera por ser hallado, sino que son estos sujetos participando de sus situaciones culturales los que la forman (p. 20). El conocimiento no puede ser cuadrulado ni estándar, por lo que me siento jugando un poco. Como decía el sociólogo puertorriqueño Ramón Grosfoguel “entro con la de ellos y me salgo con la mía” (sin fecha, escuchada en una charla informal en una clase en la Universidad de Antioquia).

En este trabajo, la autobiografía será una columna vertebral que, junto con ejemplos traídos de lo que he visto y escuchado en otras personas y que ha influido en la formación de mi masculinidad, permitirá tener conversaciones permanentes con autoras y teorías (piso argumentativo), que me llevarán luego a exponer mi concepción actual sobre lo que asumo que

significa ser varón. Señalan Clandinin y Connelly (1990, como se citó en Arnaus, 1995) la relevancia de utilizar narrativas en la investigación educativa, puesto que las personas somos seres narradores, los cuales, social e individualmente, somos portadores de vidas narradas (p.2-p. 64).

Aunque reciba las palabras de otras personas y las historias de otros hombres como un aporte a mi propio entendimiento y a la discusión con teóricas(os), es mi autobiografía el elemento transversal en el trabajo investigativo, que servirá como provocación y orientación. Muchos de estos ejemplos traídos desde otras personas son de amigos, primos y conocidos que aparecerán como referencias en algunas reflexiones, pero no serán puntos de contrastación, como si se buscara rectificar el recuerdo o si se pusiera en duda mi propio relato. Serán contados desde la cotidianidad y más que comparar, echaré mano de esas otras experiencias similares para intentar entender cómo eso “otro” que ocurre a las demás personas y en otros espacios, aportó a la construcción de mi masculinidad; lo cual finalmente incluso permitirá atisbar una mirada autoetnográfica al dar luces sobre el varón de mi entorno en colectivo, por más que aquí yo sea quien hable de mi historia particular y que sea yo quien cuente y reflexione.

El término autoetnografía, en sus usos iniciales a finales de 1970 y comienzos de 1980, hacía alusión al estudio de un grupo social considerado como propio por la persona investigadora, sea por la razón que fuere (Blanco, 2012, p. 172). Luego, a finales de la década de los noventa, Ellis y Bochner (1996) la promovieron como un género y como uno de los caminos para "entender el significado de lo que la gente piensa, siente y hace" (Ellis, 2004:68). Richardson (2003, como se citó en Gaitán, 2000) quien resalta "la escritura como método de investigación", también plantea que el género de la autoetnografía “explora el uso de la primera persona al escribir, la apropiación de modos literarios con fines utilitarios y las complicaciones de estar ubicado dentro de lo que uno está estudiando” (p.1).

A través de la autoetnografía y en diversos momentos, pero sin ser el principal eje metodológico, se harán deducciones y lograrán entendimientos de un actuar masculino que podrá ser entendido en un marco general de un contexto dado (colegios, universidades, el fútbol en la ciudad, etc.) similar al mío, sujeto que narra, pues como asevera Ellis y Bochner (2003) “la autoetnografía es un género de escritura e investigación autobiográfico que (...) conecta lo personal con lo cultural” (p.209).

Por ello, considero la autoetnografía como un tipo de escritura autobiográfica y una técnica de investigación que vincula lo individual, no solo con lo social sino con lo cultural (Uotinnen, 2010, p. 166); este proyecto no pretende limitarse a la muestra de una autobiografía

de un sujeto que quiso preguntarse por sí mismo, sino que esta será el primer paso para forjar conversaciones académicas, asumir una masculinidad resignificada (como las llama Hernando Muñoz) y finalmente dar una posible muestra de cómo este conjunto puede dar luces a entender situaciones comunes.

Según Carolyn Ellis y otros (2010), la autoetnografía es una manera de acercarse a la escritura y a la investigación, buscando análisis y descripciones sistemáticas de la experiencia personal para entender la experiencia cultural. Desde esta perspectiva se retan las formas paradigmáticas tradicionales de investigar y de representar a la otra persona, pues políticamente se considera como un acto social más justo y consciente donde el investigador realiza una bella operación: usar los principios de la autobiografía más las bases de la etnografía, trayendo como resultado la autoetnografía; por lo que esta se asume no solo como proceso sino como producto (p. 17-18).

Cuando un sujeto se asume en clave de realizar autoetnografía, se debe propender por escribir en retrospectiva y de manera selectiva sobre esas revelaciones, remembranzas y hechos que se derivan del ejercicio mismo, los cuales fueron precisamente posibles gracias a que son parte de un entorno particular y se enmarcan en identidades culturales específicas. Adicional a ello, las personas autoetnógrafas deben relatar acerca de hechos con rigor con el fin de analizar válidamente estas experiencias y sucesos (Ellis y otros, 2010, p. 22) en concordancia con las otras estrategias metodológicas y teóricas elegidas.

Para algunas(os) científicas(os) sociales la autoetnografía es solo un tipo de etnografía (Ellis y Bochner, 2003, p.209) y para otros es una estrategia metodológica (Clandinin y Connelly, 1994, como se citó en Blanco, 2012, p. 172); y en el presente proyecto será asumida como una consecuencia de la columna vertebral: la autobiografía.

Así, aunque podrían al final hallarse matices autoetnográficos, el hincapié de este trabajo será mi autobiografía, como aquella rigurosa excusa desde donde se desprende todo lo demás, como una espina dorsal que permite movimiento, conversaciones y entendimiento. La autobiografía no será cosificada y tampoco sacada del plano literario y filosófico, permaneciendo así dentro del carácter científico y ubicándola más bien como madre de la autoetnografía.

Entonces, mi trabajo no será una autoetnografía porque mi principal objetivo no es explicar el porqué del proceder general de muchos hombres de mi entorno o similares a mí en cuanto a sus maneras de asumirse como varones, tampoco comparándome con algunos o muchos de ellos. Sin embargo, es necesario compartir el apunte que Rivas (2012) realiza al respecto, pues mediante las voces de las personas podemos también entender los contextos en

los que se han producido, así, estaremos investigando estos contextos y los procesos que han tenido lugar si investigamos biografías y narraciones (p. 82). Así, lo que se pretende es que en varios momentos de la escritura de mi autobiografía y las conversaciones con autoras que de ella surjan, puedan darse pinceladas de entendimiento de cómo varones como yo pueden haber llegado a configurar su masculinidad como lo hice, gracias a mandatos y privilegios similares a los que tuve.

Mi historia se mantendrá como el eje sobre el cual gira la investigación, pero al reconocer que no soy un sujeto aislado del mundo y que puedo tener una historia más común que única, podrán darse atisbos de apreciación de una masculinidad en este contexto. Al respecto Ferraroti ([1983] 1988) sostiene que una vida individual podría dar cuenta de los contextos en los que habita la persona en cuestión (investigador), así como también las épocas históricas que durante su existencia recorrió (p. 94), pues:

El individuo no totaliza una sociedad global directamente. Lo hace a través de la mediación de su contexto social inmediato y de los grupos limitados de los cuales forma parte [...] De igual manera, la sociedad totaliza a cada individuo específico a través de las instituciones mediadoras (Ferraroti, [1983] 1988: 94), como serán en este caso la familia y la escuela.

No toda autobiografía es narrativa ni todo lo narrativo es autobiográfico. En el sentido estricto de la palabra, una autobiografía busca darle una unidad efímera -porque las vidas no son unitarias ni son continuas, sino fragmentos de existencia- al relato propio a través de una trama, siendo mi vida el centro. La autobiografía hace parte de la producción de saber en el campo de las humanidades y en palabras de Demetrio (1999) radica un rigor y aporte científico, pues:

Indagando en la propia memoria o en el relato de los demás, formulamos indicios, hipótesis de explicación, elaboramos teorías sobre los pasos que se dan en la vida. Nuestra mirada es también científica cuando, trabajando en un solo caso (el nuestro) o en otros pocos, nos encontramos inevitablemente con el punto de vista cualitativo de las ciencias humanas, en el cual la preocupación no es llegar a leyes generales, verificar con enormes números la aparición o la transparencia de un fenómeno. (p.177)

Para Dosse (2007) aunque parece muy fácil definir qué se entiende por autobiografía -escribir sobre la vida propia-, su conceptualización ha variado con el paso del tiempo (y además confundido y redefinido por sus similitudes con el relato, confesión, historia de vida y otros); tanto que incluso algunas(os) connotadas(os) autoras(es) afirman que se trata de “un documento de estatus singular” (Dosse, 2007, p.39). Para Lejeune (1975 como se citó en Arfuch, 2002, p. 45),

la autobiografía consistirá en el “relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo el acento de su vida individual, en particular, en la historia de su personalidad” (Lejeune, p. 14).

Y, ante la inminente gran inquietud resultante de una autobiografía, sobre la veracidad del relato y la comunicación entre autor y lector, Arfuch (2002) indica que Lejeune propone un pacto autobiográfico entre ambas partes, desligando verdad y creencia, ante la imposibilidad de un anclaje “verificable” del enunciador. Y ya siendo el lector responsable de la creencia, “podemos plantearnos aún otras preguntas: ¿cuán “real” será la persona del autobiógrafo en su texto? ¿Hasta qué punto puede hablarse de identidad” entre autor, narrador y personaje?” (Arfuch, 2002, p. 46).

Para intentar responder esas preguntas, Arfuch (2002) con un útil giro epistémico trae a la discusión a Starobinski ([1970] 1974) quien además de tener clara la presencia de las anteriores dudas mencionadas, sostiene que la autobiografía no es precisamente un género literario, pues “el valor autorreferencial del estilo remite (...) al momento de la escritura, al ‘yo’ actual. Esta autorreferencia actual puede resultar un obstáculo para la captación fiel y la reproducción exacta de los acontecimientos pasados” (Starobinski, p. 66, como se citó en Arfuch, 2002, p 46). Y continúa Arfuch (2002):

Este tributo a una hipotética “fidelidad” conlleva a su vez un interrogante clásico: ¿cuál es el umbral que separa autobiografía y ficción? (...) Bajo la forma de autobiografía o confesión -dirá Starobinski-, y pese al deseo de sinceridad, el ‘contenido’ de la narración puede escaparse, perderse en la ficción, sin que nada sea capaz de detener esta transición de uno a otro plano. (p. 46- 67)

Para Bolívar, Domingo y Fernández (1998), “en las historias de vida, la cuestión no es la representatividad, sino la pertinencia y la coherencia del argumento presentado, que configurarán su credibilidad y verosimilitud” (p. 26). Por ello, los apartados de mi autobiografía no serán cotejados con otras personas y ni siquiera serán evaluados en extremo detalle de veracidad por mí mismo; pues, pretendo que mi escrito, más que 100% exacto a los hechos, sea verosímil y oportuno, pues este no se reduce a datos ni a sentencias verdaderas o falsas. Señalan también Connelly y Clandinin (1995) que en este tipo de escritos hay tensiones necesarias entre veracidad y verosimilitud, por lo que esta última estará presente gracias a una postura ética en la que no pretendo exagerar los recuerdos para que la autobiografía sea más llamativa, pero sí dejaré fluir mi relato para que la emoción y el encuentro con mi yo del pasado permita ubicar remembranzas y experiencias de utilidad. Se trata del análisis de sí, de las tensiones causadas

y de lo que puede ser provocado en las demás personas, pues al realizar una autobiografía con tintes autoetnográficos, se trata simbólicamente, como lo expresó Geertz (1989, p.26, como se citó en Arnaus, 1995, p.65), no de convencer a quienes nos leen de que efectivamente yo estuve “allí”, sino que de haber estado estas personas allí, hubiesen visto lo que yo vi, sentido lo que sentí y concluido lo que concluí.

De igual manera, debo ser cuidadoso con esa emoción, pues dice Pardo (2000) que “cuando la emoción irrumpe en el discurso, lo interrumpe violentamente, y el discurso no puede continuar si no es cuando la emoción está (más o menos) neutralizada, expulsada hacia los bordes exteriores del discurso” (p.83), por lo que, si tengo clara mi relación ética con “la verdad” atravesada por la emoción, al relatar me puedo tomar licencias. No será sólo escribir sino dejar reposar el texto y volver a él como si fuera otro yo quien lo estuviera leyendo, haciéndolo así más auténtico, para luego ponerlo a conversar y maniobrar con dichos encuentros. Así, resalto esta conclusión de Arfuch (2002) acerca de la captura de memorias de mi vida y del ejercicio performático de escribir una autobiografía:

No se tratará entonces de adecuación, de la “reproducción” de un pasado, de la captación “fidel” de sucesos o vivencias, ni de las transformaciones “en la vida” sufridas por el personaje en cuestión, aun cuando ambos -autor y personaje- compartan el mismo contexto. Se tratará, simplemente, de literatura: esa vuelta de sí, ese extrañamiento del autobiógrafo, no difiere en gran medida de la posición del narrador ante cualquier materia artística, y sobre todo, no difiere radicalmente de esa otra figura, complementaria, la del biógrafo -un otro o “un otro yo”, no hay diferencia sustancial- que para contar la vida de su héroe realiza un proceso de identificación, y por ende, de valoración. (p. 47)

Por otra parte, cuando recupero mis memorias al mismo tiempo hago análisis y he aquí la clave del proyecto: encontrar nodos de discusión entre lo narrativo y lo teórico, para intentar comprender y luego resignificar. Al principio hubo curiosidad y preguntas, pero no tenía un aparataje teórico que me permitiera vislumbrar el porqué; sino que en la medida que me interrogaba, emergían las categorías. Por ello, el recuerdo de lo personal es lo que me lleva a la categoría y no la categoría la que hace válido el recuerdo; ya mencioné que no podía planear encontrarme con un acontecimiento o una especie de epifanía; este simplemente llegó e irrumpió y como diría Bruner (2003) el comienzo es precisamente el acontecimiento inesperado (p. 35). El sentimiento que tuve cuando estaba caminando detrás de esa mujer fue impensado, incluso monstruoso, me fue anormal, fue nuevo; pero luego fue capaz de hacer temblar lo que yo

pensaba y tenía por referente, me sacudió. Aquí intentaré que sea entendible a partir de la palabra.

De esta manera, no afirmo que la teoría debe estar para validar mi vivencia, sino para que ayude a explicar las construcciones que he hecho al darme cuenta, al tiempo que trataré de emplear el "yo", como lo sugiere Butler (2002) a través de la "indagación de las relaciones ambivalentes de poder" (p. 182). Aquí lo relevante, en conjunción con Rivas (2012) es la voz propia del sujeto, no tanto las teorías previas sobre las que intentamos contener la realidad, pues estas son sistemas de referencia para construir voces y dotarlas de sentido (p. 18). Así, asumiré ese *darme cuenta* como aquella concepción pensada de lo que significa ser varón: no porque ya lo entienda todo ni porque haya soltado mis demonios y ahora sea un metahombre, sino porque el hecho de describirme, conversarlo escrituralmente con personas expertas y resignificar mi masculinidad, conforman un entender en contexto y comprometerme a lo que se viene, de la mano con la triple mimesis.

Para Ricoeur (1995) la mimesis (actividad mimética) es "la imitación creadora de la experiencia temporal viva mediante el rodeo de la trama" (p. 80), por lo que el tiempo humano existe en la medida en que una narración alcanza plena significación desde una condición de existencia provisional (Ricoeur, 1995, p. 113). Dentro de su teoría de la narratividad, Paul Ricoeur reapropia nociones Aristotélicas sobre la mimesis, la cual, en el sentido más básico es la creación de arte a partir de la imitación de la naturaleza. Así, con la triple mimesis, Ricoeur sugiere la posibilidad de "atrapar el tiempo", con la narración como único medio que permite encapsular acontecimientos.

La mimesis I hace referencia al mundo tal como está, a los hechos crudos y a una pre-configuración de lo que ha de ser una historia desde la "realidad" de allá afuera, lo que en este trabajo se traduciría en poner sobre la mesa los recuerdos en el marco de aquellos aspectos que aportaron a una constitución individual de masculinidad, junto con todas aquellas nociones normalizadas que he tenido alrededor del género y la "hombría".

La mimesis II sería la edición y comienzo de interpretación de esa realidad traída que configura, entre palabras propias y prestadas, una imitación del mundo que intento contar. Esta segunda mimesis ocupa una posición intermedia porque cumple una función mediadora y transformadora entre aquellos acontecimientos crudos o individuales (mimesis I) y la historia tomada como un todo (mimesis III), integrando factores heterogéneos tales como resultados inesperados, circunstancias, fines, agentes e interacciones (Ricoeur, 1995, p. 131-132), lo cual, inevitablemente, sacudirá y exhibirá tensiones.

La mimesis III es una fase representativa de la mimesis II y un mundo reconfigurado por la narración, y sólo allí, esta se convierte en un mundo temporal (Ricoeur, 1995, p. 140), que me llevará a exponer, como escritor y lector de la historia de mi otro yo, el siguiente nivel en el que quiero habitarme como varón.

Así pues, esta triple mimesis será un constante ir y venir, donde lo habitual (mimesis I) y lo inusual (mimesis II), me llevarán a una nueva habitualidad (mimesis III) que, si bien no me establecerá como un súper varón, sí permitirá congelar por un momento mi existencia y observarme como no pensé que fuera posible. Por la misma característica de la mimesis y de mi escrito, en todos los capítulos habrá un poco de esos tres momentos, pues como ya he mencionado anteriormente, aquí más que un orden cronológico, habrá un orden de sentido. Así, todos los apartados tendrán recuerdos “crudos” (mimesis I), conversaciones a modo de mediación (mimesis II) y finalmente aproximaciones a mi nueva habitualidad masculina (mimesis III), aunque esta última también estará expresada con mayor hincapié en los capítulos finales.



5. De la nada al niño, del niño al varón, del varón al macho

“Oír a la gente reírse de sí misma, discutir sus propios testimonios, volver a sufrir sus dolores, interrogarse, aceptarse, era el sentido vital que yo podía reclamarle al conocimiento”

Alfredo Molano

“La memoria no es más que otra manera de inventar”

Eduardo Mendicutti

“Tanto amor me puede matar”

Alcolyrikoz

La familia nace espontáneamente allí donde hay personas, es una institución natural cuya aparición no depende de un estatuto jurídico dado por un Estado y es regida por costumbres tradicionales. Y donde hay familias se desarrolla y crece la sociedad tanto en número como en cultura, personalidades, iniciativas y participación política (Sánchez, 2014, p. 183). Y de tal manera “natural” se siente, pues al nacer y luego al ser conscientes de sí, es la familia aquel primer grupo social al que comúnmente pertenecemos y en el cual somos sujetos activos. Ni siquiera el crecimiento y desarrollo nos hacen cuestionar esa naturalidad de pertenecer a un grupo cuyo fundamento suele ser el bien común. Sin embargo, nuestro sentido de pertenencia por dicha institución se forja a manera de invitación por actos y guías de diversa índole por parte de miembros más antiguos. Así, el mero hecho de pertenecer a este grupo, aunque en sus inicios “natural”, es un constructo social y no elegido por sí mismo, pero que determinará con seguridad la manera en que cada persona se reconoce y se comunica con su exterior.

Aunque pretendo dar un esbozo de lo que se entiende por familia y no se quiere hacer una crítica profunda a lo condicionante y cooptadora que esta puede ser, sí se asume una postura crítica a la misma y en la que, aun perteneciendo innatamente a una, el entendimiento de su función social permite un entendimiento de sociedades y de individuos. Afirma Sánchez (2014) que “el Estado sería inviable sin sociedad civil, sin matrimonios y sin descendencia” (p. 185); por ello, tal como conocemos las familias en el mundo occidental y como concebimos la noción de Estado, ambas van de la mano y queramos o no, han hecho de nosotros lo que han querido, al

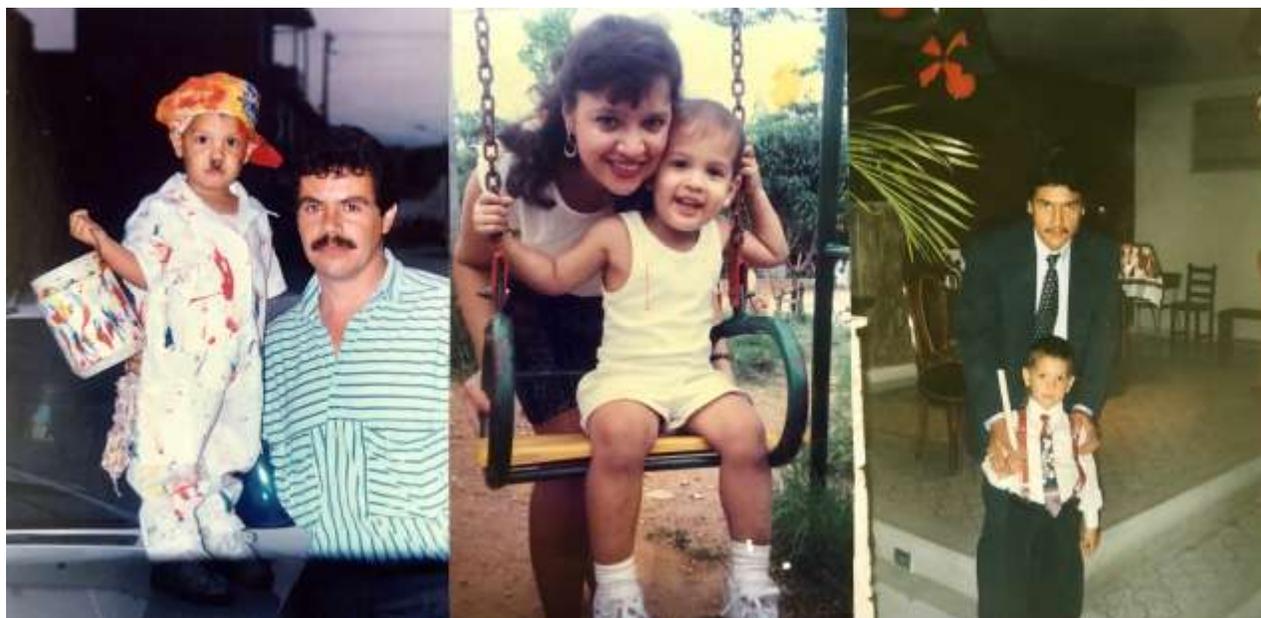
menos en la base y por lo menos los primeros años de vida. Así, hay compenetración entre los derechos de la personalidad y los derechos de la familia, la cual gesta, desde el hogar hasta lo mundial, estabilidad de sociedades y un orden (Sánchez, 2014, p. 189).

Nací en junio de 1992 a eso de las 8:00 am, hora colombiana. Me pusieron ropa azul, me empezaron a llamar Julián y dijeron que era signo Géminis. Es lo que sé. Pero quiero empezar mi historia unos años después, desde el momento en que empiezo a tener mis propias memorias y donde, gracias al lenguaje, a la constante escucha de mi nombre y todos los otros tipos de comunicación, yo ya era una persona determinada aun antes de ser consciente de ello, pues en palabras de Butler (2002) la ocupación del nombre es lo que me situó dentro del discurso, sin elección adicional, y me produjo un “yo” desde la convergencia y acumulación de diversos llamados interpelantes; por lo que soy, en gran medida, eso que las otras personas hicieron de mí y como me nombraron (p. 181).

Recuerdo un día que me vistieron para una ocasión especial, tenía una corbata de Mickey Mouse, cargaderas, zapatos tipo “adulto” y me llevaron a la iglesia del Barrio Antioquia, en Medellín. No había mucha gente y allí fui bautizado. Luego supe que tenía 3 años y medio, y es quizá ese mi primer recuerdo lúcido, porque tengo en mi memoria todavía las gafas y el cabello del sacerdote católico que me impregnó esa agua y recuerdo que había un pesebre con personajes gigantes, donde me alcahuetearon montarme, solo por ser esa fecha especial. También ese día, o por esos días, creo que empezó una confusión que hoy, a mis 28 años, se mantiene: la paternidad. Ese día estuvo presente el hombre que decían que era mi papá: Jairo. Y pues yo hacía caso, le decía papá a Jairo. Pero me era muy confuso esa figura de padre, porque pronto sería otro el varón al que me dirían que le dijera papá: John.

Jairo Segura Tovar, es mi padre biológico, el hombre de quien heredé más que genética, unas formas corporales y expresivas muy particulares. Tenía, en el momento de mi nacimiento, una hija de un año y luego, con la madre de esta, tuvo otras dos hijas, años después de mi nacimiento. En la actualidad, conviven en familia estas 5 personas: Jairo, Gloria (su esposa) y mis 3 medio hermanas Camila, Daniela y Stephanie.

John Fernando Zapata Correa, es, técnicamente hablando, mi padrastro. Pero cotidianamente, es mi papá, pues la vida y nuestras decisiones nos hicieron padre-hijo. Al momento de conocerse con mi mamá, tenía una hija de unos 7 años llamada Nadia. Hoy, seguimos siendo, junto con mi madre, un hermoso hogar de 3 personas.



Así, cuando mencione a mi papá me estaré refiriendo a John (y lo mismo: cuando haga referencia a mi familia paterna, será a la familia de John), y cuando quiera hacer referencia a Jairo como padre, será específico el adjetivo “biológico” de manera posterior.

Salvo un par de períodos de algunos meses en mi niñez, siempre recuerdo a John como el papá y la “figura paterna” que tan “normal” era que un niño como yo tuviera; porque tanto en la calle, como en la escuela y en la televisión yo veía que un niño tenía una mamá y un papá. Y entonces no me fue difícil simplemente adaptarme a esa vida en casa con ese papá y esa mamá que yo tenía.

Recuerdo haber tenido una niñez bonita gracias principalmente a mi madre Yolanda y a mi padre John, siempre con alimento, con risas, con sensibilidad y compartiendo con personas vecinas y primos. Desde pequeño tuve juguetes, y muchos de estos, se asociaban a lo que es ser varón: buses, volquetas, balones y trencitos. Recuerdo con nostalgia cuando mi madre me llevaba a mi primera escuela “grande”, el Instituto San Carlos (colegio Lasallista); nos íbamos caminando y mi felicidad estaba en desplazarme sin tocar el piso, solo saltando entre muros y rejas, y cuando era inevitable tocar el suelo, entonces mi mamá me levantaba y me ayudaba a levitar.

Durante esa época en la que mi madre me llevaba al colegio diariamente a la escuela, lo hacía porque su sitio de trabajo quedaba muy cerca. Pero no por ello su vida estaba exenta de exigencias y sacrificios. Ella me cuenta, con más cariño que queja, cómo eran de difíciles aquellos tiempos en los que ella tenía que cargarme si yo lo pedía, por más que yo supiera

caminar y por más que ella estuviera más exhausta que yo, habiendo pasado un día con tacones, con presiones laborales y con una mente adulta en movimiento que se preocupaba más que la mía.

Años después, comprendí que no era ningún chiste cuando ella llegaba a casa luego de una larga jornada laboral y expresaba: “llegué a mi tercer turno”, haciendo alusión a que ya había tenido uno en la madrugada despachándome a mí y a mi padre, un segundo en su sitio de trabajo, y ahora ese tercero que iría hasta altas horas de la noche con tal de mantener el hogar en orden y cumplir su “rol de esposa y madre”. Ella, sin saberlo, se refería a la división sexual del trabajo, aquel proceso mediante el cual la cultura asigna y atribuye actividades de acuerdo con características biológicas de las personas y con lo que se espera de su género; es decir, “como es mujer, entonces se tiene que encargar de los asuntos de la casa”. Ella, como mamá y mujer, y sin tener todavía acercamientos conceptuales de las luchas feministas, entendía desde hace mucho que había injusticia en la distribución de tareas y la inclinación de las cargas en los espacios comunes.

Fueron esas mismas atribuciones de responsabilidades basadas también en el género, las que probablemente hicieron que mi mamá supiera desempeñar tan bien las labores de limpieza y cocina. Con esta última, tengo hoy por hoy conflictos mentales, pues cuando mi madre me dice constantemente “para mí es un honor cocinarte y alimentarte bien, me encanta saber que te puedo atender”, se me hace inevitable pensar en cuánto de ese bello actuar suyo se forjó a partir de un genuino instinto por cuidar y cuánto de ese actuar le fue forzado a querer, luego de haber cocinado y cuidado de muchas(os) de sus hermanas(os) y de haber sido la “mujer” en sus relaciones. A veces pienso que ese disfrute al “atendernos” a mi padre y a mí, fue algo que se estableció forzosamente en ella a través de construcciones sociales que la convencieron de que eso tenía que ser así.

En los primeros 3-4 años, mi familia más allá del hogar fue mi familia materna, la cual es muy extensa (mi madre tuvo 8 hermanos y 7 hermanas); y a partir de los 4-5 años, empecé a relacionarme también constantemente con mi familia paterna, que, aunque más reducida, estuvo igualmente presente en mis años de crianza.

Tengo bastantes primos y primas por parte materna y paterna. Sin embargo, el apartado especial se lo llevan 6 primos por parte de mamá, que junto conmigo, formamos un especial grupo de 7 personas que nacimos en un lapso de 8 meses, por lo que los embarazos de nuestras madres (primerizas todas excepto una) fueron en gran parte simultáneos y los primeros meses

de vida nos fueron muy compartidos. De esas 7 personas, 6 somos varones y una mujer, detalle que no es menor.

Con mis familias empecé a hacer asociaciones y entender que la manera en que se comportaban y se juntaban las personas era lo “normal” y, por ende, en un futuro yo sería como estas personas adultas; aunque era obviamente imposible con pocos años entender que es esta institución familiar la que se mantiene como soporte del patriarcado como sistema (fuente de todo racismo, sexismo y exclusión desde el control del poder) y de allí se desprende la dominación ejercida sobre las mujeres y la homofobia, pues se continúa con la vigente la necesidad de contratos heterosexuales, cuyo punto de llegada ideal ha sido el matrimonio o el “organizarse” (Bustamante, 2013, p. 167). No obstante, apoyado en palabras de Carole Pateman (1995), vale la pena resaltar que, aunque el patriarcado haya sido interpretado inicial, civil y comúnmente como la “ley del padre” (patriarcado clásico) y de allí se expandiría al plano público, hoy no necesariamente requiere de la institución familiar o la unión heterosexual para existir, por lo cual podría hablarse de un patriarcado moderno (p.11).

Podría decirse que ese “organizarse”, “sentar cabeza” o “madurar”, todas estas expresiones alusivas al establecer vínculos físicos, jurídicos, económicos y familiares, ha determinado el mundo tal como lo conocemos. Aunque la manera más fundamentalista de este vínculo (con rituales religiosos, jurídicos, pomposos y fundantes) ha disminuido a través de las últimas décadas, la matriz de este se ha mantenido: que dos personas se junten y sean la “media naranja” mutua y conformen una pequeña sociedad (familia) y que, junto con las otras, perpetúen la especie humana a través de producción pensada y continua de sujetos, generalmente desde la asignación de roles de género y de necesidades del entorno.

Un muy buen ejemplo de cómo ese contrato heterosexual era no solo normalizado sino celebrado desde varias esferas en el mundo occidental, son los bailes de graduación en los colegios estadounidenses, pues si bien no son comunes en un entorno como el mío, eran tema recurrente en las películas, series y caricaturas que aquí consumimos en grandes cantidades por la gran influencia del mencionado país en Latinoamérica. Allí, en esos bailes de graduación, se juntaba la presión social (familiar y escolar) porque se debe ir y bailar con una persona del sexo opuesto, por lo que había que prepararse con tiempo y haciendo maromas para que todo saliera bien, encajando así en la performática noche y haciendo un ensayo sobre lo que es la vida real, allá afuera y luego de la escuela. Aquí en mi país ha sucedido en los bailes de barrio, las reuniones familiares y el presentar la pareja “oficial” ante la familia.

En este trabajo no se cuestiona este proceder humano heterosexual que, innegablemente, nos tiene aquí hoy por hoy. Se interpelan en momentos, eso sí, las incomodidades y atrocidades resultantes a través del tiempo sobre las personas que decidieron asumir su existencia desde otras márgenes, sobre todo sexuales y afectivas, es decir, no ser heterosexuales y sobre todo no perpetuar el modelo tradicional de familia, no querer procrear, no “formalizar” vínculos ante instituciones y en general, no llevar a cabo acciones que, nos han dicho, son norma y aseguran una deseada perpetuación de nuestra especie humana, y cómo, aunque cumpliendo la norma heterosexual, se reciben mandatos e indicaciones sexistas, raciales y estereotipados sobre cómo actuar.

Entonces, el lío no redundaría en la existencia de un contrato heterosexual o la procreación, sino en el establecimiento de estas acciones como las únicas o por lo menos las “más aceptables” ante la sociedad tal como la conocemos, a través del concepto de familia (familia no es lo mismo que heterosexualidad, pero están íntimamente ligados). Y aunque pueda sonar burdo, lo comparo con la depilación: no creo que tomar la decisión de hacerlo sea errónea; lo que sí considero indeseable es que dicha práctica esté, con presión social, asignada a ciertos grupos de personas más que a otras por motivos absurdos como de “antinaturalidad” o “antiestética”. Similar sucede con el maquillaje y en estandarizaciones con los sujetos varones desde la heterosexualidad como régimen, por ejemplo con su aspecto físico y comportamientos cotidianos: pues “se debe ser” musculoso, tener barba, tener voz gruesa, no “desaprovechar oportunidades” para tener sexo con una mujer, ser quien maneja el carro (incluso si no es suyo), no tener expresiones femeninas de género como cruzar las piernas, tener una voz suave o hablar con las manos, ser más alto que su pareja mujer y en general, ser ese hombre de una manera particular, esperada y reglada.

En la todopoderosa unión Estado-familia, afirma Bustamante (2013) que esta última es un “centro dinamizador de las relaciones y de circulación de los bienes y los sujetos” (p. 169), por lo que la institucionalidad es una bisagra articuladora de discursos y constructora de sujetos determinados en controles particulares. Así, cualquier desalineación de conductas de cuerpos, sería sancionada: la homosexualidad (y otras prácticas e identidades sexuales) fueron entonces representadas como peligrosas y anómalas, sancionando y limitando a sujetos sexualmente transgresores, pues son asumidos como “factor de negativo para la sociedad. (...) La injusticia cultural pone a la población homosexual en condiciones de desventaja, lo cual exige la acción explícita de las instituciones del Estado, (...) y es desde allí que se ha promovido el menosprecio” (Bustamante, 2013, p. 169).

Y, por herencia cristiana e histórica patriarcal, han sido sobre todo varones quienes se han encargado de ordenar sociedades y las maneras de actuar tal como se describen. En el caso particular de Colombia (en este sentido, Estado no muy diferente a muchos en el mundo occidental), asevera Bustamante (2013) que en su historia reciente, en concordancia con la Constitución de un Estado patriarcal moderno, han sido varones prestigiosos y visibles quienes asumen la tarea de defender la norma de la heterosexualidad y la familia nuclear, así como el control sobre uso del cuerpo y la sexualidad, a través de discursos y normatividades, manteniendo la diversidad sexual y de género en desventaja y subordinación (p. 178).

En mi caso, no fueron solo estos mencionados varones quienes fueron mis primeros referentes fuera de la casa. Fueron otros varones prestigiosos y visibles también, quienes empezaron a ser parte de mi día a día y, de manera sutil, aportaron a mi percepción de la vida el entendimiento de un orden social, de vida en pareja, de uso del cuerpo y de maneras de relacionarse en esferas privadas y sobre todo públicas. Estos hombres a los que hago referencia son personas que recuerdo cuando ingresé a la escuela. Lo curioso es que probablemente en ese primer encuentro con la escuela me relacioné más con docentes mujeres que con varones, pero el recuerdo se hace vívido con ellos porque eran sacerdotes al tiempo que ejercían roles como coordinadores y rector, es decir, la manera en que el resto de las personas les trataban y el poder les hacía más visibles, y enviaban certeros mensajes, incluso sin la necesidad de tener contacto directo con nosotros los varoncitos en las aulas de clase.

Según García (2003), explicar lo que es la escuela no es fácilmente reducible a una definición, pues históricamente la hemos entendido en varias direcciones: como un aparato ideológico del Estado, según la interpretación marxista; ha sido asumida como uno de los más significativos espacios de socialización; y también “como ámbito creador de la igualdad de oportunidades, (...) catapulta necesaria del progreso individual y del desarrollo colectivo” (p. 5). Desde otras perspectivas, también expuestas por García (2003) para Bernstein y Bourdieu la escuela es un espacio no neutral donde hay una tendencia a reproducir el *statu quo*, a la vez que para Foucault es ella una institución de vigilancia y control donde el poder hace de las suyas de manera minuciosa pero eficiente (p. 5).

Sin embargo, fue Giroux (1997) quien incluyó, además de las consideraciones anteriormente expuestas, el lugar que juega en la escuela la resistencia, así:

Las escuelas son sitios sociales caracterizados por currículos abiertos y ocultos, culturas subordinadas y dominantes, e ideologías de clase en competencia. (...) Conflicto y resistencia tienen lugar dentro de relaciones de poder asimétricas que favorecen a las clases dominantes,

pero el punto esencial es que hay complejos y creativos campos de resistencia a través de los cuales las prácticas mediadas de clase y sexo frecuentemente niegan, rechazan y expulsan los mensajes centrales de las escuelas (p. 65).



En mis primeros años, participé en dos escuelas muy similares entre sí: ambas eran exclusivamente para varones³ y ambas eran privadas. No recuerdo muy bien en qué casa vivía a eso de los 4-5 años, pero sí recuerdo que cuando terminé mi año escolar (Jardín) en el Instituto San Carlos, me dieron la gran noticia que iba a estudiar a partir del siguiente en el Instituto Técnico Pedro Justo Berrío, pues allí estaban ya estudiando varios de mis primos contemporáneos, del grupo selecto que habíamos nacido en un corto lapso.

A finales del primer período académico de ese siguiente año escolar (Preescolar), tengo algunos recuerdos donde mi maestra se reunía con mi papá y mi mamá, y aunque no entendía mucho por qué lo hacían, tampoco me preocupaba. De repente un día me tomaron una especie

³ Posteriormente ambas instituciones migraron a un modelo de alumnado mixto. Hoy en día, el porcentaje aproximado de mujeres en esas aulas de clase es de un 25%.

de prueba en el colegio y luego en mi casa me explicaron que me habían transferido de año, supuestamente por tener las habilidades y desarrollos a los de niños un año mayores que yo. De un día para otro ya no estaba cursando Preescolar sino Primero de Primaria. No tengo más recuerdo en la escuela que ese, no sé cómo fue mi adaptación, supongo que acorde a lo esperado; pero sí recuerdo recibir alabanzas de parte de mamá y papá y otras personas de las familias por el “logro”. Me recuerdo algo confundido porque no entendía cual había sido exactamente mi hazaña, pero no por ello dejé de disfrutar mi momento de gloria y el alimento a mi ego, pues estaba recién entrado a una escuela nueva y ya era conocido. Lo mismo sucedió entre mis primos y otros familiares.

Luego, sé que toda mi primaria fue relativamente tranquila, donde recibí algunos reconocimientos por mi solidaridad y aptitudes en las matemáticas, y, en general, viviendo día a día rutinas: levantarse en la mañana, desayunar, esperar el transporte escolar, jornada, devolverme, hacer tareas en casa, jugar y demás. De estos años en primaria recuerdo mucho la presencia constante de mujeres en las aulas, creo que no tengo en mente ni un solo varón como persona que liderara los encuentros dentro del salón. Sí había hombres, pero los recordaba como los profesores de los muchachos “grandes”, sacerdotes y capellanes (colegio Salesiano) y a un par de señores que eran el coordinador y el rector. Este último, lo recuerdo como un gran referente masculino y con poder, pues además de ser rector (máxima autoridad académica), era el sacerdote con más alto rango en el colegio, tenía un programa de radio que las familias escuchábamos en casa los domingos, tenía gran presencia física y escribía libros de liderazgo y espiritualidad que también se compraban en mi casa. Era omnipresente y querido por todas las personas, especialmente por las mamás, quienes veían en él un varón más que maravilloso.

Recuerdo muy particularmente a mi directora de grupo de cuarto grado. Era a su vez la profesora de ciencias, quien tenía una letra muy bonita. Recuerdo sus movimientos con la tiza en el tablero verde y es quizá mi primer referente “estético” con la escritura, porque hasta el día de hoy sigo preocupado porque esta sea lo más pulcra y ordenada posible, aun cuando no lo es tanto como quisiera. En su momento seguramente no pensé en lo particular de mi admiración hacia la letra que dicha docente tenía, pues desde pequeño iba teniendo claro que hay asuntos que destacan como “decididamente” femeninos, y su estética, en este caso representado por su orden en la escritura y sus letras bellas, me fue llamativo por algún motivo, pero no salía de mi entendimiento de lo que era “normal” y corriente, pues por defecto entendía que lo que las mujeres hacían siempre era más bonito.

En casa y con mi madre, además del acercamiento que teníamos con los partidos de fútbol y del cual hablaré más adelante en el capítulo “Redonda omnipresencia”, había otro espacio muy íntimo: la lectura de cuentos antes de dormir. Aunque mi padre fue quién más involucró en mí el acercamiento a la lectura, la persona que me leía antes de dormir, en la cama y de manera más cercana fue mi mamá, presumo yo, porque era una actividad que se relacionaba más con la “sensibilidad”, desde el cuidado y encuentro íntimo entre nosotras dos. Los cuentos que más recuerdo son los de Rafael Pombo, Fábulas de Esopo y Winnie the Pooh.

De nuevo en la escuela, hubo sucesos en esos años finales de primaria, los cuales fueron lo suficientemente graves como para que recibiera castigos severos como “pelas” (palmadas) y correazos. Adicionalmente, lo que más recuerdo como castigo son las planas que mi papá me ponía a hacer, y sobre todo recuerdo que las cantidades eran muchas. Las frases que él creaba para mis planas eran algo así: “debo respetar a mi mamá y mi papá”, “debo ser responsable en el colegio”, “no debo decir mentiras”, “no puedo usar el computador ni el televisor por dos semanas”. Vale aclarar que mi comportamiento no aceptado en casa la mayoría de las veces tenía que ver con mi desempeño escolar, por lo que hacía o dejaba de hacer, de acuerdo con lo que se esperaba de mí.

Al mismo tiempo, fueron estos años de infancia donde, tomando decisiones cada vez de manera más independiente, comencé a tener héroes y referentes escogidos por mí. Y, claro, todos eran varones: admiraba hombres, cantaba música hecha por hombres, tenía pósteres de equipos de fútbol de varones y empecé a fortalecer, de manera ya más independiente, aquella estandarización de lo masculino como regla y comencé a sentir todo con un simple e irresponsable adjetivo: “normal”. Pues lo masculino era, por defecto, lo normal. Y esto es el patriarcado, un sistema donde los varones nos admiramos y concedemos poder entre sí para dominarnos los unos a los otros, pero sobre todo dominando a las mujeres, cosificándolas y sacando de ellas provecho. ¿O fue gratuito que la primera mujer de la cual quería tener un póster en mi habitación fuera una modelo como Natalia París o Ana Sofía Henao? Estos pósteres se encontraban en las portadas de algunos cuadernos de mi época. Así, empecé a admirar a esas mujeres por sus cuerpos editados y semidesnudos, al tiempo que repetía en clase los nombres de aquellos héroes varones que los libros del colegio describían.



El patriarcado, según Gerda Lerner (1990), es un sistema que deriva, estrictamente hablando, de las legislaciones romana y griega en el que se le daba poder económico y legal absoluto sobre otros miembros de la unidad doméstica (varones y mujeres) al hombre cabeza de familia; pero es una concepción con historicidad limitada, pues esta insinúa que el patriarcado comenzó en la antigüedad clásica y culminó en el siglo XIX con la concesión de derechos civiles a las mujeres casadas (p. 340). Así, continúa Lerner (1990) en su definición más amplia de patriarcado, la cual comparto con la autora, es la institucionalización y manifestación del dominio masculino sobre los niños de la familia y sobre las mujeres, que se amplía a un control sobre las mujeres de la sociedad en general, lo que implica que son ellos quienes detentan el poder en las instituciones importantes, impidiendo no necesariamente que las mujeres estén privadas completamente de derechos e influencia, pero sí asegurándose de que no sean quienes tengan más poder (p. 341).

El patriarcado funciona de diversas maneras, todas muy similares, junto con otros tipos de sistemas opresores como el racismo, clasismo y sexismo; todo parece ir conectado entre

estos. Desde un enfoque feminista, hablar de patriarcado implica hablar de entregas desiguales según el género, invisibilizar, silenciar y desconocer lo femenino por siglos, y lo peor, varones que históricamente han hablado por ellas, “analizándolas, estudiándolas, abriéndolas y explorando: la mujer como objeto de estudio masculino, siempre para mantener el control sobre ellas. Entenderlas para controlarlas. Así funciona el patriarcado” (Delgado, 2020). Supuestamente entenderlas, diría yo, porque si de verdad fuera así la historia sería otra.

¿Es el patriarcado un tema externo, académico, “de las feministas” y no tiene que ver conmigo? El patriarcado es omnipresente y es cotidiano, es saber que la mayoría de bibliotecas (públicas, escolares y las del hogar) tienen más del 90% de su autoría en varones; es saber que a las mujeres se les ha controlado tanto su cuerpo y se les ha dicho que está incompleto y es anormal, que hoy por hoy incluso se venden productos para que su vulva no huela a vulva, sino a menta o “hermosas flores del bosque”, y que tienen que lucir sin marcas en la piel, sin pelos, sonrientes, dispuesta y tranquilas. Patriarcado también es que las personas famosas de nuestra historia universal reciente, que crearon máquinas que revolucionaron, artistas, personas líderes y referentes, fueron en su mayoría varones, sin descartar que muchas de estas personas fueron mujeres, pero no se les reconoció. ¿Cuántas películas hemos visto que hayan sido dirigidas por mujeres? Y si ha pasado, ¿no son estas películas algo recientes? ¿Será entonces que las mujeres no son igual de capaces o no tienen talentos? No hay más respuesta que una prohibición cómplice, histórica y sistemática a no dejarlas ser y habitar como seres iguales, incluso si ello implicase que nos perdiéramos de sus talentos y aportes.

Volviendo a mi historia, en esta época donde configuraba detalles no menores de mi concepción propia sobre lo que es ser hombre, recuerdo una escena particular donde luego de un acto muy mal hecho por mí a ojos de mi papá, se tornó un poco más violento de lo que era “normal” en mi casa hacia mí, lo recuerdo lanzando mis cuadernos y agenda al piso con fuerza y en un momento agarrándome por el cuello. Tan atípico fue el momento que mi mamá lo percibió cruzando un límite, ya no parecía ser un castigo sino una forma de violencia y le ordenó que me soltara. Además, añadió: “¿Quiere pelear con un hombre? Espere yo le llamo a uno”, al tiempo que tomaba el teléfono para llamar a un tío. Yo me recuerdo simplemente pasmado, por lo que no es menor traer las palabras de Kaufman (1999) quien afirma que “lo que permite la violencia como un mecanismo compensatorio individual ha sido una amplia aceptación de ésta como un medio para solucionar diferencias y afirmar el poder y el control” (p.3), y era quizá lo que dicha escena me quería decir. Y aunque no quiero olvidar el suceso y creo no lo tengo guardado con rencor, también debo mencionar que fue quizá lo más violento que viví en mi casa y si bien

quisiera no haberlo vivido, sé que no se compara otras formas de violencias más delicadas que sufren tantas personas a diario.

Vale la pena recordar que, aunque tuve muy pocos episodios de violencia física en mi vida (todas hasta la adolescencia), creo que debo traerlos a este relato. Recuerdo que, ante un regaño o rabieta, varias veces reaccioné cerrando la puerta bruscamente o pegándole una palmada o puño a una mesa. Mi madre llegó a decirme que ese era el principio de un varón violento, porque “si hace eso, luego lo va a hacer con las mujeres”. ¡Cuánta claridad ha tenido siempre! Lucía como ese paso anterior para agredir físicamente a alguien. Afortunadamente (aunque triste que el deber ser sea llamado “fortuna”), no fueron muchas las veces las que lo hice y nunca lo hice contra una persona. De hecho, es gracioso pero curioso cómo le respondía a mi mamá y papá. Yo, luego de uno de esos golpes a la mesa o a la puerta, les decía que ellos eran más violentos que yo, porque eran capaces de pegarme a mí, que yo por lo menos lo hacía a objetos; suceso no menor porque denotaban una postura clara desde hace años hacia la violencia y hacia las personas. Y debo agradecer a su crianza, sus decisiones y a su comportamiento, que nunca hubo escena de violencia física entre ambas, lo que inevitablemente hubiera cambiado el rumbo de mi historia, pues ante esas experiencias en la crianza hay quienes sienten profundo repudio por lo visto, pero hay quienes aprenden a ser eso que vieron. Entonces, me salvé de ser agresor físico mientras entendía que un cuerpo no debía ser violentado físicamente. Lo cuestionaba desde bien pequeño y un poco *traicionaba voluntariamente al patriarcado* al renunciar a la violencia física como opción. Aunque tardaría muchos años en develar mi certera manera de ser violento: la palabra y los actos, aparentemente inofensivos.

Es interesante la respuesta de mi mamá al preguntarle si quería pelear con un “hombre”, sin duda ella ponía límites en mi casa y nunca cedió ante ellos. Esta es tan solo una de las muestras en las que se evidencia el poder que ella como mujer y madre tenía en el hogar, en el ámbito privado, pues a través de ella y desde ella se tomaban las grandes decisiones en casa, ella direccionaba y también controlaba, incluso de maneras sutiles; suceso que podría no ser exclusivo de mi hogar, es decir, puede ser más común que único que en las familias de mi entorno los padres hayan tenido un control sobre los espacios públicos de los miembros pero sean las madres quienes hagan lo mismo dentro de las casas.

Así, los contratiempos más “escandalosos” se vendrían casi en cascada desde mi paso al bachillerato. Y aunque no recuerdo con precisión fechas ni edad, hay varios sucesos que quiero traer a colación. Alrededor de mis 9-11 años era común estar en acompañamiento psicológico al tiempo que, en casa, además de regaños y castigos, yo terminaba después de las

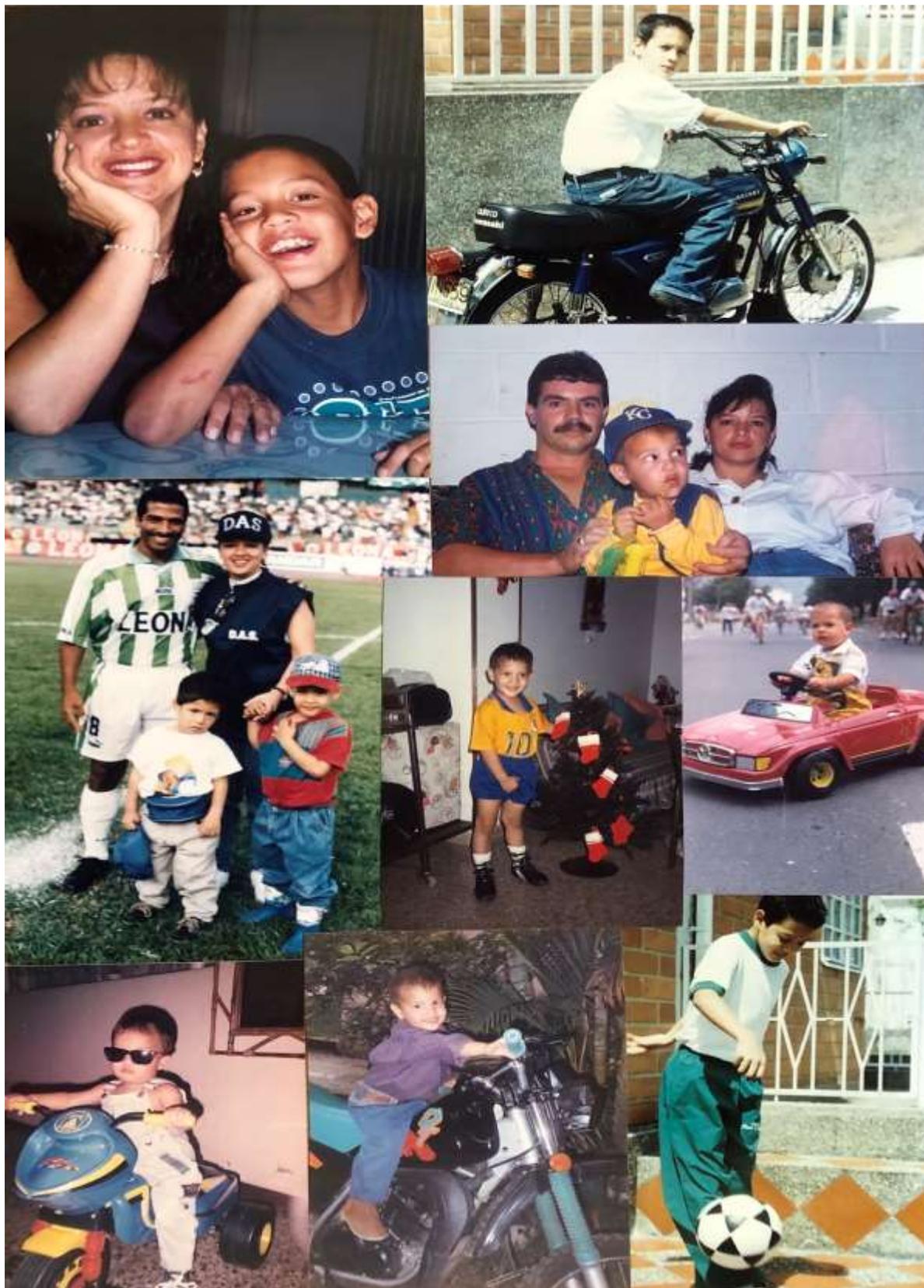
discusiones entre los 3, siempre hablando calmadamente con mi mamá y le pedía perdón a ella y le hacía promesas. Ella siempre me inculcó las tradiciones católicas, aunque naturalmente, yo no las recibía tan fácil. Sin embargo, era común que luego de un gran error mío en el colegio y luego de un castigo en casa, yo empezara a cumplir una promesa de ser un nuevo yo. Pero hubo muchas promesas y muchos intentos de nuevos yo en esas épocas. Recuerdo que, a modo de muestra, empezaba a ir a misa como prueba de arrepentimiento y de, “en serio”, querer empezar de cero. Con el tiempo aprendí que el cambio en mí no funciona así: mis comportamientos nunca han cambiado solo porque me prometa y jure que así será. De hecho, luego lo confirmé cometiendo errores con ellas, todas esas mujeres con las que he compartido momentos románticos y de pareja. Tan similar ese perdón a mamá, a través del “verbo” a lo que he hecho con estas mujeres. Ahí empecé a marcar un patrón: actuar con lo que el cuerpo me decía, esconderlo porque sabía que iba en contra del “deber ser”, soportar el regaño, sentirme mal, prometerme, empezar un nuevo yo, y volverlo a hacer. Han sido círculos viciosos con similar modus operandi y se convirtieron con el tiempo, sin duda, en un tipo de violencia que ejercía sobre ellas.

En la esfera familiar no tuve que preocuparme por ser esa persona a la que constantemente se le prohibían comportamientos; mis acciones generalmente iban de la mano con lo que esperaban de mí como hombre en formación. Ello no radicó en que yo fuera una persona extraordinaria, sino, que mi forma de actuar solía estar aceptada dentro de esa gran esfera de expectativas demarcadas de masculinidad. En casa, por ejemplo, se me exigía muy poco en asuntos de “colaboración” con tareas del hogar. Y aunque ahora sepa que ser corresponsable y ser un adulto funcional no es “ayudar”, durante todos mis años de crianza tuve libertades y privilegios que configuraron mi masculinidad desde unas *exigencias inclinadas* particulares, con ventajas a mí como varón (cosa que probablemente no hubiera sucedido siendo mujer) y visible en el simple ejercicio de pensar u observar una familia similar a la mía, pero con una hija en vez de un hijo.

Sencillamente yo era hombre y lo sentía como “lo normal”. Yo como varón nunca he tenido que definirme ni me he sentido “lo otro”, lo no convencional; Simone de Beauvoir (1949) en su libro “El segundo sexo”, señalaba ya que las mujeres han tenido que preocuparse por explicar su ser pues son consideradas lo diferente. Las mujeres han estado forzadas, antes que nada, a declarar que lo son, y desde allí se extraerán todas las afirmaciones, puesto que ser hombre es algo que se da por sentado (p.3). Mi paquete de privilegios se había establecido sin siquiera

haber salido del vientre de mi mamá pues sin nacer ya estaba inscrito en una cultura específica y sabían que yo sería un varón.

Al tiempo, mis tíos y mi papá me invitaban a manipular un taladro, lavar un carro, una moto y a aprender sobre mecánica y motores, independiente de mi interés. Yo aceptaba, lo tomaba como un juego y veía que eso era “de hombres”. Yo jugaba fútbol todo el tiempo que quisiera y pocas veces realicé una actividad en la que se me dijera que eso “no era para hombres”, nunca me regañaron por tener las piernas muy “abiertas” o por sentarme de tal o cual manera. Toda mi vida escuché un lenguaje que normalizaba lo masculino y, por defecto, me sentí cómodo.



El lenguaje, histórica y multidisciplinariamente hablando, no solo referido a lo oral, además de maravilloso instrumento con el cual nos comunicamos, también ha sido el medio con el que se borra, aniquila, se establece y se domina a la otra persona. El lenguaje nos delineó. Recuerdo que fue durante el paso por la escuela cuando por primera y múltiples veces me moví, como espectador y emisor de frases como: “el último que llegue es una niña”, haciendo referencia a que esa última persona que llegue a determinado lugar de manera competitiva, o sea la más lenta o menos habilidosa, sería tildada de débil e indeseable, es decir, de niña. Para mí era un chiste. Y no podré nunca dimensionar qué hubiera sentido al escuchar eso si yo hubiera sido una niña.

Más adelante descubrí que junto a la referencia de lo femenino también había otros humillantes insultos que se tenían alrededor de aquel varón cuyo “pecado” era no ser lo “suficientemente hombre” como se esperaba que fuera y entre todos nos evaluábamos para confirmarlo. Hasta el día de hoy sigue siendo común el insulto ante la más mínima expresión que se relacione con lo femenino con palabras como “niña, loca, gay”, sino también sonidos que ofendían más y transmitían mejor el mensaje: “ayyy, uyyy”, acompañadas con miradas que daban también su mensaje; y luego una mezcla: “ayyy, cuidado, ¡mariposa!”. De hecho, podría haber un elemento adicional que es un tanto complejo de explicar con palabras: una inclinación de la cabeza, suben las cejas, mirada sugestiva y manos un poco hacia arriba y atrás un movimiento “femenino”, todo con el fin de enfatizar en el insulto que se pretendía.

Pasaban los años y estas alusiones a lo femenino en forma de insulto no solo no desaparecían, sino que mutaban exponencialmente según la etapa de la vida en la que estuviéramos. Ya más entrados en entendimiento, empezamos a ligar la histeria y el desacuerdo con frases como “¿está ovulando?, ¿está sensible?, ¿está en sus días?”. Para luego pasar a las referencias directas sobre cuerpos de las mujeres cuando hablábamos de algo grotesco: “se la metieron toda; ella quiere que se lo metan y le den duro”, y cuando se habla de algo indeseable o humillante entra el culo a jugar: “se lo culiaron; le dieron por el culo”. En épocas de escuela también aprendí a satanizar el culo; a pesar de haber entendido que igual si yo quería acceder al de ellas, podía ser posible, el mío nunca debería ser ni siquiera mirado. Allí lo apreté más para asegurarme de que mi masculinidad no fuera a estar en riesgo por lo que sucediera o no con esa pequeña parte de mi cuerpo. Fue también en la escuela donde escuché por primera vez la frase “en tiempos de guerra cualquier hueco es trinchera”, extendiendo la creencia de que los hombres no podemos desaprovechar oportunidad para penetrar vaginas y que, sí está difícil la tarea, debemos hacerlo en cuanto se pueda, porque supuestamente ese es nuestro deber como varón.

Fue en la escuela donde la socialización tergiversada cobró más fuerza, allí empezamos a ser conscientes los hombres de que posiblemente podríamos obtener todo si insistiéramos y a las mujeres se les dijo que fueran más cautelosas, que no se entregaran fácilmente ante los impulsos. Ana Mesa (2020) afirma al respecto que “los varones han entendido que las mujeres van a decir ‘sí, lo importante es que nos insistan’ y a las mujeres les han dicho que digan que no y que se hagan desear, aunque quieran decir que sí” (Mesa, A., 2020); asunto que también estaba conectado con la música que escuchábamos, con lo que sucedía en nuestros hogares y con lo que los medios de comunicación exhiben.

Así, también a través del lenguaje en las escuelas, reforcé aquellas posturas que empecé a tener en casa sobre lo que es ser varón y que muchas veces venía reducido a ser lo menos parecido a la mujer, sensible y delicado. Sí se me decía qué hacía un hombre, un *varoncito*, pero sobre todo se me decía que no debía ser ni hacer.

Ya en bachillerato, en el colegio Salesiano donde había hecho toda mi primaria, empecé el grado sexto. Este, al ser un colegio con vocación técnica, incluía en el plan de estudios la rotación por los talleres y técnicas para, más adelante, escoger uno solo y graduarse con ese énfasis. En uno de los períodos donde una de las técnicas estaba relacionada con la mecánica industrial, recuerdo que nos pidieron comprar varias herramientas y una caja para llevarlas. Transmití el mensaje a papá y mamá y la compraron. Sin embargo, la caja de herramientas era particular: no me compraron una color azul o gris, como se supone que era una caja de herramientas “normal”, “de hombres”, sino que era de color verde y fucsia, muy comúnmente usada por personas que trabajan en peluquerías. Y ese fue, quizá, mi primera vergüenza consciente de que poseía algo que no se asociaba a mi género. Yo les dije que no quería esa caja porque era “de mujer” y no recuerdo exactamente sus palabras, pero me dijeron que eso no importaba, que el color era lo de menos y que fuera tranquilo, que la llevara, ya que el objetivo estaba cumplido y las herramientas allí estaban en una caja. Quizá sabían que sería incómodo para mí llevarla, pero por algún motivo como disponibilidad o precio, les pareció mejor comprarla, no le pusieron mayor misterio y me convencieron con su naturalidad de que nada pasaría. O fue quizás su primer mensaje no intencional a favor de los estereotipos de género basados en los colores, pues pudieron simplemente ni siquiera haber pensado en los colores, finalmente el objetivo era comprar una caja para guardar herramientas.

Es importante señalar que este suceso con la caja de herramientas y sus colores, es parte del discurso narrativo y social que se da en nuestra cultura, sobre todo en la escuela, y que según Carlos Iván García (2004) se configura como los *dispositivos pedagógicos de género*, los cuales

incluyen las propuestas que formula la escuela para construir identidades de género, los dispositivos de poder que ponen límites entre los géneros, las formas de jerarquización a través pedagogías y las formas de resistencia que existen en la cultura escolar (p. 12). Un dispositivo pedagógico de género es:

Cualquier procedimiento social a través del cual un individuo aprende o transforma los componentes de género de su subjetividad. Por ello corresponden a muy variados escenarios, dinámicas y acciones sociales. Aun cuando prácticamente involucran el conjunto de la vida cotidiana, adquieren especial énfasis en instituciones que, como la escuela, tienen como propósito explícito la promoción de valores personales y sociales, al lado del aprendizaje de contenidos específicos. Los dispositivos identificados en las escuelas podrían interpretarse como parte de un continuo cuyos dos extremos estarían constituidos por dinámicas más sociales (las imágenes sociales sobre hombres y mujeres que circulan en la escuela, por ejemplo) o más individuales (las construcciones de cuerpo según las pautas de “lo femenino” y “lo masculino”). (García, 2004, p.15)

Uno de estos dispositivos podría verse manifestado en el rendimiento académico. Pareciera ser que una de las pocas, o por lo menos una de las más efectivas maneras de mostrarse que tienen ellas en la escuela es con su rendimiento. Para la mujer ha sido más obligatorio cumplir. Creo que por eso tienen “mejores” resultados en la escuela, porque siempre se han visto forzadas a realizar con lo que se les exige. Del mismo modo, recuerdo en mi época escolar, que a las mujeres se les exigía más en un producto de, por ejemplo, la clase de artística, incluso cuando el resultado de algún compañero varón fuera más burdo y poco elaborado, ellas tenían que cumplir, debido a *exigencias inclinadas* con unos mínimos por ser mujeres; mientras que, de los hombres, como no se “espera mucho” en lo artístico, cualquier aproximación a lo que el profesorado esperaba era una “ganancia”, era “mucho”.

De manera irónica, mientras se les exige mucho más a ellas en las acciones de creación y estéticas, al mismo tiempo se les minimiza y se actúa frente a ellas de una manera a veces excesivamente condescendiente. En el libro “Billy y el vestido rosa” (Fine, 1994) un libro donde de repente un niño despierta siendo una niña, a quien visten inmediatamente con falda y le dan un trato inclinado y diferenciado solo por serlo, denotamos un ejemplo de esa condescendencia. A Billy, siendo ahora percibida por todas las personas como una niña, se le reduce la dureza de un llamado de atención, solo por ser mujer (en página 13):

El director estaba a la puerta del colegio, con el reloj en la mano, viendo llegar a los últimos retrasados.

—¡Esteban Iruña, a ver si te pones las pilas! —gritó.

—¡Toni Guardo, espabila!

Otro chaval dobló la esquina a toda mecha y se coló delante de Billy.

—¡Llegas tarde, Andy! —gritó el director—. ¡Tarde, tarde, tarde!

A continuación tenía que pasar Billy.

—Venga, venga, pasa —dijo el director animándole—. Date un poquito de prisa, criatura, que vas a llegar tarde a la asamblea, y eso no puede ser.

Nota. Adaptado de *Billy y el Vestido Rosa* (p.12-13), por A. Fine, 1994, Alfaguara.

Allí mismo, en el texto de *Billy y el vestido rosa* (Fine, 1994), hay otra muestra potente de desventaja femenina. Billy, usando vestido, tuvo que hacer demasiados cálculos y esfuerzos para llevar un grupo de elementos de un lugar a otro, tarea que un chico completaría de manera más rápida y fácil porque su ropa tiene bolsillos. Es un ejemplo perfecto que describe las acciones adicionales y extra “naturales” que debe hacer una mujer para llevar a cabo algo que, a un hombre, de acuerdo con las condiciones “habituales”, le sería fácilmente realizable. Y al final del día, la tarea estaría completada tanto por ellas como ellos, pero quedaría invisibilizado e ignorado que a ellas les costó, en silencio, más trabajo lograr lo mismo, no porque sean débiles o lentas sino por las condiciones físicas y construcciones sociales, por pequeñas y grandes opresiones que se observan como “lo normal”. Lo más crudo del caso es que, al final, Billy “decidió mantener la calma y la tranquilidad, y esperar a que pasara la horrible situación. A partir de ahora se limitaría a hacer lo que tuviera que hacer en cada momento” (Fine, 1994, p. 54). Una resignación silenciosa.

Me he encontrado también con posturas que afirman que en las escuelas somos los varones los que “estamos en problemas” y que las mujeres llevan ventaja pues son las que se

desempeñan mejor. Pero ¿realmente ellas tienen ventaja? ¿Por qué son más dedicadas y “juiciosas” en la escuela? Creo que esto tiene que ver con la tendencia, supuestamente natural pero realmente entregada a ellas sobre obedecer. Claro que tendrán mejores resultados en la escuela si esta a su vez es una entidad donde a ellas se les exige más que a ellos; allá también, como en casa, deben ser impecables y lo mínimo que debe dar una mujer es resultados, no tienen opción de ser rebeldes o de no acogerse al modelo, como sí lo tenemos nosotros. Es “normal” o menos mediático que un varón sea revoltoso. Recuerdo que en mis años de estudio eran los hombres los más problemáticos, rebeldes, quienes se veían envueltos en peleas, desacatos, vicios, expulsiones, sanciones y demás. Alguna mujer también era un caso, de vez en cuando, pero era más llamativo, más atípico y a ella le iba peor incluso desde la percepción externa: “¿Una mujer haciendo eso? Eso sí que se ve feo”.

Así, la contradenuncia sobre esa supuesta ventaja que se gesta en la escuela es simple y clara: para las niñas ese “éxito” escolar no se traduce en equidad para su presente y su futuro, pues la vida real por fuera de la escuela, laboral y profesionalmente los mantiene a ellos en la cima; y, en la escuela, como ellas responden a lo que se les pide, son los hombres los que se siguen fortaleciendo del privilegio de la atención y del mejoramiento de sus necesidades. Además, parece ser que hemos percibido cómo a los varones se nos admira la inteligencia, la capacidad, y a las mujeres el esfuerzo. Es decir, insinuando que no es que ellas sean inteligentes o capaces, sino que son dedicadas, se les admira porque “qué bueno que han persistido tanto”.

Durante esa misma época y después de un regaño más en casa, probablemente luego de la consecución de un gran castigo, me sentí más impotente que nunca y con mucho dolor y rabia, subí a mi habitación y tomé mercurio. Este mercurio lo había recolectado de varios termómetros pues me parecía muy curioso su comportamiento, por lo que jugaba a veces con él, sabiendo que era peligroso por su toxicidad. Por ello, fue quizá el acto más violento que cometí contra mí mismo; es esa violencia propia parte de la triada de las violencias masculinas junto con la violencia contra otros varones y contra las mujeres (Kaufman, 1989, p. 1). Aunque finalmente la dosis fue muy baja como para hacerme daño, yo estuve convencido de que si me lo tomaba era para acabar con mi vida. Y por ahí derecho cometer más actos violentos como asesinarle un hijo a mi madre y padre y todo lo que eso hubiera implicado.

Jamás olvidaré el rostro de mi mamá cuando se enteró de lo que hice, porque más allá del susto, recuerdo su expresión de dolor y angustia al saber que, aunque finalmente mi vida no estuvo en riesgo latente, yo había cometido un acto en el que sí lo pretendía. Sé que no puedo reclamarle mucho al niño que era por eso que hice, pero me es inevitable pensar que fue un acto

quizá de cobardía donde yo era consciente que era más fácil acabar con mi vida que asumir cargos sobre lo que sea que hubiera hecho, quizá no soporté el peso de cargar con mis propias responsabilidades, quizá quise salirme por el camino más corto y sin pensar en las otras personas; pero también pienso en que pude haber tenido otro tipo de acompañamiento preventivo, que si lo hice fue porque algo realmente delicado atravesaba mi ser y en fin... No ahondaré. Sucedió y ya está.

Antes de finalizar el grado sexto en el colegio Pedro Justo Berrío, cometí una falta grave al reglamento: escondí en un cajón que tenía nuestra aula de clase un Play Station (videojuego) a un compañero con el cual no tenía buena relación. No dije nada durante un fin de semana y al iniciar la siguiente semana, alguien dijo que me vio manipulando tal consola. Allí tuve que confesar que efectivamente fui yo y dije el lugar donde estaba. Me dejaron terminar el año, pero fui expulsado por robo, por el escándalo causado (pues todo el colegio y familias se enteraron al ser una consola muy exclusiva para la época) y quizá por la suma de otras tantas faltas ya cometidas.

Al siguiente año, me matricularon de nuevo en el Colegio San Carlos, quizá por su cercanía a mi casa y al lugar de trabajo de mi mamá. No recuerdo haber tenido inconvenientes en adaptación al nuevo sitio. Los inconvenientes en casa continuaron por mis faltas al manual de convivencia del colegio, seguía jugando mucho fútbol en los descansos y mi vida transcurría entre regaños, goles y tareas.

Durante el octavo grado, alguna vez se realizó un ejercicio de escritura. Consistía en que cada alumno de bachillerato crearía una historia o escrito y luego el colegio tendría un libro con todos estos relatos. Por esos días, recuerdo tener un sentimiento muy adverso hacia un profesor, sentimiento casi rondando con el odio. No recuerdo el porqué. Pero estoy casi seguro de que no había motivo que justificara mi sentimiento hacia él. Hoy, dicho sentimiento me avergüenza, pero más me avergüenza el hecho de haber hecho mi relato para este libro sobre este profesor Guillermo, quien era a su vez el director de grupo.

El título que le puse al relato: "un profesor desgraciado". Perdón, profesor. No recuerdo ni un solo acto malintencionado de su parte, solo tengo recuerdos vagos de sentir repudio ante sus invitaciones y correcciones. Perdón porque probablemente no tenía el más mínimo interés en ponerme en los zapatos de la otra persona y estaba cegado simplemente con violentar a punta de palabras y hacerle escarnio público; quizá me sentía poderoso porque como hombre ya llevaba años entendiendo que no habría consecuencias graves a lo que hiciera y que como varón tenía el privilegio de hacer lo que se me antojara. Hasta pudo haber sucedido que una

parte de mí se sentía “malo”, y, por ende, con poder y con posibilidades de llamar la atención. Releer este escrito me confunde, me genera dudas y se asoma la pena, pues ¿cómo así que le deseaba el mal a ese profesor? ¿Cómo así que había una lista de docentes que odiaba?

UN PROFESOR DESGRACIADO de Julián Segura Vahos, 13 años

Empiezo mi segundo semestre escolar, vuelve mi tortura con mi profesor de literatura. Como siempre el y yo nada que nos la llevamos bien, porque el me la tiene montada, o sea me lleva la mala, y por su puesto yo no puedo responderle de otra manera.

Este profesor de quien su nombre es demasiado enredado para escribirlo, sus apellidos son el mismo. El me ha dicho desde insultos hasta la frase que mas me ha dolido: “deje de ser metido”. Y no se imagina nadie (solo el que me ha escuchado) las barbaridades que le he dicho o pensado, ni el mal que le he deseado.

Solo deseo que algun dia se acabe este año; me han dicho que este año se pensiona, y solo quiero que se sume a una lista de profesores que toda mi vida he odiado.

Y a propósito me acuerdo del nombre pero no del apellido Haposlinar. Quiero por medio de esta historia, borrarlo de mi mente. Por favor no te quiero en mi institución.

Al revisar lo escrito por mí mismo en esta autobiografía, es curioso encontrarme con muchas solicitudes de perdón a varias personas con las que tuve encuentros durante mi vida. Y aunque como ya he mencionado anteriormente, el hacer este escrito no me convierte en un varón nuevo y nada garantiza una completa honestidad en mi arrepentimiento y reconocimiento de mis fallas y en mis palabras, quiero resaltar lo novedoso que es para mí mismo la relación que hoy tengo con el perdón.

Durante mucho tiempo y junto a mí manera tan positivista y racional de ver el mundo, evadí el perdón (tanto pedirlo como concederlo), al considerarlo meramente simbólico. Durante muchos años aduje que el perdón era inútil porque lo hecho, hecho estaba, y no quería perder el tiempo con rituales innecesarios. Hoy, gracias a que me he dejado guiar en una manera más corporal y fluida de afrontar la existencia y mi relación con las otras personas, he resignificado el valor del perdón, e increíblemente me ha sanado más a mí mismo antes que a las demás, porque pasé de una indiferencia total por el sentimiento del otro, a una culpa acumulada por tan injustos actos.

Espero, entonces, que este perdón que surge de mi ser profundo y fue recientemente mencionado hacia mi profesor de grado octavo, y los otros perdones que más adelante expresaré, no sean falsos como las promesas que le hacía a mi madre luego de mis escándalos

en la escuela y como aquellos compromisos manipulativos que con tantas mujeres en el plano romántico tuve; y junto con ello, quiero pensar que estará la no repetición, que es quizá la única manera de reparación, aunque sea con otras y no con las personas particulares, pues no considero correcto tampoco ir a buscar a cada persona que herí y cerciorarme de que me lo han concedido. Esto, porque entendí que no basta con darme cuenta sino con hacerme cargo, incluso cuando esto involucre acciones futuras, involucre otras personas e implique silencios. Quizá la resistencia que tuve hacia el perdón sea una muestra de aquello que consideré “no masculino”, porque no es secreto que sea poco común que un varón pida perdón, o por lo menos así lo entendí mientras me forjaba como uno: mis recuerdos con familias y medios de comunicación era que el perdón, junto con muchos otros sentires, eran asuntos más “de mujer”.



Durante octavo o noveno grado, en un retiro espiritual hecho por el colegio San Carlos, recuerdo una escena particular: un compañero me había vendido una cadena de plata. No recuerdo detalles a profundidad, pero sé que él se enojó mucho conmigo por el negocio y le propuse, entonces, devolverle la cadena y ya. Pero él empezó a hacerme advertencias, me hablaba muy fuerte, me insultaba, se acercaba de manera amenazante y yo sentía mucho miedo. Nunca se me pasó por mi cabeza responderle o pegarle, no sé si por simple desinterés en responderle de la misma manera o por miedo y certeza de que perdería. Quizá mi “hombría” estuvo en juego allí a la vez que vivenciaba cómo entre hombres también hay “escalas” de poder, pues como afirma Muñoz (2017) “no todos los varones pueden ejercer claramente esas relaciones de dominación, pues dentro de los mismos varones también existen interacciones desiguales de poder” (p. 13).

No recuerdo si al final lo acusé con una profesora o cómo se solucionó el asunto, pero incluso hoy sigo teniendo el recuerdo vívido de sus amenazas, mi miedo y confusión. Este suceso me permite hacer una evaluación de cómo se iba configurando mi masculinidad en esa edad (13-14 años), pues sentirme vulnerable, tener miedo, no responder agresivamente y preferir pensar, ponía a tambalear muchos de aquellos mandatos recibidos sobre lo que es un varón, y, sin saberlo, empezaba a tener comportamientos hacia una *traición voluntaria al patriarcado*, que si bien pequeño y no hacen de mí una persona increíblemente admirable y diferente, sí muestran que de varias maneras pueden denotarse conflictos (y posteriores configuraciones de sí) entre el varón que era y entre los mandatos e indicaciones que recibía desde afuera.

Lo que más quiero resaltar en este suceso es alrededor del sentir miedo, pues dice Kaufman (1999) que muchas de las emociones naturales de los varones nos “han sido descartadas como fuera de límites e inválidas” (p.4), siendo bastante típico que aprendamos desde temprano a reprimir el sentimiento de dolor o temor. Yo, como muchos otros hombres alrededor del mundo y a través de la historia, fui invitado en muchos momentos, cuando no forzado, a que no expresara mis emociones o dolor; lo anterior, sobre todo en espacios fuera de mi hogar: en la calle, la escuela, con mis tíos, con mis pares (primos y compañeros de colegio). Continúa Kaufman (1999) “los niños aprenden todo esto para sobrevivir: de ahí la importancia de que no culpemos al niño o al hombre individual por los orígenes de sus conductas actuales, aun cuando, a la vez, le responsabilicemos por sus actos” (p.4). Sin embargo, y para mi fortuna, recuerdo que mi madre en varias situaciones de dolor o impotencia donde el llorar me llegaba como una opción de calma, siempre me dijo “llore, llore tranquilo, mi amor, que eso no tiene nada de malo. Hágale, desahóguese”. Mi madre, como muchas otras personas, me entregaban

mandatos en todas las direcciones; ella me decía que podía llorar, al tiempo que constantemente resaltaba en mí esa “hombría”, pues en otras ocasiones donde yo me levantaba después de una caída (literal y metafóricamente hablando), ella expresaba con orgullo y con ánimos de motivación: “eso, mi amor, ¡usted es un varón!”

Estos mandatos sobre cómo actuar como varón se vieron también reflejados, por ejemplo, cuando mi padre me dijo a mis 11 años, durante un partido de fútbol que no me dejara pegar y que respondiera de igual manera; la televisión y el cine me mostraban que los varones aguantan y suelen triunfar por encima de todo y todos; y de manera general empezaba a ser consciente de que si se es varón, se es más mientras más músculos se tenga, con una barba visible, siendo más alto que su pareja, manejando carros y motos, y generalmente liderando los espacio de socialización. Sin embargo, reitero la enunciación de algunos rastros que muestran cómo tenía desde pequeño algunas resistencias y conflictos mentales sobre ese ser varón, pues aunque a veces era incómodo no encajar, también valoro y respeto mucho la manera en que decidí seguir mi camino según lo fuera queriendo: sensible, con gusto por los colores y la estética en general, incómodo ante algunas injusticias cotidianas, reticente a las violencias físicas, con deseos de combinar los colores de su ropa, escribiendo, viendo programas “de niñas” y demás. Y todo, sin culpas. Yo era y ya.

Ahora bien, dichas rupturas y maneras de asumirme varón también han causado algunos inconvenientes, no creo que deban ser asumidas como violencia de género, pero, hoy en día sigo sufriendo la incomodidad de que se dude de mí como varón. Incluso hay momentos en los que algunas personas, queriendo “explicar” mi manera propia de ser, me describen como homosexual, situación no menor por dos motivos: uno, porque denoto una percepción de la persona homosexual como “desviada” o “rara”, tanto como para que la propia palabra puede ser vista como un insulto; y segundo, porque detecto una necesidad de etiqueta al ser una persona que ante sus ojos no es lo “suficientemente hombre” y no me comporto con algunas de las características varoniles esperadas por mi cultura.

En todos estos años, además de regaños en el colegio y castigos en casa, me recuerdo haciendo maldades solo, no tanto en grupo. Recuerdo que me gustaba llamar la atención, hacía chilenas con bolas de papel y las metía en la caneca de basura del salón. Y a mediados de noveno grado, cometí otra falta por llamar la atención y buscar aprobación: una profesora dejó las planillas de notas sobre su mesa y salió del salón, me puse a llenar notas de compañeros y mías en frente de todo mi grupo, y les pedí, con una confianza disfrazada de respeto que creía que me tenían, que no fueran a delatarme. Fui descubierto y esta falta, junto con otras tantas

que ya había cometido entre séptimo y noveno en este colegio (incluyendo algunas tan delicadas como robo de dinero a compañeros), llevaron a que me dijeran que para el año siguiente no me aceptarían allí. Y mi respuesta fue incluso más llamativa: seguí cometiendo faltas con la tranquilidad de alguien que sabe que ya es tan perverso y que no va a continuar allí, entonces no se preocupa por hacer algo diferente, y quizá mostrándose macho porque pude haber considerado que ser “malo” es seductor y que el recibir atención de esa manera me haría mejor a punta de alimento para el ego. Porque hay muchas figuras de varones “rebeldes” y “desviados” que pudieron haber influido en la manera en que percibía la maldad, el poder y el forjarse varón. Y por supuesto que fue peor: me expulsaron completamente del colegio días antes de las vacaciones de mitad de año.

Mi mamá se rindió. Mi papá se alejó un poco, tanto de mi crianza como del acompañamiento educativo. Por lo que mi “tía” Claudia, quien es también mi madrina, prima y “segunda madre”, quien se desempeñaba como coordinadora académica de un colegio oficial de la ciudad, me acogió y me consiguió cupo en su colegio: San Roberto Belarmino. Al llegar allí justo después de las vacaciones de mitad de año, todavía con la fresca percepción de mí mismo como una persona sin orden y con problemas, fui recibido en pocos días con un suceso particular, algo difuso, pero que finalmente selló en mí esa noción de la maldad en mi ser. Cuatro mujeres de mi salón, a quienes apenas conocía, tenían un enojo conmigo (no recuerdo por qué), y durante una salida del colegio a clase de educación física, me cantaron en coro la canción “Rata inmunda”. Recuerdo haberme sentido mal y confundido, las miraba de reojo como quien quiere creer que le es indiferente, pero en mi mente trataba de darle un significado al hecho, pues no sabía si de verdad era tan malo como la letra decía o si era un acto performático entre ellas y yo, pues no sería la primera vez que me relacionara con muchas mujeres. De hecho, puedo decir que fue la puerta de entrada a una muy buena relación con todas ellas; tanto así, que una de ellas sigue siendo una gran amiga con la que hoy comparto.

La letra de la canción *Rata Inmunda*, interpretada y popularizada por la cantante Paquita La Del Barrio (Francisca Viveros Barradas), muestra un poco de esa “normalidad” en la que se le canta al amor y desamor a través del insulto, a un varón, en este caso y va de la mano con sucesos en mi barrio y en mis familias, donde generalmente eran los varones quienes fallaban a los pactos matrimoniales y de parejas; y de manera común, eran ellos quienes recibían insultos de todo tipo por su comportamiento “animal” y deshonesto.

Rata inmunda	Deshecho de la vida
Animal rastrero	Te odio y te desprecio
Escoria de la vida	
Adefesio mal hecho	Rata de dos patas
	Te estoy hablando a ti
Infrahumano	Porque un bicho rastrero
Espectro del infierno	Aun siendo el más maldito
Maldita sabandija	Comparado contigo
Cuánto daño me has hecho	Se queda muy chiquito
Alimaña	Me estás oyendo inútil
Culebra ponzoñosa	Hiena del infierno
Deshecho de la vida	Cuánto te odio y te desprecio
Te odio y te desprecio	
	Maldita sanguijuela
Rata de dos patas	Maldita cucaracha
Te estoy hablando a ti	Que infectas donde picas
Porque un bicho rastrero	Que hieres y que matas
Aun siendo el más maldito	
Comparado contigo	Alimaña
Se queda muy chiquito	Culebra ponzoñosa
	Deshecho de la vida
Maldita sanguijuela	Te odio y te desprecio
Maldita cucaracha	
Que infectas donde picas	Rata de dos patas
Que hieres y que matas	Te estoy hablando a ti
	Porque un bicho rastrero
Alimaña	Aun siendo el más maldito
Culebra ponzoñosa	Comparado contigo
	Se queda muy chiquito

Nota. Francisca Viveros (2004). *Rata Inmunda*. En Taco Placero.

Similar a la canción anteriormente mencionada, traigo a colación la letra de *Señor*, de la cantante colombiana Helenita Vargas (Sofía Helena Vargas Marulanda), una canción de cierta manera equivalente y similar en contexto y contenido a la que me cantaron estas 4 mujeres, que con letras densas y fuertes, reflejan tanto el tipo de música que en un entorno como el mío se escucha, como de los hechos que suceden (y la manera de transmitirlos) en familias y parejas constantemente no solo en Colombia sino en Latinoamérica, y que de nuevo, no nos fueron indiferentes en la manera en que varones como yo construimos una idea de lo que es el amor y lo que es el hombre en las relaciones de pareja.

Pocos lo conocen Como lo conozco Lo conozco yo	Pocos han probado a esa hiel amarga que hay en su interior Pocos adivinan que guarda soberbia En lugar de amor De mis desengaños Todos estos años Es testigo Dios
Pocos han probado esa hiel amarga que hay en su interior Pocos adivinan que guarda soberbia en lugar de amor De mis desengaños Todos estos años es testigo Dios	Usted es un mal hombre Sin nombre, señor Usted es un canalla Que abandona sin razón Es el fiel prototipo del cinismo Y del rencor Usted es una copa Que guarda veneno En vez de licor
Usted es un mal hombre Sin nombre, señor Usted es un canalla Que abandona sin razón Es el fiel prototipo del cinismo Y del rencor Usted es una copa que guarda veneno En vez de licor	Usted es un mal hombre Sin nombre, señor Es un cruel egoísta Masoquista, es un traidor Es malo y caprichoso Engreído, vanidoso Rencoroso y lo peor señor Es que así lo amo yo
Usted es un mal hombre Sin nombre, señor Es un cruel egoísta Masoquista, es un traidor Usted se siente ufano Destrozando una ilusión Es ese vil payaso que rompió En pedazos a mi corazón	
Pocos lo conocen Como lo conozco Lo conozco yo	

Nota. Helenita Vargas. E (1995). *Señor*. En Señor. Colombia, Sonolux.

Nótese el final de la canción donde finalmente se expresa que, en última instancia, a pesar de todos los defectos y daños causados, se ama de manera ciega, como una muestra del amor romántico idealizado donde se quiere incluso por encima de la razón y de la protección propia, donde no se soporta la propia existencia si no se tiene un “complemento” o “alma gemela”. Este trabajo no quiere ahondar en ese discurso e incidencia que la música, normalmente referida al amor romántico y con contenido misógino, ha tenido en mi cultura, pues como afirma Pablito Wilson (2019), podríamos hablar en retrospectiva de cargas sexuales y canciones que de manera planeada o no remarcan el lugar de las mujeres como objetos sexuales en ritmos como

merengue, salsa, lambada, reggaetón; de hecho podríamos encontrarlo en cualquier otro ritmo si los detalláramos tanto como lo hacemos con los ritmos modernos (p. 96).

Aunque a fin de cuentas es hipócrita exigirle a la música en general demandas que no nos exigimos como sociedad y a quienes lideran nuestros países (Wilson, 2019, p. 115), quise traer estas dos canciones a modo de ejemplo sobre cómo las instituciones socializadoras y el mundo real son al mismo tiempo espacios donde no solo se moldean maneras de ser varón sino donde al mismo tiempo hay una constante exhibición de estas, y que en mi caso, tuvieron que ver en cómo yo entendía lo que hacía un hombre y cómo era el amor de pareja. Por ello, no pasa desapercibido que toda esa música con la que fuimos criados contenga letras que le cantan a la cosificación de la mujer, al dinero como meta, al perdón y la infidelidad, mostrándome también en ciertas ocasiones que con promesas basta para continuar cuando se les hiera.

Ya con tantos años de paso por las escuelas, se fueron configurando verdades y ventajas durante mi vida. Por ejemplo, en la Institución Educativa San Roberto Belarmino, recuerdo varios momentos en los que mi masculinidad se alimentaba y se forjaba sin ser del todo consciente. Dice Connell (2001) que “el género es construido en medio de contextos sociales y culturales que producen múltiples formas de masculinidad, una de las cuales generalmente ejerce hegemonía sobre las otras. Las escuelas juegan un papel activo en la formación de masculinidades” (p. 156). Allí, los deportes parecían estar dirigidos más hacia los varones y lo artístico “más para” las mujeres. El rol de ellas era “apoyar” al equipo de fútbol sin falta y nosotros teníamos dos dignidades que mantener: la primera hacia los otros hombres contra los que jugábamos, sobre lo cual Rita Segato (2017) afirma que “hay hombres que para gozar del prestigio masculino frente a sus pares son obligados a hacer lo que no tienen ganas y a veces a no hacer lo que tienen ganas: la primera víctima del mandato de masculinidad es el hombre” y una segunda dignidad hacia ellas, porque no podíamos ser “menos” de lo que ellas esperaban, o más bien, de lo que nosotros creíamos que ellas esperaban; al tiempo que solíamos habitar los varones todos los espacios públicos y abiertos del colegio.

También en ese entorno escolar, los roles de género se asomaban, pues cuando hacíamos el aseo a las aulas de clase, por defecto los hombres hacíamos el trabajo burdo y de fuerza (levantar mesas y correr sillas) y las mujeres hacían lo “estético”. Y como si lo tuvieran naturalmente instaurado, ellas casi que nos asignaban una tarea rápida y simple para que nuestra parte estuviera hecha y ellas se encargaban del aseo como tal, porque se daba por sentado que una mujer “sí” lo hace bien y no se espera menos en ellas que eso. Nuevamente: si un varón hacía el aseo como se esperaba era una virtud. Si una mujer no lo hacía

“correctamente”, era más raro que lo que sería si un hombre dejase de hacer lo mismo. Una muestra más de *exigencias inclinadas*.

Los muchachos inevitablemente participan en la construcción de masculinidades, con culturas estudiantiles que hacen énfasis en relaciones heterosexuales y donde se construyen jerarquías de género (Connell, 2001, p. 156), puesto que allí en la escuela es donde convergen comportamientos e imaginarios de correspondencias de lo masculino y femenino. García (2004) señala que “los dispositivos pedagógicos de género adquieren un valor enfático en la escuela, pero ello no equivale a considerarla una isla de lo social” (p. 18), pues se considera que el entorno escolar no es culpable ni productor de estereotipos sino más bien el espacio donde convergen diversos ámbitos sociales.

Según Connell (2001) también allí en la escuela hay ciertos escenarios donde se concentran prácticas masculinizantes como los sistemas disciplinarios, los deportes y las divisiones de currículo (p. 156). Pregunto: ¿se lee a las mujeres en los textos escolares? ¿Cuántas veces se dieron cuenta de mujeres que habían creado algo? El pedagogo español Jurjo Torres llama “justicia curricular” a la presente necesidad de liderar espacios en el aula donde haya equidad; yo parto de allí e intento hacer un llamada en el que se aboga no solo por la producción y exaltación de lo femenino en las aulas sino por las producciones, saberes y experiencias de todas las minorías y disidencias sexuales, es decir, cuestionar quiénes son esos referentes y esas personas “expertas” que dicen “la verdad” y sustentan nuestros currículos, quiénes aparecen en los relatos y cómo son mostradas las comunidades humanas.

A finales de ese año 2006, cursando esa segunda mitad de noveno grado en la Institución San Roberto Belarmino, mi madre fue trasladada a trabajar por un mes a Apartadó (Norte de Antioquia, Colombia), lo cual parecía ser catastrófico, pues nunca nos habíamos separado y yo nunca había vivido con mi papá únicamente. Ella era el puente entre él y yo, lideraba el orden en el hogar, cocinaba, limpiaba y en ella eran muy claras esas distribuciones sexuales de tareas en casa, pero al tiempo me daba los permisos y por ella pasaban todas las decisiones. En conclusión, en ese espacio íntimo del hogar ella tenía todo el poder y nos lo delegaba cuando era necesario. Hubo despedidas, preparaciones, sustos y dudas, pues parecía que iba a ser el mes más extraño y difícil de nuestra vida. Y se fue, entre lágrimas y confusiones. Sin embargo, fue más tranquilo, bello y llevadero de lo esperado, o al menos así lo recuerdo yo, pues para mi papá y para mi mamá, entendiendo el mundo de manera más amplia que lo que yo lo hacía a mis 14 años, la vivencia de la misma situación era bien diferente. Mi papá y yo conocimos la cocina de nuestra propia casa, no sé si él ya había cocinado antes pero para mí era novedoso

verlo allí y creo que yo por primera vez me enfrentaba a la preparación de alimentos; estuvimos muy bien acompañados y fuimos incluso vigilados por tías maternas y paternas, quienes nos llevaban comida, nos explicaban a través del teléfono cómo cocinar tal o cual receta (llamadas que también teníamos con mi mamá), se aseguraban de que estuviéramos bien alimentados y que hubiera buen aseo en casa, pues eran estas las principales consecuencias que podrían tener dos varones, padre e hijo, ante la ausencia de una mamá, de mi mamá; suceso que me permitía reforzar aquello que recién describí frente al aseo en la escuela: había una relación entre mujer y aseo.

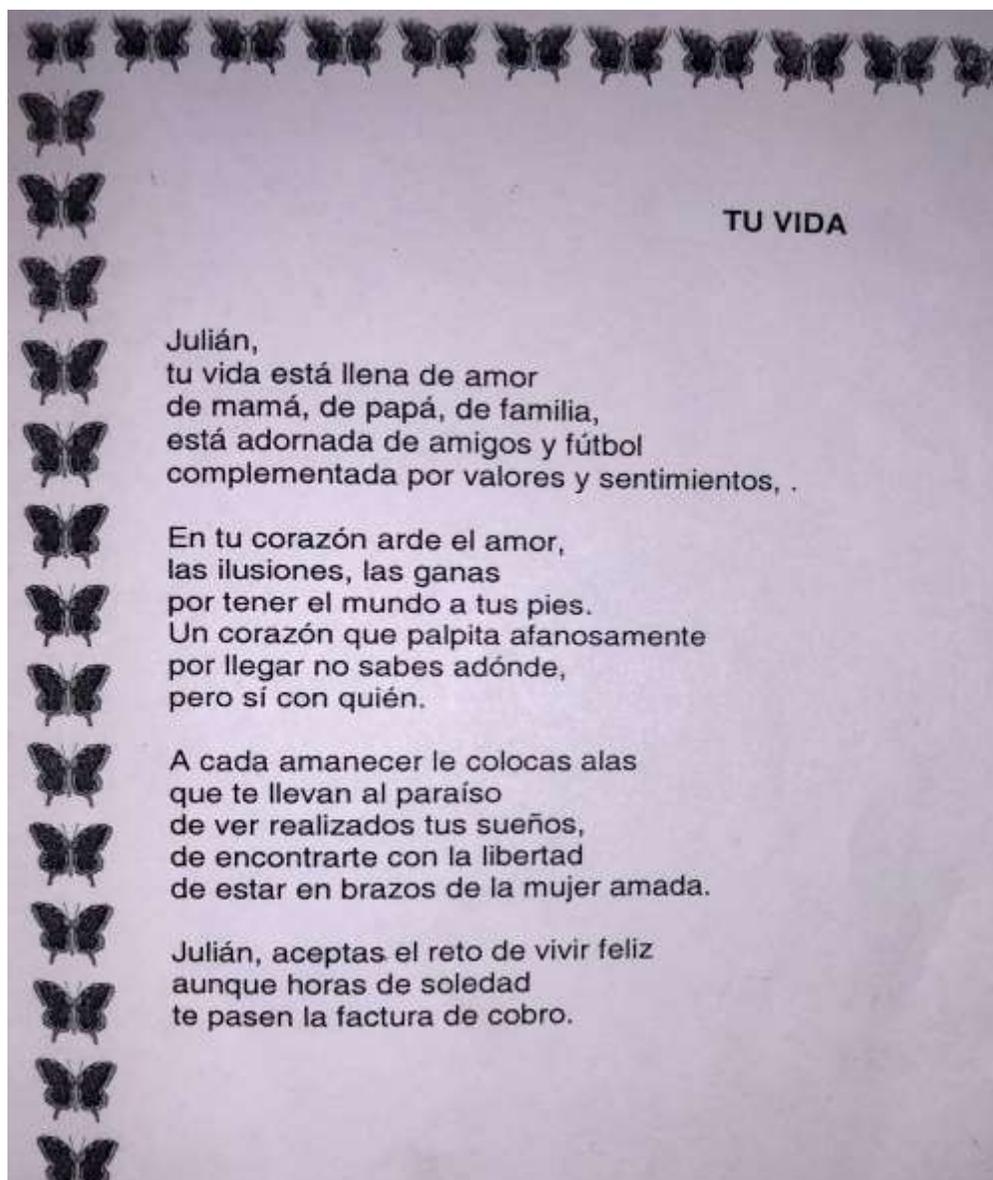
Para mi papá y para mí era atípico convivir solos. Pero estuvo muy bien. A mediados de aquel curioso mes, fuimos en el carro a visitar a mi mamá un fin de semana, y es una de las experiencias más bonitas que tengo con él y en mi vida entera: recuerdo que quería mostrarme cuán rápido era capaz de manejar el carro y yo era muy feliz. Llegamos a estar viajando a más de 145 km/h, recuerdo mi cara de sorpresa mientras que él me miraba con una suave sonrisa y el orgullo de quien sabe que está descrestando. ¡Y qué más que a su propio hijo! Yo solo veía en él un héroe, pues había una asociación entre los superhéroes y la masculinidad gracias a las películas y programas de televisión, los cuales fueron además compartidos y socializados en formas de disfraces en Halloween, en el barrio, en las escuelas; y si sumado a ello es tu propio papá en quien ves una hazaña temerosa, únicamente quedaba disfrutar de su audacia.

Pensar hoy en ese momento de estar viajando a tan alta velocidad por una vía colombiana me da un poco de miedo al imaginar una tragedia; pero este sentir, al ser actual, es una de esas otras fracturas que tengo sobre la idea de masculinidad porque como varones se nos ha dicho que no temamos y que siempre mostremos de lo que somos capaces e incluso finjamos para lucir como tal; y si lo veía en mi propio padre, seguro también por ahí yo iba a querer hacerlo con más énfasis en el colegio, con mis amistades y en mi vida en general: mostrarme y esperar alabanzas. Hoy por hoy, también siento que ese miedo que describo al pensar en el suceso viene acompañado de una postura que empiezo, afortunadamente, a explorar y es el cuidado, pues no había pensado que eso que era “exclusivamente de mujeres” fuera tan necesario desde todos los individuos y fluyera de manera tan bella también en los hombres. Hoy siento que quiero cuidarme mejor y quiero cuidar a las personas.

Aunque hoy hay miedo al recuerdo de ese momento a esa velocidad, aquí estamos vivos y con la experiencia intacta, pues en ese momento, tal era mi admiración por él que no hubo espacio para temer, no sé si por falta de dimensión del peligro, por admiración ciega a ese varón o porque simplemente confiaba tanto en él que sabía que si él era quien lo hacía, nada podría

pasarnos, porque tenía claro que un papá además de proveer y procrear, sobre todo protege, porque tiene fuerza poder y generalmente todo lo puede. Sin demeritar la característica de protección que muchos padres tienen sobre sus hijas e hijos, Kaufman (1989) en contraste, propone un énfasis mucho mayor en la importancia de los hombres como sustentadores emocionales y cuidadores, plenamente involucrados en la crianza infantil en formas positivas y libres de violencia (p.5), transgrediendo la concepción misma de protector infalible y número uno.

Mi padre siempre ha estado ahí e hizo tanto lo que “un papá debe hacer”: enseñar a montar bicicleta, moto y carro, regañar, ayudar a reparar, proveer, defender y ser figura masculina, como todo aquello que no cabe en palabras: sus enseñanzas, aguantes, muestras de amor, introducción a la postura crítica, sensibilidad, educación en valores y respeto por el humano. Asimismo, recuerdo que mi padre ha tenido algunos actos contracorriente de los mandatos hegemónicos, pues junto a la formación humana recién mencionada, él es la persona que cose en la casa, quien tiene mejor concepción estética de colores y adornos, y quien ha sido la persona encargada de cuidar las plantas; acciones realizadas de manera natural y exitosa, y que generalmente no están asociadas en el imaginario colectivo sobre lo que hace un papá, asunto que a él no lo avergüenza ni le hacer dudar de sí mismo. Por él soy letras, pues gracias a mi papá tuve acercamiento a los libros, a expresarme con palabras y a escribir, él me enseñó a leer y fue ejemplo al verlo escribir poesías; por él intento ver el mundo más allá de lo que inicialmente se muestra y él me enseñó a dudar. Él me mostró que lo humano va primero. Fue muy racional, pero con sus actos me demostró que primero van los sentimientos.



Nota. Del libro de poesías: *Danzas y soledad* (p.27), por John Fernando Zapata, 2008.

No obstante, siento que tengo una deuda de afecto de parte de mi papá, sobre todo en el aspecto físico, pues soy una persona muy visual y muy de contacto cuerpo-cuerpo, por lo que me hubiera gustado de su parte más besos y más abrazos (así como los tuve de parte de mamá), pues estas muestras con él eran poco frecuentes y más bien eran predecibles: luego de entregarle una carta en una navidad, luego de felicitarlo en su cumpleaños o el día del padre, mostrándome así que el mandato de contacto entre hombres, específicamente entre padre e hijo, por lo menos en nuestro caso, era limitado como muestra de afecto, lo que reforzaba en mí que

en general mi contacto físico con otro varón, bajo cualquier circunstancia, podía ser sospechoso. Y no se trata de un reclamo hacia él sino más bien un ejemplo sobre los acuerdos implícitos a los que se llega en las familias y otros entornos, respecto al contacto físico entre varones.

A mi madre la vi llorar muchas veces en la vida, a mi padre, nunca. El sociólogo Lionel Delgado voz hispana actual en asuntos de masculinidades, hizo un bello análisis en 2020 a partir del descubrimiento de la vulnerabilidad “real” de su padre, y se menciona “real” porque la única vulnerabilidad que se le permitió históricamente a muchos hombres fue la cicatriz de guerra y lucha. Este cuestionamiento hizo que se preguntara también por la relación corporal que había tenido con su padre, tanto por desconocimiento a ese cuerpo (pues nunca lo vio desnudo), como por el poco contacto físico que tuvo con su papá. Sus palabras me llevan a compararme con su propia historia, pues en mi caso ese contacto físico con mi padre se redujo básicamente a dos momentos extremos entre sí: una palmadita en el abrazo esporádico o un golpe en el regaño.

Por otra parte, Delgado (2020) menciona que para nuestros padres no está siendo fácil hoy en día tampoco, pues estamos en una época donde la vulnerabilidad corporal se visibiliza, lo cual inicialmente es positivo, pero luego no lo es tanto porque el mercado capitalista vende soluciones, encontrando un nuevo nicho de ventas, a partir de la misma estrategia que se ha usado por años con las mujeres, es decir, bombardear con mensajes e imágenes que recuerdan cuán “mal” están nuestros cuerpos: canas, arrugas, flacidez del pene, incontinencia urinaria, entre otras. Pero no se da solo ese mensaje, sino que ellos mismos tienen la solución con injertos capilares, viagra, artículos deportivos, cremas e incluso cirugías. Así, aunque en este momento se encuentra en el aire la pregunta “¿quién es el hombre si no puede trabajar, tener sexo y ser independiente?”, Delgado da también un giro esperanzador y asevera que parece ser que nuestros padres podrían ser la última generación sin cuerpo, pues “últimamente se escuchan muchos relatos de paternidades responsables que comienzan a transmitir a sus hijos e hijas otra forma de ser, más real, abierta y comunicativa. Abandonar el analfabetismo emocional fue el reto de la generación de nuestros padres” (Delgado, 2020), y junto a lo anterior, comparto el optimismo saber que muchas de las nuevas generaciones de varones hoy por hoy son más conscientes, son más abiertos de mente, tienen otros modelos y están siendo parte de un cambio de paradigma sobre lo que es ser varón, pues ya no nos cuadra ese proyecto antiquísimo y hegemónico de una masculinidad única.

Adicional a la deuda afectiva, siento que quedé con un trozo de deuda paternal, porque un día, al estar contándole mi historia a un psicólogo, él me preguntó “¿a usted no le parece muy delicado decir que a sus 14-15 años usted perdió a su papá?”. Resulta que en mi relato lo dije

así y no fui consciente; estaba comentando que a esa edad sentí que mi papá se alejó voluntariamente de mi crianza o sobre todo de lo académicamente relacionado y nuestra relación personal cambió. Es una pregunta más que tengo sobre mi vida, esas que no sé si quiero y debo conocer, porque implicaría tocar fibras y momentos en mamá y papá; aunque tengo una pista: fue alrededor de esa edad cuando más problemas académicos tuve y más inconvenientes tuvimos en casa los 3 y fue cuando fui expulsado del segundo colegio y hubo cambios drásticos en nuestra convivencia.

El resto de grado noveno lo cursé sin mayores inconvenientes, aunque inicialmente lidiando con la dificultad de ser percibido como alguien que proviene de un barrio diferente y de un colegio privado; más ante un grupo que ya se conocía de meses y años anteriores, tuve mucho acercamiento a otro compañero que también recién llegaba al colegio y allí nos hicimos compañía hasta lograr vínculos con otros subgrupos. Más familiarizado cursé los grados décimo y once, con casi las mismas personas con las que cursé grado noveno.

En algún momento del grado décimo, tuve mi primera experiencia sexual. Junto con un compañero y dos compañeras de grados inferiores, pero de nuestra misma edad, nos turnábamos para descubrirnos un poco los cuerpos en los baños del colegio. Y recuerdo que vi por primera vez un cuerpo de mujer con deseo sexual, lo toqué y lo besé. La única educación sexual que recuerdo en mi casa fue cuando mi mamá me dijo, a eso de mis 14 años “me dice y yo le compro condones. Julián, pilas dejás a una muchachita en embarazo”. El miedo en ese momento para ella parecía ser ese. Ese mismo miedo fue el mío durante años posteriores. En todo caso, no era el temor a ofender o herir a alguna mujer o tener tal o cual tipo de relación romántica. El miedo era no tener un hijo, un “error” que se manifestara de manera física, pues un error ante ellas era finalmente un sentimiento y herida que nadie notaría, a mis ojos no era tan grave, o ni siquiera grave.

Años después, a eso de mis 20, recibí una invitación vía Facebook de un hombre con el cual había estudiado en la primaria. Nos saludamos y él me preguntó si yo era homosexual. Le dije que probablemente no, porque no sentía atracción física y sexual por los varones, cosa que sí sucedía con las mujeres. Indagué en el porqué de su pregunta y me contó algo que yo no recordaba, pero al traerlo él a colación, me fueron llegando esos momentos: él y yo, con alrededor de 9 años nos besamos en el teatro del colegio Pedro Justo Berrío, luego de habernos quedado deliberadamente solos después de un acto cívico. El único recuerdo que tengo, ahora más elaborado por el relato de él, es que fue algo emocionante, fue extraño, pero siento que sabía lo que hacía y aunque corto, siento que logré lo que quería y era experimentar, más en ese entorno

clandestino que era estar escondidos en el colegio y haciendo algo “prohibido”, no solo porque en el colegio uno no se besa con personas sino porque en general yo veía que, en la calle, mis familias y en la televisión los hombres no se besaban entre sí. Creo que mi primer beso, entonces, fue con un varón. Y me parece muy curioso, porque después de toda una vida “heterosexual” donde solo me he relacionado con mujeres romántica y sexualmente hablando, resulta que toda esa esfera en mí empezó en el contacto físico con un hombre. El saludo mutuo quedó allí y el recuerdo de ese suceso no tuvo posterior trascendencia.

Vale la pena mencionar que es doblemente curioso, porque más que no sentirme mal ni “sucio” durante esa conversación, por el contrario, sentí cierta picardía en el inesperado recuerdo y cierta alegría de saber que había un capítulo de mi vida que ni yo mismo recordaba, pero que podía decir mucho de mi propia masculinidad. Y si tuviera que decir algo respecto a mis gustos: espero siempre poder compartir y experimentar con quien quiera de manera consentida. Me alegra que a través del tiempo haya podido compartir mi cuerpo y tiempo de manera voluntaria con algunas personas y nunca he tenido que esconder o fingir un gusto por presión social o poca aceptación, lo que marca otro privilegio por ser hombre cis, blanco (mestizo) y heterosexual, pues no solo no se me cuestionan mis gustos, sino que se me aplauden los que tengo, porque son los esperados. Es muy similar a la violencia, como lo señala Kaufman (1989) pues esta no solo es permitida, sino que se glamoriza y se recompensa (p. 2).

Al reconocer que yo no haya encontrado malestar en los hechos anteriormente mencionados puede ser muestra de aquellas maneras particulares en las que mi masculinidad fue configurada aun cuando tenía ciertas presiones sociales que me decían que eso no se hacía y, si por algún motivo se había hecho a modo de experimentación, debería haber vergüenza en ello, pues la idea del macho, de una manera hegemónica de ser varón, no permitía que su virilidad y gusto por las mujeres fuera puesto en juego. Así, valoro la ruptura contra esos mandatos, tanto porque el suceso no comprometió mi vida en años posteriores como en el momento en que siendo adulto recordé el hecho y tampoco hubo connotación negativa. Por el contrario, resalto que fue un argumento más que hoy aporta a mi decisión de libertad en cuanto a las formas en las que establezco relaciones físicas y sentimentales con las personas, no porque como persona socializada hombre no la haya tenido, sino porque precisamente me desato de las “prohibiciones” escandalosas y quiero seguir sintiéndome libre, no para consumir cuerpos sin control y “vivir la vida”, sino precisamente para ser más responsable afectivamente hablando, sea con hombres o con mujeres y así ejercer esa libertad, siempre que sea consensuado con la otra persona.

De mi último tiempo en el colegio, en grado 10 y 11, me recuerdo un poco más “maduro” y con más entendimiento de la vida, pero aún me movía por decisión propia y presión grupal a cometer faltas al manual de convivencia y a la integridad de las personas. Individualmente, recuerdo sabotear en muchos momentos la clase de mi profesora de química al tiempo que llamaba la atención de mis compañeras y compañeros. Varias veces sucedió hasta que la misma profesora me respondió un día con la frase “a palabras necias, oídos sordos”. Recuerdo que ante la inesperada respuesta busqué ayuda con mi mirada hacia mi mejor amiga en clase, y ella, sutil y certeramente me dijo en voz baja: “Juli, sí, la profe tiene razón. Ya”. Y hasta ese día lo hice. Perdón hacia ella y gracias a Paula, mi amiga, porque me dio uno de esos regalos que tantas mujeres durante mi vida me han dado, aun cuando no es su deber educarme ni decirme lo equivocado que he estado. Ese fue un darme cuenta invitado por ella.

Este suceso de agresión hacia la docente podría estar relacionado con algunas diferencias en el currículo como un dispositivo de desigualdad y de efecto masculinizante, porque posiblemente tuve confusiones en los referentes y a quién querer emular. Un varón generalmente siempre tuvo como referente otro varón, quizá un modelo superior e inalcanzable de perfección, pues “no hay nada más importante para un hombre que otro hombre” (Segato, 2017); hubo tantos varones en tantos lugares del mundo siendo tan mencionados y alabados en tantos momentos que era fácil tener un varón modelo mientras que se sentía como un igual, alguien del cual solo me distancia el talento puntual y la fama, porque el cuerpo y las ventajas probablemente ya las tengo; las mujeres no, a ellas se les imponían esos mismos referentes que, podrían reforzar esa idea de “nunca seré” como tal o cual persona (no tengo ese cuerpo, esa atención, ese permiso y ese acceso al conocimiento) y por ende se le ponía más peso a sus labores “femeninas” por defecto de cuidado o de operatividad. No es gratuito tener muy pocas mujeres referentes en la ciencia, política e historia, todo va de la mano, e incomodar a mi profesora quizá denotaba un conflicto personal por su conocimiento en una ciencia “dura” y su poder en el aula de clase.

He sido testigo y cómplice de la feminización del oficio de la docencia sobre todo en grados escolares menores, con muchas mujeres en primaria y con percepciones de perversión cuando, por ejemplo, es un varón quien lidera un grupo de preescolar. Existen datos que demuestran que la cantidad de mujeres docentes decrece de manera directamente proporcional al aumento del grado escolar, desde jardines infantiles hasta la educación superior. Desde hace muchas décadas existe el imaginario colectivo que las mujeres son quienes deben ocuparse de la educación básica porque hay una homologación entre esa labor y el rol materno, pues por defecto “la mujer cuida” y “la mujer tiene instinto maternal”. Así, pareciera ser que mientras el

grado escolar aumenta, la mujer docente va perdiendo protagonismo, como si empezara a ser vista su labor “cuidadora” (que de por sí ya es estereotipada) menos necesaria, porque en un sistema como el nuestro y a mayor avance académico, son las ciencias “duras” las que se instalan como las más relevantes con posturas patriarcales donde se asigna al varón el “derecho” de ser razonablemente competente, y normaliza que sean las mujeres quienes debían encargarse de las ciencias “blandas” como el lenguaje por su supuesto instinto de locuacidad. Pero ¿realmente es así, o hemos construido estereotipos de género y en los roles?

Por el mismo camino y al respecto, Lin Bian, Sarah Jane y Andrei Cimpian, ambas personas pertenecientes a departamentos universitarios de psicología condujeron un estudio realizado en 2017 llamado “Cómo emergen los estereotipos de género, sobre habilidad intelectual, de manera temprana y su influencia en los intereses de las(os) niñas(os)”. Sus principales hallazgos muestran que, en edades tempranas, las niñas empiezan a subestimar su propio género cuando se les describe una persona genia. Hasta los 6 años, tanto niñas y niños suelen relacionar su propio género como aquel de la persona “brillante” que se le menciona (p. 389). Pero desde esta edad, empieza a ser tendencia que una niña asuma que una persona que se le describe como “muy muy inteligente” sea hombre, lo cual, afirman las autoras, tiene un importante impacto en el largo plazo de la vida de estas mujeres, porque “aunque el estereotipo de asociar la brillantez con los varones no se ajuste a la realidad, puede pasar factura en las aspiraciones de las chicas y en sus futuras carreras” (Bian et al., 2017, p. 390).

De igual manera, “nuestra sociedad tiende a asociar la genialidad más con los hombres que con las mujeres y esta idea aleja a las mujeres de trabajos en los que se percibe que es necesaria esta capacidad” (Bian et al., 2017, p.390); como nota adicional basada en trabajos previos y su experiencia, que situaciones como estas podrían comprometer la manera en cómo las mujeres adultas recibían menor cantidad de cargos de alta jerarquía donde se requiere “brillantez”, por lo que estos estereotipos empiezan a incidir en las decisiones de las mujeres y de sus representaciones a una edad “descorazonadoramente” temprana y construyen, desde otra arista, las ya mencionadas *exigencias inclinadas*. Estas *exigencias inclinadas* son visibles, también, en descripciones sobre el patriarcado que propuso Lerner (1990) y los comparo como aquellos derechos de acceder a un reparto igualitario de papeles que obtienen las mujeres tras un esfuerzo considerable, para lo cual tuvieron que demostrar primero que están “cualificadas”; son los varones, una vez más, quienes fijan esos términos de “cualificación”, quienes conceden o niegan la admisión y quienes juzgan si ellas están a la altura de los papeles (p.30).

Volviendo a la escuela, no fue solo un acto de violencia contra una docente. Días antes de terminar ese grado 11 y con un sentimiento de superioridad colectiva en un grupo de 5-6 hombres del salón, sabiendo que ya nos íbamos a graduar, que el colegio finalizaba y nos sentíamos infinitamente poderosos, se nos ocurrió la vergonzosa idea de bloquear la puerta a una docente temporal de la institución, en el momento en que ella estaba con un grupo de octavo. Todo lo hicimos, aun cuando ese grupo de octavo ya le estaba sabotando la clase y la estaban agrediendo verbal y psicológicamente pues había burlas por su aspecto físico, burlas que nosotros los estudiantes de once también habíamos realizado días antes. Segato (2017) define este tipo de comportamientos como un miedo, pues “el hombre tiene un miedo muy arraigado y es el de perder su masculinidad ante otros hombres. Para ser parte, para no quedar fuera de esa hermandad, puede llegar a ser cruel y narcisista”. Me avergüenza saber que participé de dichas agresiones y el recordar el rostro y expresiones de la profesora ante tan macabros actos por parte de sus estudiantes, todos varones, pues ni una sola mujer de ese grupo de octavo ni de nuestro grupo de once participó. Las recuerdo a todas ellas horrorizadas, pero obligadas a fingir que no lo estaban y a no intervenir.

Por el mismo camino, me detengo a pensar si hay algo de especial en estas dos faltas cometidas que recién menciono, pues pienso que no es gratuito que hayan sido contra mujeres. No creo que sea fortuito que considere improbable que situaciones similares las haya podido hacer contra docentes varones, aunque no olvido ese acto de violencia verbal que tuve con el profesor Guillermo Vergara con la redacción del escrito en el libro, un acto además cobarde, pues lo que le dije se lo dije sin darle la cara. Incluso he llegado a pensar si esos actos hacia ellas fueron muestra de resistencia a que me educara una mujer o si encontraba en ellas los blancos más “fáciles” para sobreponerme a otras personas. Esos actos de mis últimos años de colegio fueron cuando ya era más que adolescente, por lo que fueron deliberados. Perdón también hacia ellas dos: la profe de química y la profe temporal de filosofía. Ojalá pudieran saber que me arrepiento y que no olvido lo que pasó, al tiempo que espero que esos hechos hayan influido lo menos posible en sus vidas personales y laborales. Agredí personas y agredí a la misma escuela y labor docente.

Dichas agresiones contra estas dos maestras las hilo con actos de violencia que tuve años antes hacia una prima contemporánea, Catalina, aquella única mujer que había nacido junto con nosotros 6, varones, entre un corto período de tiempo. Con ella tuve peleas tanto verbales como físicas y nos peleábamos de tú a tú. No sé si sea de resaltar que parecía ser que no teníamos en mente diferencias entre géneros, pues ni ella me temía ni yo le pegaba menos fuerte

porque "era mujer", denotando una percepción innata de igualdad entre ambas personas; o si por el contrario la situación es un poco indeseada también porque precisamente con quien peleé fue con ella, de toda esa camada de primos de igual edad, y fue con quién más roces tuve y a la única prima que agredí físicamente, quizá por verla "débil", por verla "diferente", por verla "no-hombre". Era común escuchar de ella un "no me duele", por más que en realidad sí le doliera, con tal de seguir manteniendo la disputa a "nivel de un hombre" y enviándome su mensaje claro que ella no era menos; y yo, quizá sintiendo mi hombría quebrada por no ser capaz de herir a una niña, con más fuerza la agredía. Creo que fue uno de los pocos sucesos en los que agredí físicamente a alguien en mi vida y, al haber sucedido cuando teníamos unos 7 años, creo que también pudo haber determinado de cierto modo mi decisión de no volver a utilizar ese tipo de violencia hacia las personas.

Es de resaltar que por mi prima es por quién tengo más detalles en los recuerdos de nuestras peleas, porque yo (voluntaria o involuntariamente) olvidé muchos de esos sucesos, quizá porque fue otro asunto de esos que yo consideraba "normal" y para ella fue más significativo, o porque el olvido de actos ha sido también un tipo de violencia ejercido por mi parte hacia las mujeres, aun cuando suelo tener muy buena memoria y recordar detalles en aspectos generales de la vida. Pero a veces algo pasa con ciertos recuerdos de actos hacia ellas, sobre todo aquellos que yo percibía como parte del paisaje pero que en ellas significaba más; y aunque esto tuvo más ejemplificaciones en mis relaciones románticas, también sucedió con mi prima más cercana y contemporánea.

De igual manera, debo reconocer que durante todos estos años de crecimiento y donde hubo variados actos nefastos de mi parte, también se veían atisbos de mi sensibilidad en la violencia física no siendo una opción común, escribir cartas, preocuparme por mi estética no solo personal sino por la manera de escribir en los cuadernos y tratar de ser ordenado.

La sensibilidad también podía evidenciarse en la empatía y dolor por la otra persona. Durante ese grado 11 y durante una exposición, un compañero, de esos a los que respetaba y, sobre todo, temía porque lucía como un macho prototípico: alto, musculoso, con barba, con voz gruesa y comportamientos rebeldes, por poco agrede físicamente al profesor de filosofía. El profesor le solicitó que ampliara la idea de lo que exponía y mi compañero le respondió "¿qué más querés que te explique, ah?" en tono amenazante y mientras se le acercaba inflando el pecho y apretando sus puños. Lo que más recuerdo es el rostro del profesor: completamente pasmado, con ojos húmedos y con más tristeza que susto. Jamás olvidaré su cara. Y aunque no hice nada, para mis adentros significó entender un poco más el mundo, la violencia, la "hombría"

y la relación entre varones. La violencia contra otros varones es precisamente uno de los tipos de violencia que ejercemos los hombres; Kaufman (1989) señala que:

La violencia o la amenaza de violencia entre hombres es un mecanismo utilizado desde la niñez para establecer ese orden jerárquico. Un resultado de ello es que los hombres "interiorizan" la violencia — o quizás sea que las demandas de la sociedad patriarcal estimulan instintos biológicos que, de lo contrario, permanecerían relativamente dormidos o serían benignos. La consecuencia no es solamente que niños y hombres aprendan a utilizar selectivamente la violencia, sino también (...) a transformar una gama de emociones en ira, la cual ocasionalmente se torna en violencia dirigida hacia sí mismos, como ocurre, por ejemplo, con el abuso de sustancias y las conductas autodestructivas. (p. 1)

Connell (2001) comenta que algunos especialistas como Robert Bly, y en contraste, convierten en polémica todos los problemas emocionales de los varones y sus dificultades para adquirir masculinidades seguras; y hasta aseveran que son los hombres el verdadero género en desventaja (p.157). Para ello, utilizan algunas estadísticas sobre problemas "masculinos": muerte prematura, tasas más altas de lesiones, son más lentos para aprender a leer, más propensos a abandonar la escuela, más propensos a ser aleccionados y que ellos son más propensos a estar en programas para niños con necesidades especiales.

Y sí, el mayor número de muertes violentas son de varones, pero no por el simple hecho de serlo sino por ser quienes fuimos autorizados a habitar la esfera pública y por los efectos masculinizantes de la cultura: la exigencia a ser fuertes, valientes y decididos, prácticas que abundan dentro y, sobre todo, fuera de la escuela: pues los varones también somos víctimas del patriarcado, aunque nuestro protagonismo pueda variar. No es fortuito, pues, que los hombres seamos quienes más morimos en la guerra, en accidentes de tránsito y quienes tenemos tasas más altas de suicidio, no tanto por ser quienes más lo intentan sino porque somos efectivos a la hora de hacerlo, pues solemos ser más certeros en esa gran última violencia (Barroso, 2019, p. 52). Los varones somos el grupo de personas que menos asiste a consultas médicas y psicológicas por voluntad propia, quizá por la satanización que tenemos a buscar ayuda porque nos mostraría débiles y faltos de control sobre sí. Al respecto, Segato (2017) sentencia que:

Se ha analizado por qué los hombres mueren antes que las mujeres en todos los países del mundo. Y las investigaciones psicológicas y médicas dan cuenta de que es porque sufren, pero no pueden reconocer su propio sufrimiento. El mandato les impone sacrificios

inmensos. Son obligados a hacer lo que no tienen ganas y a veces a no hacer lo que tienen ganas.

En los imaginarios colectivos la escuela siempre se encuentra en crisis y nunca resuelve los problemas. Continúa Connell (2001), “a la escuela se le achacan los problemas sociales. Los problemas relacionados con los muchachos (varones) no son la excepción. La escuela no es la única institución que moldea masculinidades y puede incluso no ser la más importante” (p. 158). La escuela es la entidad sobre la cual recaen todas las culpas a pesar de ser la familia, los medios de comunicación y redes sociales aquellos espacios atestados de representaciones de masculinidad “modelos”. Se reitera, en palabras de Connell (2001) los alumnos son partícipes de estas masculinidades con el simple hecho de estar en la escuela. La simbolización, como un tipo de relación en el régimen de género dentro de la escuela como agente de construcción (o reforzamiento) de masculinidades se muestra así: además de los códigos de género importados, la escuela tiene sus propios, por ejemplo, códigos de vestido (uñas, cabello, vestido), código de lenguaje formal y la definición de áreas como masculinas/femeninas (p. 160).

Sí, es la escuela el espacio donde, sobre todo, se reafirman y sellan comportamientos asociados al “deber ser”, pero este no se establece solamente desde estas instituciones socializadoras (junto con la familia), sino que proviene de esas otras entidades que también educan y que a veces pasan aparentemente por debajo y se filtran sutil pero efectivamente, como los grupos juveniles, las prácticas deportivas, las reuniones en los barrios, el uso de telefonía, chats y los medios de comunicación; la escuela es al mismo tiempo una construcción social y humana que se renueva constantemente, por lo que no quiero afirmar que la escuela es meramente aleccionadora y perpetuadora de mandatos masculinos por sí sola.

Hubo muchos contenidos televisivos y comerciales con los que crecí, que vi como “normales” y que contribuyeron a la delimitación de ese tipo de masculinidad que ya socialmente estaban arraigados para bien o para mal, es decir, estos comerciales lo que hicieron (y hacen) es enfatizar o reforzar exigencias de género, denotando, en palabras de Viveros (2018) las posibles “nefastas consecuencias que puede tener para algunos hombres los mandatos de la masculinidad” (14m41s). Mandatos que son, como ya se ha mencionado en diversos apartados, *exigencias inclinadas* que se manifiestan también como ventajas exclusivas de género, pues, resalta Olavarría (2001, como se citó en Muñoz, 2017) “los varones terminan prefiriendo el investirse del lugar de poder, así implique renunciaciones, antes que perder los privilegios, incluso a pesar de ser conscientes de la situación” (p. 226).

Los medios de comunicación, pues, están atestados de representaciones de masculinidades como cantantes, deportistas, políticos de mano dura, modelos e *influencers*⁴, y es la escuela aquel gran lugar donde socializamos tales representaciones y reforzamos la necesidad de seguirlos. Nos enfrentamos, como diría Connell (2001) a patrones incontrolables que se establecen además fuera de la escuela (p.158). Han evolucionado desde los cantantes de rock, los comerciales de licores, las comedias, películas de acción y de guerra; hoy por hoy son deportistas como Lebron James, Cristiano Ronaldo y algunos boxeadores, los cantantes de reggaetón y pop, *youtubers*, incluso algunos políticos, hombres famosos que muestran sus lujos y perpetúan en muchas ocasiones ideales en los que el dinero y la fama son el fin último, y exhiben sus modos de ser hombres que están siendo copiados por millones de niños que consumen sus contenidos, dejando ver cómo socialmente eres más aceptado, te siguen y te mantienen en escalas superiores de poderío cuanto más estés del lado de lo que la cultura patriarcal se ha encargado de imponer como ventajas: ser varón, ser heterosexual, ser cristiano, de piel clara, con cuerpo atlético y tener dinero.

Un ejemplo de la capacidad de penetración en pensamientos colectivos (y posterior efecto en los imaginarios sobre lo que hace/es una mujer y un hombre) desde los medios de comunicación y la siempre presente televisión son las noticias y la primera plana. ¿Cuántas veces involucra mujeres y cuántas veces hombres? ¿Cómo lo hace? De igual manera los comerciales que desde mi niñez dictaban ideales de masculinidad. Por ejemplo, el de cigarrillos Marlboro: un modelo de varón: sombrero, camisa a cuadros un poco abierta y mostrando grandes músculos. Recuerdo también los comerciales de la marca deportiva Nike con su lema de “Jogo Bonito” donde se unen el fútbol y los nuevos referentes masculinos como los que mencioné anteriormente. También vi comerciales de todo tipo de marcas, desde bancos, pasando por medicamentos y concesionarios de autos, y en la mayoría podía verse como protagonista de la historia un hombre “exitoso”, apuesto ante los estándares occidentales de belleza y siempre siendo el líder de su entorno (familiar o laboral). Y todos ellos fueron actuados, contados y resaltados en las interacciones escolares, las cuales luego, con el paso a la universidad tendrían pruebas de fuego. De nuevo: no quiero decir que la escuela es causa sino muestra y espacio de exposición de “hombrías” en formación, estableciendo allí su capacidad de socialización y reafirmación de masculinidades.

⁴ Persona que cuenta con reconocimiento y credibilidad social en redes sociales, cuya labor es prescribir anuncios y opiniones sobre marcas o intereses particulares a cambio de dinero. Su fama e influencia permite que sus palabras lleguen a gran cantidad de personas que le siguen dichas redes.

Así pues, tanto debido al paso por esas 3 escuelas: San Carlos, Pedro Justo Berrío y San Roberto Belarmino (¡todos con nombres de varones!), junto a las vivencias familiares, como con las relaciones en la esfera pública y con los medios de comunicación, hicieron que, a mis 16 años, cuando me gradué de bachiller académico, mucha de la masculinidad de ese Julián/Hombre, estuviera plenamente configurada.



Me presenté a varias universidades de la ciudad de Medellín y a diversos programas académicos. No había atisbo de claridad en mí sobre el camino universitario y profesional que quería para mí, tampoco recuerdo haber recibido muchos consejos de personas cercanas ni tuve exámenes de perfil profesional que me “ayudaran” a elegir el mejor camino posible. Por decisión casi azarosa, comencé el programa Ingeniería Civil en el Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid en el año 2009 con 16 años. Reitero que no recuerdo los motivos por los cuales finalmente decidí comenzar esa carrera, simplemente lo hice. Yo había escuchado toda mi vida que ser ingeniero daba dinero y prestigio. Y quizá la relación entre ser hombre y el prototipo de ser ingeniero tuvo mucho que ver: ser varonil, ser inteligente, ser fuerte, resolver problemas, ser brusco en la justa medida, ser visible.

Sabía que, en esos momentos, con el inicio de una carrera profesional, yo empezaba a definir “quién quería ser en la vida”, expresión, ahora que lo pienso en detalle, un tanto violenta y mercantilista, pues se nos dice de frente que no somos nada si no poseemos un título universitario y si no producimos.

Tuve un indeseado rendimiento académico por 4 semestres allí, con pérdida constante de asignaturas y con deseos de asistir a la universidad más porque debía tener un título y porque allí pertenecía a uno de los equipos de fútbol que competía en la liga más importante a nivel departamental. Finalizando el cuarto semestre en esta carrera, no pude pelear más con la realidad: desaprobaba asignaturas de manera constante, aun cuando parecía ser más una cuestión de actitud que de aptitud, y comencé a pensar qué debería proseguir en mi vida, pues era claro que ese ingeniero no iba a serlo.

Mi tía, la misma que en noveno grado me dio la mano para continuar estudiando, me aconsejó cambiarme de carrera y me sugirió estudiar, allá mismo en El Politécnico, la Licenciatura en educación básica con énfasis en educación física; ella y posteriormente más personas cercanas se animaron a venderme la idea, principalmente porque parecía que mi forma de ser, percibida por muchos como “muy humana” junto con mi gusto por los deportes, hacían de este programa una muy buena opción. Recuerdo también que mi madre me recordó por aquellos días que, en algún momento de mi niñez, yo había manifestado interés por ser profesor. No hubo muchos detalles al respecto, pero con todo lo descrito sobre mí mismo a este punto, no es un recuerdo suelto.

Homologué algunas asignaturas de ciencias básicas y comencé la Licenciatura aproximadamente desde segundo semestre. Me encariñé rápidamente con el programa, me

sentía comprometido y el haber sido deportista por tantos años, junto con el gusto de trabajar con personas, hacía que me calara muy bien la idea de ser profesor de educación física. Disfruté y fui responsable con todo el programa de Licenciatura, tenía un rendimiento alto, empecé a conocer lo que es ser realmente docente y lo que es serlo en Colombia; allí en ese programa empecé a tener más conciencia de sí, a ser más responsable con los compromisos académicos y tuve un acercamiento, novedoso a ese momento, con las ciencias sociales. Tuve prácticas pedagógicas variadas: con niños y niñas, adolescentes, personas en situación de discapacidad, abuelas y abuelos, bebés y madres gestantes. Allí confirmé que el contacto humano realmente era lo mío.

Cursé la Licenciatura en educación física por los siguientes 4 años, entre mis 19-23 años. Durante ese tiempo, con una configuración más instalada de mi ser hombre, ocurrieron varios sucesos relevantes que continuaron configurando esa manera única de establecerme como varón. Estos sucesos se enmarcan, sobre todo, alrededor de 2 aspectos macro: mi relación con el fútbol y mi relación romántica con las mujeres.

6. Ellas

"Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón, sin ver que sois la ocasión de lo mismo que culpáis"

Sor Juana Inés de la Cruz

"¿Amor libre? ¡Como si el amor pudiera no ser libre!"

Emma Goldman

En este apartado abordaré mis relaciones románticas, comportamientos como pareja, certezas, errores y el ser hombre heterosexual en mi vida. Aquí, tampoco describiré de manera cronológica sino manteniendo un orden de sentido. Lo anterior, por dos motivos: uno, porque no quiero ahondar en detalles asociados a mujeres puntuales por respeto a sus nombres; y dos, porque suelen estar muy relacionados mis pensamientos y comportamientos con ellas a través de los años (no solo aquellos en los que ya compartía románticamente con alguien) y trataré de resaltar lo más llamativo en el marco de lo que ha significado ser varón y las acciones y consecuencias derivadas de mi actuar alrededor del amor romántico.

Es en este tema de las relaciones románticas con mujeres donde, luego de repensar mi sufrir y, sobre todo, el hacer sufrir, surgió mi mayor cuestionamiento sobre lo que es el ser hombre. Estos sentires son quizá el asunto más "delicado" que me ha pasado en la vida, es de lo poco que me ha incomodado mucho y es lo único con lo que me he sentido realmente roto como ser humano, ¡aun cuando era yo mismo el causante de dichas situaciones! Pero difícilmente sin estos sentires yo me hubiera acercado a estas preguntas de quién soy. Pensarme me está salvando la vida. Y seguro que estará evitando que deje más gente herida en el camino, empezando por mí mismo. A través de estos más de 15 años donde he tenido parejas y encuentros sexo-afectivos, he vivido lo que comúnmente se conoce como "amor de pareja" (referido más bien al amor romántico) y también he podido conocer el mundo como tal, sin ensayos ni anestesia, un mundo percibido desde el ser no solo un varón, sino un varón adulto. He tenido 4 relaciones románticas largas, "oficiales", aquellas que duran más de un año y en las cuales es tal el compromiso, que hemos sido presentadas a nuestros círculos cercanos como pareja. Y desde mis primeros momentos románticos en mi adolescencia, empecé a enfrentarme a una lucha con el contrincante más indeseado: yo mismo, pues no tardé en entender y con los años reforzar, que aquello que yo solía sentir no iba acorde a los mandatos (positivos y negativos)

que había recibido durante mi existencia como varón. Por ejemplo, de manera descarada, muchas fueron las veces en que me excusé de una infidelidad diciendo que el cuerpo me lo había pedido y que era solo algo físico, por lo que yo era capaz de continuar como si nada hubiera pasado con mi pareja. Vale la pena aclarar que cuando hablo de infidelidad, me refiero al acto de fallarle a los pactos de exclusividad que he tenido con todas las mujeres con las que me relacioné. Y repetí dichos actos de manera indiscriminada porque durante estos años he vivido un día a la vez e intentando solucionar mi necesidad inmediata. Y aunque en momentos posteriores al error era difícil cargar con las culpas y hacía visible mi sufrir (no tanto el de ellas), pronto aprendí que bastaba con una mentira bien ejecutada para que nada se saliera de control, de mi control. De hecho, podía no solo salir bien librado de la situación luego de un discurso estratégico, sino también que podría incluso terminar siendo alabado por las palabras “tan bonitas”.

Y cuando me veía interpelado por una de ellas, acudía a lo mismo que con mi madre en tiempos de escuela donde mi actuar era natural hasta que me confrontaban: el verbo. La palabra. Hoy lo considero don y maldición, al tiempo, porque tal ha sido mi capacidad de explicar y convencer con la palabra, que hasta he hecho dudar a mujeres de sí mismas, un acto macabro que se configura como violencia psicológica. Y hoy utilizo la misma palabra para hablar de lo que he hecho con ella. La gran extensión misma de este trabajo podría contradecir mi intención, pues el logocentrismo (pensamiento, discurso y razón) tan presente en las masculinidades se hace visible aquí también cuando intento hablar de sí y de tejer discusiones. Sin embargo, considero también que se atenúa un poco esa presencia del “logos” al estar escribiendo de eso que los varones no solemos escribir, intentar interpelar esta manera de ser hombre que tampoco ha sido tópico ampliamente abordado, también por la misma palabra de la cotidianidad y por los recuerdos subjetivos. Hablo no solo por el derecho que tengo de hacerlo sino por la necesidad de contar(me) y por las posibles utilidades de hacerlo (personal, colectiva y académicamente hablando) expuestas en este trabajo.

entre pieles, violencia fue volverme ausente, violencia fue usar no solo cuerpos sino su tiempo u otras características no físicas de ellas, violencia fue decir verdades a medias, acomodadas y a destiempo. Y sé que marqué personas, porque todo ello no se reduce a meras cicatrices físicas, pues algo cambia en los seres humanos cuando actúo de tal o cual manera.

Esta frase de autoría anónima me sirve para ejemplificar mi punto: “cuenta como tu ex era “loca”, pero cuenta también que la fundiste psicológicamente. Cuenta cómo era de problemática, desconfiada, pero también cuenta de tus mentiras, traiciones. Tú adoras hablar de la ex desquiciada, pero no hablas de lo basura que fuiste con ella”. Nos hablan a los machos, a quienes acumulamos encuentros sexuales como datos sintiéndonos “más varones” y con poder, a quienes no nos basta con ir destruyendo personas en el camino en nombre del placer propio, sino que adoramos revictimizar a nuestras ex parejas y transmitir aquel mensaje en el que nosotros fuimos quienes padecimos de tal o cual toxicidad de parte de ellas; y esto, de la mano con maneras de referirse a nuestras propias parejas catalogándolas como histéricas, malgeniadas, habladoras, inquisidoras y casi enemigas, como si estar con ellas no hubiera sido voluntariamente elegido, en conjunto acordado y como si no fueran las relaciones de pareja un espacio para compartir y disfrutar bellamente la existencia. Me pregunto también por el tipo de masculinidades e imaginarios sociales sobre la relación heterosexual que hemos construido desde el punto de vista de algunos varones, pues me ha parecido ilógica aquella queja de muchos de ellos por su pareja y a lo que se ven forzados para “mantenerlas contentas”; muy performático todo, cuando no falso.

Es tan serio y repetitivo este tipo de violencias en nuestro entorno, que en muchos países del mundo existe normatividad que condena no solo el feminicidio y la violencia psicológica y simbólica, sino que también hay imposición de penas para hechos de suicidio feminicida, es decir, condenas a personas (varones, en su mayoría) que infringieron tanta violencia psicológica sobre sus parejas, cuando no física, que dicha presión las llevó a cometer suicidio. Aunque la normatividad debería ser efectiva también con la violencia psicológica sin tener que esperar situaciones extremas como el suicidio.

Hoy sé que mis actos de violencia psicológica se pueden equiparar a la violencia física. Y aunque sé que yo también he estado por todos estos años en un proceso de descubrimiento del ser y el sentir, y no pretendo simplemente autoflagelarme, sé la consciencia que tuve en todo mi actuar y sabiendo que con palabras finalmente podría solucionarlo. Y si no, nada perdía. Me excusé en decir que esas eran las épocas de “disfrutar”. Yo consideraba que al final de cuentas no éramos personas casadas, comprometidas por “lo legal” y sencillamente me tranquilizaba

pensando que en algún momento yo sentaría cabeza, pues así era como mis tíos, las películas y la música me decían que funcionaba. De hecho para mí ya era muy claro que supuestamente los hombres nos tardamos más en “madurar”, y reforzaba esa idea al observar muchos casos donde las mujeres elegían parejas varones mucho mayores que ellas, con la concepción colectiva en la que ellos, por ser tener más edad y ya “haber disfrutado”, más fácilmente podrían saber lo que quieren; y podía entonces haber coincidencia en deseos y en amor, pues ellas desde pequeñas han sido bombardeadas con el mandato del “juicio” y ese “deber ser pulcro” en cuanto sea posible y de manera permanente.

Mi madre, mis pares, varios tíos y en general cualquier hombre mayor me invitaron de muchas maneras a “disfrutar”. Hasta se ofrecían para “hacerme los cuartos”⁵, es decir, para ayudarme a mentir o cubrirme con tal de hacer lo que yo quería. Y yo, ahí sí muy atento, cumplía con la invitación. Y claro que la iba a cumplir, si tanto lo que sentía mi cuerpo (un cuerpo no educado para conectar su sentir y pensar con su carne) junto a la ausencia de responsabilidad y empatía, iba de acuerdo con el llamado de ellos a “vivir la vida”.

¿Qué es eso de “vivir la vida”? ¿El resto de las cosas no lo es? ¿Por qué decirle “vivir la vida” y “disfrutar” a tener sexo con diferentes personas sin asomo de responsabilidad afectiva? La neuropsicóloga feminista Ruth Bleier (1984) afirmó en la década de los ochenta que socialmente "a ellas se las declara "tímidas, difíciles, puntillosas" por naturaleza. Y ellos son "inconstantes, dispuestos a acostarse con cualquiera" (p. 19), por lo que son, como ya se ha mencionado repetidas veces, los mandatos sociales y de género los que terminan por configurar maneras puntuales de asumir la sexualidad y las relaciones con otras personas.

Entonces, ¿qué masculinidades hemos creado para que exista el ideal de que si un varón “disfruta la vida” se siente recién salido de una jaula, cree que se sentirá pleno, pensará que eso “sí” es felicidad y que ganará estatus social? Porque ya sabemos: históricamente en el mundo occidental el varón que conquista en cantidades es “el putas”⁶; si lo hace una mujer, es una puta. Y, en general, las mujeres siguen siendo peor juzgadas ante una misma situación: en ellas se cuestiona más el poliamor, el mostrar su cuerpo, decir palabras “vulgares”, comer mucho, ser rebeldes. Una mujer debe, según imaginarios de mi entorno -junto con los imaginarios colectivos evidenciados en televisión, películas, libros, conversaciones y demás-, comportarse, estar “a la altura”, debe ser fiel al amor monógamo y romántico por defecto, no debe haber espacio a la

⁵ Ayudar en la gestación de alguna actividad generalmente caprichosa o indebida.

⁶ Sinónimo de héroe en el argot colombiano.

duda en ellas, y quienes se salen de esos cánones suelen ser castigadas socialmente incluso desde el lenguaje

Es común aquella situación en la que, si un hombre “disfruta” y es infiel, no se juzga de igual manera que a ellas porque de nuevo: “¿qué más se puede esperar de un hombre?” Desde la niñez hasta la vejez: *exigencias inclinadas* por doquier.

Existen dos explicaciones de masculinidad comunes, sentencia Kemper (1990, como se citó en Connell. 2001), una es rol sexual masculino: lo que se espera de los hombres en un contexto cultural amplio; y la otra es sociobiológica, la cual afirma que:

El comportamiento masculino brota de la naturaleza biológica, determinado por los genes y la testosterona. Pero no hay patrón estándar de masculinidad que pueda ser producto de la biología. Tampoco existe evidencia de que la estructura social incida en la producción de hormonas. La masculinidad no es una entidad biológica que existe antes de la sociedad; las masculinidades son las formas como las sociedades interpretan y usan los cuerpos masculinos”. (p. 159)

Casi treinta años después de la anterior conclusión, sigue sin demostrarse que la testosterona sea el componente más determinante en la construcción de masculinidad; y tampoco debe girar alrededor de esta explicación biológica el carácter comportamental del ser hombre, ni individual ni colectivamente hablando; tampoco de la configuración de la masculinidad, la cual, como se aborda en varios momentos del texto, es un constructo social más que un producto “natural”.

La testosterona, de acuerdo con Esch (2019) es responsable del crecimiento de los músculos y crecimiento del vello, pero también del estado de ánimo. Esta hormona es producida en un 95% en los testículos y el 5% en la corteza suprarrenal. La mujer tiene entre el 5-10% de la testosterona del hombre y a partir de esa testosterona se produce el estrógeno. Hasta ahí el hecho cuantificable. Porque cada vez se desvanece más la relación entre testosterona y “características masculinas” como la agresividad, así como el paradigma en el que un varón bajo “efectos” de esta es arriesgado y egoísta. (Jean-Claude Dreher y Pranjal Mehta, como se citó en Esch, 2019) concluyeron en sus estudios que incluso con cantidades mayores de testosterona se “mejoró” el comportamiento social e incluso se le llamó la “hormona social”.

Fue, a finales de 1800, que un hombre se inyectó líquido extraído de testículos de animales y sintió “mejora física y mental”, desde entonces la testosterona es equiparada a la eterna juventud, masculinidad y la fuerza. Y la publicidad encontró un nicho en el hombre que envejece. Desde el 2007 se doblaron la venta de suplementos con testosterona. No es

casualidad que esta hormona se descubriera al inicio de la industrialización, porque esta es sinónimo de lucha, competencia, potencia, dominación y poder (Esch, 2019).

Esch (2019) continúa afirmando que la testosterona aumenta el deseo de mantener la posición social, porque hay recompensa y eso nos hace sentir bien. Eso explica la “presuntuosidad” en los varones. No se es generoso sin motivo, se da más cuando se es observado. Los hombres (heterosexuales) “dan más” cuando son observados por las mujeres y cooperar es bueno para el propio estatus. La testosterona aumenta el reconocimiento mutuo y suponemos que en un entorno de confianza el prestigio y la acción social aportan un mejor estatus, por lo que, en esas situaciones, la testosterona puede reforzar el comportamiento social. Incluso fortalece el compañerismo, pero no siempre es desinteresado, se trata de ejercer poder, de ser un “buen líder” que sabe que, si comparte de sí, se beneficiará y será alabado.

No obstante, la intención de esta investigación no es ahondar en planos biológicos con datos de laboratorio químico.

Los varones, como parte de la especie humana, somos sujetos que envuelven lo físicamente tangible junto con lo que entendemos y hemos decidido en sociedad como “esencia” de lo masculino, desde donde deriva nuestro pensamiento y actuar. Así pues, aunque resalte apuntes con información biológica que conversa con representaciones sociales en la construcción del género masculino a partir de imaginarios colectivos, mis enfoques seguirán enmarcados en mi historia propia y en cómo configuré mi masculinidad desde mandatos recibidos en escuela y casa, y llevados al mundo real de las relaciones románticas, la universidad y la calle.

Hoy en día siento que hay algo que no está del todo bien con las relaciones románticas o por lo menos no en la consciencia popular dominante y la estandarización de estas como única manera de vivenciar el amor sexo-afectivo. Creo que los seres humanos, además de adorar el drama, nos tomamos las historias de amor demasiado personal y nuestro ego nos delata. Creo que el sistema se encargó de hacer del amor romántico una piedra angular en la constitución de sociedades.

No estoy en contra de la relación romántica entre seres humanos, de hecho, la considero uno de los actos más sublimes y bellos que como especie podemos experimentar. Simplemente dudo de la opción de vivir en parejas como la “indicada”, como la única manera de vivir el romanticismo y de construir sociedades; así como también pongo en cuestión la satanización sistemática e histórica de toda persona que se alejó del canon heteronormativo, procreador y monógamo.

Y poner en duda la unicidad de la decisión de estar en pareja no es estar en contra de ese modo de habitar la vida y establecer relaciones. He pensado que podrían existir ventajas evolutivas y sociales por las cuales en los últimos siglos nos hemos organizado así y sea tan común este tipo de vínculo, lo cual queda como una pregunta abierta en este trabajo, puesto que el feminismo lésbico propone que existe un “régimen heterosexual” que contradice precisamente las supuestas ventajas de la heterosexualidad, siendo más bien otro de los instrumentos con los cuales se establece la dominación sobre las mujeres.

Es un tema que apenas empiezo a pensar, pero el cual me gusta indagar porque después de tantos errores y confusiones, siento que es deber entender lo que critico y, a la vez, en lo que tanto he fallado conmigo y con ellas. Y al final, si no lo entiendo o no lo comparto, debo por lo menos respetarlo y no fingir que deseo ese tipo de relaciones para obtener ganancias y saciarme, y que no sea solo cuando me equivoque o se me salga de las manos, el momento en el que le cuente a mi pareja que yo dudaba de ese modelo, que no estoy seguro y un largo etcétera lavador de manos. Hoy valoro ese tipo de relación monogámica, y por primera vez, lo visualizo sin culpa como una de las tantas formas de relacionarnos románticamente hablando. De nuevo, el secreto estará en los acuerdos, la comunicación y el respeto.

No saber qué quiero en el amor romántico y ejercer violencia psicológica no han sido los únicos vicios. Durante todos estos años de relaciones románticas me ha encantado conquistar en todo momento y sentirme conquistado, porque era terreno donde constantemente podía hablar de mí, mostrarme, hablar sobre “lo bueno” que tenía, mis logros, descrestar, venderme de tal o cual manera y podía ser incluso varios Julianes con varias personas. Porque al venderme y mostrarme, he recibido aplausos y he sorprendido, lo cual no es fácil querer dejar de recibir. Y si bien valoraba otros aplausos dados por parejas estables y desde asuntos menos banales, esto que describo era la manera más rápida y permanente de recibirlo. Era la mezcla perfecta: creaba vínculos afectivos y/o físicos con quien me interesaba, disfrutaba, me saciaba y a la vez recibía aprobación.

Ha sido tal mi atrevimiento que incluso descaradamente he querido explicarles a ellas en algunos momentos asuntos sobre el cuerpo de las mujeres. Y, paralelo a ello, otro ejemplo de presión y violencia sobre ellas ha sido insistir en que me expliquen cómo funciona su cuerpo, porque por más que parezca desinteresado y bello mi interés, he sido invasivo en la manera en que cuestiono, porque además de no tener el derecho natural a conocerlo, también puede suceder que eso que quiero saber no se explica fácilmente con palabras. Al respecto comentan Delgado (2020) que este “escuchar” puede tener muchas veces un tinte capacitista porque se

les exige a ellas ser capaz de comunicarse verbalmente, cuando pueden existir alrededor de sus vidas pesadas cargas emocionales como complejos corporales y experiencias sexuales traumáticas. Es similar a exigir que se tenga sexo con la luz prendida sin pensar en el pavor o injusticia que puede causarse, todo esto son asuntos complejos (como en muchos asuntos de la vida sino todos, lo mejor es dejar ser con naturalidad, sin forzar).

Muchas de ellas con justa razón no me hablan o lo dejaron de hacer por mucho tiempo. O me tuvieron que bloquear de redes sociales al seguir yo siendo violentamente insistente. Tardé mucho tiempo en encontrar algunos patrones en el comportamiento post-relación de ellas que más que hablar de ellas, hablaban de mí. Por otra parte, parece ser que las mujeres de mi entorno y cultura suelen tener historias similares con hombres parecidos a mí o por lo menos con similares comportamientos, por lo que a veces hablo a nombre de muchos. Nuestras historias son similares. Una de ellas, al hacer referencia a que a sus amigas también les había sucedido algo similar a lo que ocurrió conmigo, alguna vez tristemente me dijo: “ni para eso soy exclusiva”. Y todo, de nuevo, creo que proviene de la manera en que configuramos nuestras maneras de ser hombres, los mandatos recibidos, los permisos otorgados, el posicionarnos autocráticamente, el egoísmo, las *exigencias inclinadas* y los estereotipos de género.

En diversas ocasiones algunas mujeres me dijeron la siguiente afirmación, la cual era recibida de mi parte como sentencia: “usted no sabe estar solo”. Y no las escuchaba, no entendía la invitación a pensarme y tan solo respondía automática y desafiantemente con preguntas como “¿qué es estar solo, no compartir con alguien en cuántos meses, o no besar, o no tener relaciones sexuales, o no tener una pareja pública, o estar sin contacto con mujeres? Esa frase no me dice nada”. Claro que no había respuesta porque al decirme “usted no sabe estar solo” lo que realmente se me quería era invitar a que me examinara y me pensara, pero yo lo recibía a la defensiva porque sentía amenazada esa hombría y terca manera de llevar las relaciones románticas.

Y solo después de mucho tiempo consideré consultar con personas psicólogas, amigas, otros hombres, familiares e incluso conmigo mismo a través de la memoria y la escucha. Ahora empiezo a comprender que mientras no soporte mi propia existencia y me desnude ante mí mismo, no estaré preparado para compartir(me) con alguien más. El simple ejercicio de no estar hablando todo el tiempo y de no intentar explicar todo, está cambiando mi manera de percibirme y relacionarme.

De manera similar están estas otras palabras de dos mujeres que conocieron buena parte de quien soy y de manera independiente, pero similar, me dijeron entre suspiros y gestos de

asco: “usted no va a cambiar”. Y lo repetían, y yo me lo repetía. Y yo me preguntaba cómo iba a hacer, si siempre he creído tener la razón, pero siempre he hecho llorar mujeres (incluyendo a mi madre desde que era ese niño “problema” en la escuela). Y recuerdo muchos labios temblando al llorar, y yo al frente, pasmado, culpable, pero a la defensiva. Y hay más vergüenza. En esos momentos es cuando más sucio me sentía, porque era cuando más me preocupaba que todo eso que era y había hecho, era contrario a lo que sentía que mi cuerpo pedía y que mi mente normalizaba. Era cuando más dudas tenía, cuando soñaba con ser un hombre que sencillamente fuera capaz de no hacerlas sufrir; y me prometía y les prometía. Ellas, sin ser su deber, me confrontaban, me invitaban, aguantaban, confiaban. Y yo, viviendo un día a la vez y jugando al azar.

Es difícil determinar si los aprendizajes, cambios iniciales y el “darme cuenta” han sido traídos a mí más por los golpes de mis actos, por compartir con personas específicas, por acompañamiento psicológico o por “madurez” que viene con la edad. O por todo. Pero finalmente es relevante cómo puedo estar desbaratando mi vida y mis actos, al tiempo que de allí extraigo porciones que me permiten evaluarme como varón, en un espacio puntual y en tiempos particulares de mi vida.

Voy entendiendo que de promesas no se alcanzan logros. Para que algo exista hay que hacerlo y no prometerlo; somos lo que hacemos y no lo que decimos que somos. Así, he estado buscando el camino del varón que quiere la prudencia, que habla menos, que hace pausas, que no justifica ni explica todo, que pierde, que no cree que todo es contra sí, que se desnuda y se interpela. Y todo, como el inicio de un camino sin fin de conciencia de sí, basado en la manera de habitar el mundo como persona socializada hombre.

Haber cometido todo tipo de faltas a los pactos que tuve con las mujeres ha sido también gracias a los privilegios y a lo bien librado que salí de ellos por más tenebrosa que pintara la situación, porque se me exigía de manera diferente a mis pares mujeres. Desde mi adolescencia se me permitió habitar el espacio público sin ser muy cuestionado sobre mi destino, ir a fincas, quedarme hasta tarde en la calle y se me dio *luz verde* para “disfrutar” con ellas, o mejor, de ellas; me decían: “¡juicio!”, de una manera maliciosa sabiendo que no iba a serlo en términos de responsabilidad afectiva, y todo ello construyó maneras particulares de verlas, ver las relaciones y sentirme hombre, pues he pretendido disfrutar sus cuerpos y sus vidas hasta donde ellas quisieran y yo las convenciera, o creyera que lo estaba haciendo. El ego estaba ahí, haciéndome creer lo que yo quisiera y alterando realidades a mi conveniencia.

Aún hoy cuestiono esa frecuente cosificación y “desbaratamiento” de la mujer, como si pudiera “obtener” de ellas solo lo que quisiera y como si no hubiera un ser más allá de la carne, de sus pedazos intelectuales y de tenerlas por partes. Y cuando había admiración más allá de lo corporal, porque mi sensibilidad y empatía no ha sido nula, podía fácilmente perder el control, lo podía utilizar como estrategia. Por eso era común estar insatisfecho y ser infiel en varios casos: porque creía que contaba con el derecho de conocer a una mujer “perfecta”, que fuera tal cual lo que yo quisiera, que fuera una suma de lo mejor de todas las mujeres que yo había conocido. Y ahora creo entender que quizá formalizaba mis relaciones como una manera de mostrarme y mostrar a mi entorno que yo era una persona enfocada y juiciosa, que era “normal”, que tenía novia. Y eso me libraba de cargas. Pero por detrás, hacía, de tanto en tanto, lo que me apetecía a punta de palabra y actos certeros.

Soy de todo un poquito. Y estoy aprendiendo a conocerme, para entenderme, dejar vicios, mantener valores, construir, mirarme en un espejo sin pena y luego amarme más, porque sí importa lo que hice, pero sobre todo importa lo que puedo ser ahora con todo eso que fui y, la no repetición, podría ser quizá un atisbo a la reparación, si es que es posible hablar de una. Así, aunque también sucedió que compartí cuerpo con una persona recién conocida y por simple atracción carnal, hace poco entendí que no suelo ser ese hombre extremista que se deja llevar por un momento o un cuerpo, no soy tanto el varón que tiene una “aventura” o encuentro físico con una persona que recién conoció; paradójicamente, he solido involucrarme “extraoficialmente” con mujeres a las que admiro.

Así, empiezo a comprender cuán equivocado estaba cuando intentaba excusar mi infidelidad porque “había sido solo de cuerpo” al tiempo que afirmaba que una “verdadera” infidelidad sería si yo me involucrara sentimentalmente con ella. ¡Un clásico! Y si me involucraba solo sentimentalmente, creía que no era “grave”, pero era latente el riesgo y deseos de continuar a algo físico; además de estar usando de nuevo y por pedazos a las personas. Entonces, a punta de retórica, me las jugaba para convencer y salir bien librado. Aquí finalmente importa, reitero, el haber fallado al pacto que entre una mujer y yo teníamos. No importó a mis 14 años, no importa hoy a mis 28 y no importaría en mis años venideros que yo tenga una explicación del “porqué” lo hice. Fallé a lo acordado y ahí, como en toda situación humana, el tema se acaba.

Les llegué a decir que yo era capaz de ser infiel pero que yo las amaba. ¡Otro clásico! Y solo en esos momentos donde perdía esas relaciones y sufría, era cuando me cuestionaba un poco sobre el amor, sobre qué es eso, por qué esa verdad, por qué luchar contra lo que mi cuerpo

pide. Y me preguntaba: ¿esto es “natural”? ¿Será que la solución es “explorar” eso del poliamor y el amor libre?

Son preguntas que he venido abordando en otro plano más personal. Por lo pronto, mi conclusión y decisión es la verdad: no negarme, hablar, comentar con las personas, exponer mis experiencias y mi manera actual de verlo, porque verdad absoluta no habrá, pero sí acuerdos y elecciones. Y lo que hago hoy y con quien estoy, es una elección, una construcción.

El primer gran paso aquí es no repetir la historia, por más que me cueste, por más que me sienta peleando contra mí mismo en ocasiones y contra impulsos y vicios; por eso es un camino. Alguien ya dijo, con respecto al control de sí: los seres humanos no nos orinamos en el sofá. Porque no se trata de llevar una vida de aguante y cohibición porque “solo así seré bueno” sino de reconocer que los seres humanos tomamos unas decisiones y nos agrupamos de ciertas maneras con unas ventajas sociales y de supervivencia que, a este punto, acarrea también la razón junto con el actuar instintivo; podemos controlar el deseo y el acto de estar en pareja, y ser monógamo se inscribe bajo una decisión social, en la que como todo acuerdo humano, respetaré a todos los seres (incluyéndome), si respeto los pactos hechos entre ellos, incluso si no todos los entiendo o los comparto. También me identifico con la postura de Héctor Abad (2006) cuando afirma al respecto:

No le temo (...) a mis deseos más oscuros, ni me siento atormentado o culpable por ellos, y si he sentido después impulsos de atracción por [lo] prohibido, como la mujer del prójimo, por ejemplo, o por mujeres mucho menores que yo, o por las novias de mis amigos, no he vivido estas infracciones como un tormento, sino como las peticiones tercas, pero ciegas e inocentes en el fondo, de la máquina del cuerpo, que deben controlarse o no, según el daño que se pueda hacer a los demás y a sí mismo, y con ése solo criterio, más pragmático y directo que el determinado por una moral absoluta y abstracta (la de los dogmas religiosos) que no cambia según las circunstancias, el momento o la oportunidad, sino que es siempre idéntica a sí misma, con una rigidez dañina para la sociedad y para el individuo. (p. 144)

Así, hoy pienso de esta manera no por haber encontrado a la supuesta mujer perfecta, sino porque finalmente creo estarme entendiendo para poder decidir de manera consciente, porque no se trata de no tener ni un solo pensamiento “desviado”, sino de ser humanamente responsable y lidiar éticamente con ellos, sin mentir y sabiendo que en caso de descubrir que realmente esta manera actual no es la que quiero para relacionarme de manera sexo-afectiva con las personas, debo transmitir sin tardanza el mensaje, como acto de amor propio para mi

pareja y para mí. Y seguro todo estará bien. Ninguna mujer fue insuficiente, el incompleto era yo. “Perfectas” eran todas y con cada mujer con la que compartí en mi vida probablemente pude haber forjado una vida de compañía, pero resulta que yo he sido el primer imperfecto que, sin conocerse, se ha atrevido a conocerlas y ha actuado de manera irresponsablemente improvisada.

Durante mucho tiempo he peleado con mi propio ego. Además de constantemente ser “líder” y llamar la atención con gracia en mis círculos, es el ego lo que me ha hecho convencer de que sólo importo yo y que las otras personas, especialmente las mujeres están allá para celebrarme y darme de sí. Ejemplo de ello es creer que las mujeres sienten placer sexual gracias a mi presencia o mi actuar. Pero el cuerpo de ellas está primero. Es decir, si hay que hablar de un hecho, es que ellas sienten, y yo puedo ser, o no, un medio, un instrumento por el cual se llega al placer. Y no me estoy cosificando ni tampoco niego los vínculos románticos y pasionales que tienen los encuentros sexuales, me refiero a cuán grande ha sido mi ego al pensar que es por mí y a través de mí que ellas sienten y se realizan sexualmente. Y de esta manera, pude haber cometido muchas aseveraciones en sus vidas y haberme forjado unas maneras en las que percibo el encuentro sexual junto con los estándares corporales también aprendidos de manera errada. Es en este tipo de actos donde, como menciona Bonino (1999) puede haber crisis de legitimación de modelos sociales y tradicionales de masculinidad, porque cuando quitamos validación a la supuesta verdad de la naturalidad de la subordinación de la mujer, se nos generan desconciertos y conflictos internos a muchos varones (p. 8).

No niego los vínculos y las formas de interactuar que cada relación entre personas tiene, pero quizá una parte de mí manipulaba sus cuerpos y, con la penetración, simbólicamente también pude haber ejercido violencia simbólica y de poder; quizá reafirmaba el “ser hombre” cuando penetraba y recibía la aceptación (o creía recibirla), reafirmando al mismo tiempo que el sexo es, como lo consideré por años: heterosexual y coito-falocéntrico. Y no satanizo el pene en sí ni el coito, sino que cuestiono el acto simbólico errado que sucedió más de una vez; al respecto, Núñez (2016) afirma que el psicoanálisis feminista ya capturó de manera detallada esta diferencia que hay entre el falo y el pene (p. 26). El pene es el genital; el falo es el uso simbólico y social del pene.

Por ello, el simple hecho de penetrar podía tener más significado que el acto físico en sí, porque en una mente que cree que el mundo le pertenece y que alrededor del pene y la erección giran las relaciones románticas, penetrar es invadir el otro cuerpo, habitarlo, es sentir que se está adentro, es reforzar en gran medida el imaginario de superioridad y autorización sobre la otra

persona a través del acto sexual; pues como lo detalla Delgado (2020) el mandato masculino del rendimiento es una losa con la que cargamos desde siempre: tenemos que ser máquinas de follar disponibles, erectas y eficaces. El fallo no está permitido, y de nuestro pene y nuestro ímpetu depende la virilidad y, por ende, nuestra valía.

Así, fue mi intento por entender realmente el hombre que quería ser en mis relaciones románticas lo que me despertó el deseo por comprender qué y por qué había tenido comportamientos con ellas así durante mi vida. Donde no todo había sido un error, pero sí resaltando que estas faltas eran menos frecuentes que mi buen accionar, pero con mayores consecuencias en esas vidas humanas. Pasé luego a entender que esto sucedía debido a la falla en los pactos y estos a su vez, determinados por mi sentimiento de unicidad en el mundo, pues a través de mi existencia he tratado de imponer mi pensamiento en las otras personas desde el discurso y los hechos, llegando incluso a desestimar formas de ser de los demás porque no veían con la supuesta claridad que yo sí.

No importa que yo piense de tal o cual manera, no importa que me sienta más “mente abierta” que las personas con las que me he relacionado. Importa su pensamiento. E importa mi pensamiento en el marco de todos esos pensamientos juntos, porque tal como me lo dijo una de ellas alguna vez, yo debo entender que mis pensamientos, por más libres y claros que supuestamente sean para mí, pueden dañar las vidas de las personas. Y digo “supuestamente” porque luego de mucho tiempo, me he dado cuenta de que soy un tradicional disfrazado de progresista; en palabras he gritado libertad y en silencio me he sentido cómodo con lo que manifiesto discordia: la monogamia, la paternidad, lo tradicional y el pudor. Y parece ser que ha sido la vergüenza propia de no reconocerse como una persona “del común”, la que me ha llevado a tener diferentes facetas.

Quise contar mi historia porque a través de ella quiero entender cómo a partir del “todo lo puedo”, mi rebeldía, ciertas autorizaciones de mi madre, mis tíos, otros hombres, la sociedad en general y la aceptación a un grupo social, forjé ese “ser hombre”. Fue este “pensarme solo” y creer que estaba autorizado para actuar con libertinaje lo que primero fue una mentira en casa, luego una falta grave en el colegio y más adelante se convirtió en un constante mansplaining⁷

⁷ Varón que todo lo explica, en español; uno de varios “micromachismos” (también conocidos como “violencias blandas” o “pequeñas tiranías”; términos acuñados por Luis Bonino) que los varones exhibimos en la cotidianidad. Otros micromachismos, que no son para nada “micro”, podrían ser: manterrupting (interrupciones de un hombre al discurso de una mujer para dominar la conversación); manspreading (ocupación de más espacio físico con separación de las piernas al sentarse, más visibles en los momentos en los que se comparte asiento con más personas: transporte público, graderías, etc.). Aunque no comparto completamente el prefijo “micro” del término pues puede minimizar lo delicado de

(juntos con otros “micromachismos”) y el posicionarme como un líder y pareja verborrágica que convencía, al tiempo que se sentaba con las piernas bien separadas y ponía el pecho en alto en todo lugar y hacía creer a la otra persona que no había desventajas.

La interseccionalidad como enfoque, propuesto en 1989 por Kimberlé Crenshaw, señala que existen dominaciones y opresiones que se interrelacionan entre sí. Mi vida como varón puede ser un “ejemplo opuesto” a la propuesta de Crenshaw, pues en vez de ser una persona que sufre intersecciones entre diversas opresiones, he tenido intersecciones de variados privilegios. Cada día de mi vida, paralelo a mi crecimiento sensible y humano, se añadía un nuevo ingrediente a la preparación de un Julián macho, donde adicional a las condiciones proporcionadas con mis círculos cercanos (casa, familia y escuela), sumado a unas condiciones genéticas/evolutivas, el círculo público también me dio más energía para continuar en la cocción con unas ventajas al pertenecer a una clase económica al menos no pobre, al ser blanco (mestizo), tener acceso a cierto tipo de conocimiento y al no ser presionado socialmente a la sumisión.

Solo a mis 26 años recibí de mi madre el siguiente mensaje cuando se enteró que estaba saliendo con alguien: “manéjese bien con esta mujer”. Aunque apenas por estos días me encuentro desmenuzando y entendiendo cómo creo que es el amor y cómo ha sido la concepción del amor romántico en mi vida, ya sé que era necesario haber respetado y haber “sido juicioso” con todas esas mujeres en todos los momentos, incluso en aquellos donde los compromisos eran implícitos, pues también sucedió que excusé mi mal actuar en la no formalidad de las relaciones, eximiéndome de responsabilidad.

De nuevo, no vengo a culpabilizar a mi madre por haberme dado “tarde” el mensaje. Mi culpa total, desde hace 15 años tengo consciencia de ese actuar en el amor y he sido quien tomó cada decisión y quien hizo cada acto, y a su vez, quien recibía aprobaciones de personas diversas donde se me reforzaba la idea en que solo importaba mi bienestar, al precio que fuera.

No importó, entonces, dejar personas heridas en el camino siempre y cuando yo, al final del día, estuviera satisfecho y me pudiera lavar las manos con palabras. Apenas hace un par de años, con el mensaje de mi madre, me dio por preguntarme: ¿qué hubiera sido de mis relaciones, de esas personas y de mi sexualidad si hubiera llegado con más tiempo al “sea juicioso”, de manera no maliciosa, lo que traduciría en “piense en la otra persona”? El ser juicioso y hacer las cosas “bien” es tan subjetivo como cada concepción de vida y de amor, pero creo que forjé esa

dichos comportamientos, lo traigo a colación porque lo “micro” puede hacer no solo referencia a la dimensión sino a la cotidianidad de los actos.

parte de mi personalidad de una manera sesgada porque al final de cada día yo volvía a mi casa, llegaba a seguir siendo el príncipe, todo era como un juego o un performance, podía hacer lo que fuera, correcto o incorrecto en la calle con cualquier persona, pero nunca iba a perder tanto como para no tener al final mi casa, mi mamá y papá, mi fútbol, mis objetos, mis grupos, mi moto, mi dinero y mi “independencia”.

Por eso me era tan fácil estar y poner a mis parejas en un sube y baja de emociones y sobre todo de decisiones, porque iba decidiendo en el camino y sobre todo porque he sido un hombre privilegiado al que nadie le cuestiona su actuar, y si lo hacían, ahí estaba mi discurso y defensa sutil para tener la razón. Siempre. O por lo menos teniendo el ego suficiente para percibirme a mí mismo teniendo la razón.

Ya he mencionado que mi ego ha sido determinante a la hora de relacionarme con las personas, no solo en el plano romántico sino también en el familiar y de amistades. He sido una persona que se establece constantemente como líder, lo cual suele ser resaltado en las virtudes que las personas describen de mí; pero hoy desmenuzándome, siento que la necesidad de llamar la atención junto con el querer imponer mis pensamientos en esos momentos de “liderazgo” también me han y han hecho daño a las demás personas.

Varias personas (mujeres, como cosa rara) me han dicho en espacios de amistad y laboral algo muy similar, por lo que no es simplemente una opinión sino un patrón claro de comportamiento en mí. Por ejemplo, una de ellas me dijo que yo suelo decir al final de mis vehementes puntos de vista la siguiente expresión: “pues, pero cada quien”, aun sabiendo que ya con mis palabras había convencido (cuando no forzado); me lo dijo en un tono que no juzga y resalto el llamado de atención que me hizo pues mostró la manera sutil en que puedo manipular mi discurso para mostrarme democrático y hacer creer que de verdad considero que mi opinión es solo una de muchas más. De manera similar, dos compañeras, en dos momentos diferentes, luego de ser testigas de conversaciones corrientes con mis pares laborales, me manifestaron que yo tenía el poder verbal, la manera de enredar y ordenar las situaciones para que al final se hiciera lo que yo quería, mientras me aseguraba de creer y hacer creer que escuchaba a las demás personas y que era una decisión conjunta.

Por ello, considero que todo está entrelazado, pues, aunque las personas tengamos ciertos códigos de comportamiento de acuerdo con diversidad de situaciones y espacios, hay una esencia (socialmente construida también), visible sobre todo en esas pequeñas y no tan pequeñas violencias, que se mantiene en todo el actuar. Porque no solo minimicé parejas y fui un “diablillo” en casa, sino que oprimí a primos y primas menores, les ofendí y agredí con plena

consciencia; para ustedes mi perdón también, fueron pocas veces, pero muy certeras. Ustedes tampoco merecían recibir ese trato de mi parte y menos cuando de su parte solo he recibido amor.

Y aunque la mayor parte de este capítulo haya estado dedicada a la descripción de comportamientos que tuve con mis parejas, este proyecto y en general el pensar la manera en que se configuró mi masculinidad no se queda en el ser hombre que es pareja sino también en aquel que es amigo, hijo, primo, compañero, sobrino, vecino, ciudadano y en el Julián que tenga la posibilidad de ser papá. Mi decisión es buscar ser un buen hombre incluso si no me están mirando; hacer humor sin burlarme de las personas; ser menos líder, y si lo soy, serlo sin minimizar; ser humano sabiendo callar y no queriendo abarcarlo todo. Y cuando tropiece, poder ser consciente y decidir con amor, no odiarme por dudar, porque no quiero más ser ese hombre que parece ser reducido a un solo extremo: ser macho con todas las fuerzas o ser alguien ficticio.

Ya he mencionado que no suelo ser una persona físicamente violenta, suceso que no debería ser una rareza ni menos una virtud a aplaudir. Kaufman (1999) sustentaba que, aunque para muchos hombres la única emoción validada es la ira, no es esta exclusiva de los hombres ni es el caso para todos los hombres; y no son usuales las respuestas violentas ante el sufrimiento, miedo, inseguridad, rechazo o menosprecio (p. 4); por ello, no debo sentirme un gran ser diferenciado solo porque no me sienta incómodo ante la violencia en las películas y en la vida, o porque “no he sido tan malo”. Quiero seguir siendo ese varón sensible y despistado, que se ubica contextualmente, que previene, que sabe lo que ha hecho, que sabe que no hay tiempo ni espacio para todo, y que todo lo que mi ser realice, lo haga desde mi espontaneidad y sin querer manipular situaciones o personas con ello.

Quiero seguirme preocupando por tener una buena letra, seguir pintando con colores las cartas que realizo y cuadernos que decoro. Soy un hombre que quiso recolectar hojas de diversos árboles y las organizó con detalle en un álbum, me gustan las manualidades aun cuando no he hecho muchas, soy un preocupado por lo estético, quiero aprender a tejer y me gusta que, al adornar, las cosas combinen y que la belleza radique en lo simple. Quiero saber peinar, hacer trenzas y cortar cabello. Quiero seguir haciendo goles en las canchas de barrio. Espero seguir cargando en mi cosmetiquera los accesorios que necesito día a día, quiero cuidar mi lenguaje, quiero seguir manteniéndome cerca a mis personas y quiero seguir creciendo y acompañándome de otros hombres a la vez que sostenemos la promesa de crecer juntos como varones. Quiero seguir valorando momentos como aquel que tuve con uno de mis mejores amigos hace dos años: en medio de una caminata que realizábamos con más amigos y amigas, me sorprendió

entregándome una flor amarilla que él mismo había recogido, acto que me dejó sin palabras, pues no solo me sorprendía el hecho de recibirla espontáneamente de él, sino porque fue la primera vez que recibía una, aun cuando me gustan mucho y nunca se lo había compartido a nadie.



Sin olvidar, al tiempo, que todo esto del ser espontáneo, como ya mencioné anteriormente, parece siempre haber estado en tensión al ser un tira y afloje, ahora consciente, entre eso que de verdad me es natural y adopté de otras personas, y el riesgo de que sea algo que realizo buscando que se me exalte. Y esa exaltación, que no es mala en sí, es un riesgo de acuerdo con mi pasado, pues es difícil seguirme quitando esta capa de egocentrismo, y puede ser al tiempo una de esas “armas de conquista”, no solo románticamente hablando, sino desde las puntadas del ego, pues me ha encantado sentirme único y especial. Y ya sabemos que si hay algo que le guste (y haga daño) al ser humano, es esa necesidad constante de considerarse diferente y superior, otro sutil ejercicio patriarcal de poder, y de sentirse una versión mejorada de la persona promedio. Y entonces, es otra bestia a domar constantemente junto con la verborrea.

Todo esto es un poco el hombre que he sido. Luego de muchos años, he ido descubriendo que esto va más allá del llamado: “sea varón”. Vale la pena traer a colación una referencia sobre lo que nos “hace varones” de Magali Le Huche (2009) en su texto “Héctor, el hombre extraordinariamente fuerte”, donde un artista de circo muy fuerte y respetado, al que no le interesan los desafíos, luego de ser descubierto mientras hacía crochet sintió miedo a ser ridiculizado, por lo que “le temblaron las pantorrillas, sus bíceps se desinflaron y su bigote se estremeció (p. 29)”, minimizando, de forma sarcástica, lo que aparentemente es ser hombres: una suma de partes muy “varoniles”.

Por muchos años no solo asocié la masculinidad con la apariencia física de los varones de mi alrededor, sino que hubo una especial relación en mi mente sobre la virilidad y los vellos. Hubo un momento de mi vida, en mi adolescencia, donde comencé a sentirme muy preocupado por no tener vello púbico y en las axilas; creía saber que era tiempo de tenerlo, por lo que veía en televisión, en mis pares en la escuela y lo confirmaba en mis conversaciones con primos. Sentía que mi hombría no estaba llegando a tiempo. Lo mismo sucedió con mi voz: sentí que era tardía mi adquisición de una voz varonil. Me confundían la voz a veces con la de mi madre por teléfono y recuerdo fingiendo tenerla más gruesa para no pasar esa “atroz vergüenza” de ser confundido con una mujer, al tiempo que, cuando estaba compartiendo con personas frente a frente, me preocupaba por tragar de manera lenta y exagerada para que fuera visible, al menos un poco, mi pequeña manzana de Adán⁸. Hoy por hoy amo mi propia voz y la manera lenta en la que los vellos están llegando a mí, pero no es menor el recuerdo de aquellas épocas donde me sentía un varón a medias por no tener las características físicas que se supone debía portar.

⁸ Prominencia laríngea y visible externamente sobre el cuello, asociada a la madurez y engrosamiento de la voz masculina, especialmente durante la adolescencia.

Sucede que mi cuerpo al parecer produjo menos “características masculinas” de las que se esperan en un varón, por ejemplo, con la cantidad de vello corporal; aunque en principio fue conflictivo con la percepción de sí mismo, hoy es algo que me gusta. No termino de entender si es por amor propio y desinteresado de aceptarme como soy, o si también es porque ello ha alimentado un poco mi ego al haber sido descrito como un hombre “particular”. Además, recordemos, yo no tengo la presión de “tener que” estar con pocos pelos. Lo he confirmado con la “envidia” que genero, sobre todo en ellas, al ser un hombre lampiño, frente a la constante presión instaurada en ellas de tener que mostrarse lo menos peludas posible.

De nuevo, no es estar en contra de la depilación, como lo mencioné en apartados anteriores, sino en que ellas se sientan obligadas a hacerlo. Hoy en día me cuestiona mucho eso, porque creo que algunas personas hoy pueden estar haciéndolo porque quieren y porque así se siente mejor, pero creo que no será posible determinar cuánto de ese “querer” está construido individualmente y cuánto de ello está configurado en lo forzado, en todas estas veces en las que no hay opción porque eso es lo “normal”.

Sin embargo, esto lo dice el Julián de hoy, pues no vine iluminado con este tema. Durante muchos años de mi vida he sido cómplice y beneficiario de esta presión sobre las mujeres respecto a su cuerpo y sus vellos. El aprendizaje en mí vino después de la vergüenza. No hace muchos años mi cuerpo rechazó un encuentro sexual con una mujer que tenía más vellos de los que esperaba, y me sentí extraño, sabía que era absurdo, pero simplemente no pude continuar. Y digo que fue “mi cuerpo” y no yo, porque recuerdo haber tenido un conflicto conmigo mismo en ese instante: una parte de mí estaba entregado al momento y otra se detenía porque sentir una mujer con vellos era “indeseable”.

Es de utilidad traer el suceso, por más vergüenza que me cause recordarlo y contarlo, porque es el tipo de asuntos sobre los cuerpos y las vidas de las mujeres que instauré en mí sin saberlo; pues fui tan bombardeado con ciertas premisas del cuerpo femenino y con expectativas irreales (como la pornografía), que he sido el ejemplo perfecto de hombres que en varios momentos desean consumir cuerpos femeninos, ojalá lo más parecidos a una niña posible, o sea, sin vellos, sin estrías, con poca grasa corporal, sin imperfecciones, pulcros y como si tuvieran que estar pensados únicamente para nuestro placer y desnaturalizando la misma esencia corporal: real, con fluidos, con desgaste, con recorrido, con marcas. Así como las marcas e “imperfecciones” que yo también tengo. De nuevo, son ellas a quienes les va peor con estas inclinaciones en las exigencias, es sentirse más alejadas de estereotipos occidentales de belleza,

sentirse incompletas, tener que “arreglarse” diferentes partes de sí para poder ser normalizadas. Mujeres que en general primero son partes de su cuerpo y luego son personas.

No fue solo el haber sido bombardeado con información sexual irreal y exagerada sino el momento en el que la recibí. Creo que el momento en el que más y mejor educación sexual debí haber recibido fue el momento en el que empecé a tener más curiosidad por mi propio cuerpo y por el cuerpo de las mujeres. Ya en el Jardín Infantil “El Rebaño” a mis 4 años, una profesora había expresado de mí: “se interesa por las diferencias corporales de los niños y las niñas”, por lo cual no es sorpresa que todo este interés haya sido permanente en mi vida.

Hubo un hecho que expone de manera cruda por qué la necesidad de recibir educación sexual. Es algo que no se lo conté nunca a nadie. Me ha dado vergüenza desde entonces y hoy me causa incluso más. Y aunque en este trabajo no he querido jerarquizar los actos indeseados que he tenido sobre las demás personas, sobre todo mujeres, sin duda, este es el que mayor pena me causa. Incluso en este momento que lo escribo, empiezo a temblar un poco y siento algo en la boca de mi estómago. Yo inicié una violación a una niña.

Tenía alrededor de 11-12 años y al tiempo que empezaba a experimentar en soledad con mi cuerpo, mi cabeza era una bomba de curiosidad por saber cómo era el cuerpo de mi “contraparte”: la mujer. Mi mayor duda estaba en qué era y cómo lucía una “vagina”. Entre comillas porque realmente lo que deseaba conocer era la vulva completa, no sabía que la entrada de la vagina era tan solo una parte de la vulva. Hasta en el nombrar, mi educación sexual había comenzado a medias. En alguna imagen en la escuela o en una enciclopedia en casa había visto cuerpos dibujados de mujeres y en la zona de la “vagina”, solo veía una raya. Una raya igual pero más corta a lo que era, por ejemplo, una nalga o un pliegue corporal. Simplemente sabía que allí debería de haber algo más que una raya y que debería tener tantas partes interesantes como las tenía mi pene, que a pesar de ser dibujado en algunos libros como un simple “tubito”, en la vida real yo me lo miraba y descubría muchas particularidades, como también las encontré con mis testículos y mi ano, por más que este último poco estuvo explorado, porque “eso no se hace” y menos si eres hombre. No sé qué otros placeres me he perdido, pero nunca será tarde para ponerme al día si lo deseo.

Un día mientras estaba solo en casa, decidí tomar a una niña vecina, quien en su momento tenía alrededor de 3-4 años, para mirarle su “vagina”. Recuerdo que solo quería ver cómo era esta parte de su cuerpo tan misteriosa del cuerpo de las mujeres. La cargué, la entré hasta la cocina de mi casa e intenté comenzar a bajarle su ropa. Sin haberlo hecho porque ella trataba solo de salir a jugar de nuevo, percibí de ella un olor a popó. Y entonces eso me detuvo.

Me olía tan mal que sencillamente paré lo que intentaba hacer y salí con ella caminando de la casa, como si nada hubiera pasado y muy confundido.

De por sí lo que hice ya es atroz; pero me es incluso peor imaginar si, además de calmar mi supuesta curiosidad, se me hubiera antojado o aumentado la curiosidad de tocarla, meterle un dedo en su vagina o quién sabe qué más. Me inquieta mucho pensar en lo que hubiera hecho si era descubierto, pues la puerta de la casa no la había cerrado, o qué hubiera hecho si ella gritaba o lloraba, lo cual era una opción por más que yo tuviera claro que lo que iba a hacer, lo haría sin supuesta incomodidad, pues solo pretendía ver.

Perdón para esta niña. Perdón para todas esas otras mujeres con las que compartí cuerpo, tiempo y espacio; perdón por todos aquellos momentos en que una palabra, una ausencia, una presión y una repetición hicieron que las dañara aunque fuera de manera sutil o cuando el daño no se hiciera inmediatamente visible. De todas recibí solo amor y presencia. Gracias por todavía estarme enseñando, aun cuando no sea su responsabilidad hacerlo. Perdón especialmente para ti, Sando.

Recordar este suceso con la niña, en el marco de todas las otras invasiones a las vidas de las mujeres, me pone a pensar sobre la educación sexual que recibí. Y de nuevo, no vengo a culpar a la escuela ni a papá y mamá. No hay excusa para lo que hice, pero creo que podría haber luces a una explicación si pienso sobre cómo todos estos pensamientos, dudas y actos configuraron también mi manera de entenderme como hombre y de comprender los cuerpos. Me avergüenza saber que efectivamente hemos sido potenciales violadores, y no por naturaleza sino por construcción social. Y si hay culpa, es conjunta.

Recuerdo que, por la misma época, y quizá como intento por introducirme en este mundo “real” de las relaciones con mujeres y como parte de la “educación sexual y de pareja” que recibiría en casa, mi papá y mi mamá me regalaron el libro “Me dicen Sara Tomate” (de Jean Ure). Este libro marcó el inicio de mi adolescencia, pues lo que el libro describía se parecía mucho lo que empezaba a sentir y abordaba dudas similares a las que empezaba a tener con amigas de mi misma edad en mi unidad residencial. El libro aborda la vida de un preadolescente que se siente diferente a los demás, al que le comienzan a gustar las chicas, que escribe poesías, que empieza a enamorarse por primera vez y que se muere de ganas por dar su primer beso.

Al mismo tiempo, empecé a descubrir canales con pornografía que se filtraban en la parrilla de televisión por cable, por lo que se veían borrosos. Sin embargo, eso poco que alcanzaba a verse era más que suficiente para tantas dudas y tabú frente al cuerpo de las mujeres y frente al sexo. Ha sido curioso como en redes sociales he descubierto que esta misma

situación con los canales porno filtrados, fueron también el primer acercamiento visual de muchos hombres a la sexualidad alrededor del mundo.

En mi paso por diversas escuelas, dos privadas y una pública (y mixta), fui testigo de cómo la educación sexual se reducía a elementos escueta y esporádicamente hablados: imágenes un tanto irreales de los aparatos reproductores del macho y la hembra humana y sus cambios físicos, *condonización* (creer que repartir condones es educar sexualmente; con el pene nuevamente como centro) y a los “asuntos de mujeres” como el embarazo y la menstruación. También atestigüé como se nos invitaba a “cuidarnos” del sexo y sutilmente se nos decía que era mejor si incluso lo evitábamos, al tiempo que nos mostraban horribles imágenes de enfermedades de transmisión sexual (ETS), que, si bien son una realidad y un tema delicado, creo que lo que pretendían (infructuosamente) era satanizar la sexualidad, un asunto en el que sí o sí íbamos a experimentar. Siento que se desaprovecharon oportunidades maravillosas de acompañamiento.

Tampoco recuerdo haber sido educado sexualmente para el disfrute ni para compartir mi cuerpo de manera responsable con otras personas. Vine a conocer qué era una vasectomía y la próstata casi a mis 20 años. A los hombres no nos dijeron mucho más que “usen condón”, tanto por el asunto con las ETS como por la otra “peor tragedia posible”: el embarazo. A ellas en mi época se les habló un poco de la menstruación, la responsabilidad que tenían en planificar (como si se embarazaran solas. Solo una mujer en la historia universal concibió sin intervención de un hombre, y ni siquiera pudimos comprobarlo) al tiempo que se les invitaba a la abstinencia e incluso se les hablaba de las grandes virtudes que tendría la “virginidad” (absurda palabra, por cierto); y de todo esto, en su momento, yo estaba convencido que no tenía que ver conmigo. Por más que ellas tengan útero, todo esto es otra muestra de *exigencias inclinadas*.

Desde muy joven en la escuela, pero sobre todo en casa y en mis familias, me dijeron que lo más grave que podía pasarme era dejar a alguna mujer en embarazo. Algunos tíos me decían “pase bueno, hijo, aproveche. Pero eso sí, cuídese”, pero no de las ETS, de no herir a otras personas o de mi estabilidad emocional, sino de embarazar, porque eso sería “tirarse la vida”. Es curioso, sin embargo, como primero algunos hombres te estimulan a comportarte de alguna manera, casi como queriendo decirme que “disfrutara” eso que ellos no pudieron, pero luego, conforme también ellos maduran sus posturas, te hacen reclamos.

Recuerdo que un tío hace poco me hizo una pregunta en tono de chiste y de reclamo por el hecho de haber presentado a la familia a tantas novias diferentes. Ya he mencionado lo incorrecto que fue a veces el haber compartido con mujeres a diestra y siniestra, por lo que en

el fondo alguna parte de su interpelación era acertada. Sin embargo, lo que quiero resaltar en este momento es cómo ese mismo tío que me cuestionaba de manera burlona delante de muchas personas, fue el mismo tío que durante años me dijo que “pasara bien bueno, que no fuera bobo y que fuera inteligente”.

Gran parte de mí ser también ha tenido claro qué hombre no quiero ser, por lo que en ese momento me vi tentado a responderle, pero me contuve para no entrar en discusiones y no armar un pequeño escándalo familiar. Me detuve solo a mirarlo, a hacer un sutil gesto con mi cabeza de lado a lado haciendo un “no” y para desahogo propio, ordené en mi cabeza la respuesta que hubiera querido darle pero que nunca autoricé a mi boca salir: “tío, vea, yo voy a experimentar mi relación de pareja con cuanta mujer sea necesario con tal de no repetir historias como la suya: una persona que se muestra infeliz con su esposa, que comparte porno del más asqueroso con otros hombres por WhatsApp y que tiene un hijo por fuera del matrimonio el cual ni siquiera le habla porque se avergüenza de su papá”.

Así, no es solo la escuela y el hogar quienes te educan (o no) sexualmente. Por ello, el reclamo también va para toda la sociedad, pues la casa y la escuela, si bien ayudan a forjar personas, son al mismo tiempo muestra de lo que somos como humanidad y cultura específica. Nos debería de decir mucho, por ejemplo, un sistema en el que la mayoría de anticonceptivos hormonales (con bastantes y conocidos efectos secundarios) están diseñados para las mujeres, aun cuando ellas solo pueden quedar en embarazo unos días al mes y por menos cantidad de años (aproximadamente por 40 años); y, en contraparte, a nosotros que podemos embarazar todos los días y por más años (aproximadamente por 70 años) y hemos sido menos responsables con el uso del cuerpo, no hemos tenido que lidiar con invasión hormonal. *Exigencias inclinadas* por aquí y por allá. Sobre ellas ha caído la responsabilidad y sus cuerpos han sido laboratorios de análisis. Sobre el varón hay una capa de supuesta perfección y no fallo que ha hecho que se dé por sentado que, si algo falla, es culpa del cuerpo de la mujer. Apenas por estos años se empiezan a equilibrar un poco las cargas en investigaciones sobre fertilidad a nivel mundial y productos anticonceptivos para los cuerpos biológicamente machos.

Durante mi adolescencia me creé unas verdades basadas en la duda, en los comentarios de mis compañeros de colegio que a su vez estaban especulando, exagerando y parecía más un juego de exhibirnos machos, concedores con experiencia y de mostrar que se tiene la razón. Para mí la masculinidad va de la mano con la educación sexual porque desde mi adolescencia sentí que mi “deber” como hombre era cortejarlas y hacer esfuerzos para “tenerlas”. Como varón debía tener sexo por primera vez lo más pronto posible, así fuera solo para poder decir que lo

había hecho. Pero mis compañeras en esa misma época lo vivían de manera inversa: una mujer mientras más “santa” y menos sexual fuera, mejor, más “cotizada” estaba para un hombre (o por lo menos debía lucir así). Un hombre tenía que alardear de su recorrido sexual así fueran invenciones; una mujer, si ya tenía ese tipo de experiencias, debía hacerlo casi que en silencio, porque se solía lucir como indeseado que una mujer haga y hable de eso, sobre todo a “esa edad”, como si solo se alabara el goce sexual de ellas mientras haya sido yo el hombre con quien lo disfrutaba.

Durante décimo y undécimo grado, para seguir ejemplificando, dos compañeros y yo hicimos una “apuesta”: el que primero tuviera sexo. Era como una obsesión. Yo ni sabía bien qué era el sexo, el coito, el cuerpo de las mujeres, y ya estaba obsesionado con “botar cachucha”⁹, y como había tenido una deficiente educación sexual, ni siquiera sabía que, debido a estar circuncidado, yo ni “cachucha” tenía. Compartíamos la supuesta vergüenza de tener 15-16 años y no haber penetrado ninguna vagina. Porque eso seguramente nos iba a hacer más varones. Y si alguno de los 3 lo hubiera “logrado” durante ese período de colegio, automáticamente hubiera seguramente pasado a ser el macho referente del grupo. Hace parte de un juego con reglas perversas, donde según yo quiera venderme, oculto o invento partes de mi sexualidad, pues no quiero correr el riesgo de ser tildado de “bobo” sin experiencia y porque a las mujeres se les tratará de putas si se sabe que lo han hecho o si tan solo hablan tanto de sexo como un hombre promedio. Se parecía mucho a la obsesión que tuvimos muchos de nosotros con “conquistar” a la mayor cantidad de mujeres (como la vez que en un día me besé con tres mujeres y me sentí el ser más poderoso del mundo) o aquel clásico de medirnos el pene. Apenas estaban nuestros cuerpos madurando y ya estábamos bombardeados desde diferentes medios con supuesta relación entre pene y hombría, nos convencíamos de que en ese pedacito de carne radicaba el ser y sentirse varón. Y vaya que sí dura esa idea.

Aunque no ha sido un vicio en mi vida y lo he consumido muy poco, creo que la pornografía nos dañó mucho. Además de mostrar relaciones sexuales incómodas, falocitocéntricas, de mostrar violencias y cosificación de cuerpos (especialmente los de las mujeres), de exhibir cuerpos irreales y reforzar estereotipos de belleza, formas y “tamaños”, tuvimos acceso justo en la etapa crítica donde se normaliza lo que se ve. En mi caso, creo que llegué al porno más por el morbo, por ser prohibido, por la curiosidad y el cuchicheo en las escuelas, que por un deseo inmenso de consumirlo.

⁹ Tener un supuesto cambio físico en el prepucio y glande del pene al tener la primera relación sexual con coito, en el argot colombiano.

El contenido pornográfico se ha actualizado con sitios donde se vende con apertura, “pulcritud” y “decencia”, por ejemplo, desde la idea en la que solo hay contenido subido por personas y parejas que así lo desean, atisbando otro problema: terminan instalándose allí, recibiendo más atención y finalmente perpetuando estereotipos, aquellas parejas hegemónicas con prácticas tradicionales y con estéticas y formas corporales que tienden a paradigmas occidentales de belleza. Existen también variedad de sitios donde todas las personas tienen condiciones laborales dignas, donde se paga por ver, donde hay consentimiento hasta para la práctica sexual más mínima, donde se apoyan luchas contra la trata de personas, donde se propende por no incluir escenas de humillación por más que estén actuado, donde hay un constante chequeo de ETS a todo el personal, donde se muestra el lado real y humano de las personas participantes, donde se normalizan todo tipo de cuerpos, formas y prácticas diversas, donde hay más estética que sexualidad y donde no todo gira en torno a la genitalidad. Aunque pueden verse como “avances”, aún tengo conflictos y dudas respecto a estas nuevas formas y no termino de entender si hacerlo diferente es una ganancia en un mundo que sí o sí va a continuar consumiendo pornografía, o si por el contrario la lucha debe ser de manera radical y permanente, donde no hay cabida para disfraces con un “porno ético”.

Tampoco estoy seguro si con un mundo hipersexualizado como este y con menos tabú las niñas, niños y jóvenes van a tener más o menos sexo que sus generaciones predecesoras. Es un campo de estudio que recién se indaga y cuyas variables geográficas y culturales impiden aseveraciones globales. Sin embargo, considero que mientras más se normalice y se excluya de la lista de “lo que no se puede hablar”, menos demonizado estará. Creo que afortunadamente por estas épocas se empieza a abordar la sexualidad como una arista más en los actos humanos, aunque con tanto acceso a pornografía y cosificación de personas, puede ser arma de doble filo. De todas maneras, reclamo por una educación sexual real, sin eufemismos, humana y respetuosa. De lo contrario, seguirá siendo “lo prohibido” y el porno quien eduque sexualmente a nuestras generaciones. Parafraseando el comercial del Salón erótico Barcelona (2018):

Del porno has aprendido cómo, cuándo y por donde meterlo. En una sociedad sin educación sexual, el porno es tu libro de instrucciones. Pero resulta que con ese libro de ficción no solo has aprendido a follar. También has aprendido que alguien con un escote tiene hambre de pene, que sin arcada no hay mamada, que una mujer ebria es una oportunidad, o que si ella no opone resistencia entonces no es una violación. El porno más machista seguirá siendo la única clase de educación sexual a la que asistirá tu hijo y tu hija. Y mientras siga así, seguiremos fabricando violadores en manada, seguiremos

acumulando minutos de silencio y seguiremos estando en manos de jueces que creen que una violación es un jolgorio sexual. En una sociedad sin educación sexual, es obligatorio que el porno y la educación sexual cambien.

7. Redonda omnipresencia

“Se juega como se vive”

César Menotti

“Hay algo de magia -y de ilusión y de ilusionismo y, también, de truco y de trampa- y hay bastante de belleza en el fútbol”

Pablo Alabarces



Mi familia y la escuela se establecieron con el tiempo como las dos principales entidades de socialización que ensamblaron, reforzaron y pulieron el varón en el que me convertía. Y junto con ellas: mis pares, la calle, los medios de comunicación y un deporte representado por la redonda omnipresencia: el fútbol.

Cursando la primaria recuerdo que participé de los torneos interclases, torneo donde el fútbol era el deporte rey. La mayoría de los alumnos queríamos jugar fútbol y hacer goles. Desde el colegio amé sentirme admirado también por mi desempeño futbolístico e incluso fue allí donde empecé a recibir felicitaciones físicas con medallas y trofeos. Y no tardé en hilar el “ser ganador” con un “ser hombre exitoso”.

Paralelo a los goles que intentaba marcar en el colegio, en unos arcos metálicos blancos gigantes, yo en casa intentaba marcar otros goles en otros arcos y una contrincante diferente: mi mamá. Juntas rellenábamos un pedazo de sus medias veladas con trapos y trozos de ropa, dándole forma circular y asegurándonos de estar bien atada. Cuando tenía una forma algo similar a un balón, cortábamos el resto de media sobrante y empezaba el partido en la sala-comedor. Esta casa de dos pisos, en Belén Rincón, es el lugar donde hemos vivido ella, mi papá y yo durante más de veintidós años.

Uno de los arcos de este terreno de juego era la entrada a la cocina, es decir, el espacio entre dos paredes; el otro era una silla cuyo ancho era similar al primer arco. Nos descalzábamos y los partidos empezaban, sin más jueces que nosotras mismas. Muchos de esos partidos con mamá, en las noches, debían ser reservados de gritos y carcajadas, porque mi papá solía estar dormido ya que cubría turnos nocturnos. Pero no era impedimento para la diversión, pues además del ánimo natural que ya generaba jugar esos partidazos con mi mamá, el solo hecho de tener prohibido reírse duro, le daba un toque aún más bello: aguantarse carcajadas o tapárselas con un cojín de la sala.

Hoy en día, no importan los resultados de esos partidos con ella. Aunque ella, muy segura de sus recuerdos, asevera: “cuando Julián era más chiquito lo dejaba ganar y me dejaba hacer goles. Más grandecito sí no, ahí no me daba pesar”. Me formaba competitivo y empático. Y yo no lo sabía.

Fueron estos dos espacios de partidos de fútbol los inicios de un amor (i)lógico por este deporte. No he sido gran hinchada de equipos, detesto partes del fútbol moderno, no me gusta vestir sus camisetas y, aunque en casa me invitaron a ser hinchada de Nacional, fueron pocas las veces que fui al estadio a través de los años; tampoco disfruto hoy en día toda la farándula y acaparamiento en redes de los futbolistas. Soy un amante al deporte. He sufrido, no tanto por fracasos de clubes profesionales, sino por derrotas de equipos donde yo jugaba y, aún más, con las lesiones que he tenido y me han obligado a parar. Amo este deporte, aunque no entienda del todo cómo fue que llegué a él, o si él llegó a mí a través de mi mamá.

Ella me llevó al estadio, al ser servidora pública tenía un permiso de entrada incluso al terreno de juego y tengo recuerdos de estar allí sobre la grama del “máximo escenario del fútbol antioqueño”, el estadio Atanasio Girardot con figuras de Atlético Nacional. También recuerdo que mi madre me llevaba al DAS¹⁰, su sitio de trabajo, cuando las plantillas profesionales de equipos profesionales locales debían hacer diligencias de migración y allí también tenía contacto con ellos. Mi mayor memoria es con Camilo Zúñiga, jugador que pasó por la Selección Colombia quien me pidió el favor de comprarle una tarjeta de recarga para su celular. Yo no creía en nadie, lo miraba hacia arriba y me sentía único.

Las veces que iba al estadio, nunca me sentí cómodo del todo con tanta palabra vulgar. Ya sea desde los cánticos por defecto o los insultos narrados en vivo. Allí fue donde entendí lo que es el amor ciego y que el ser humano cree tener razón siempre. Si su equipo recibe una agresión, sea cual sea, es falta sin duda. Si el otro equipo recibe lo mismo, por defecto es mentira y el jugador contrario está fingiendo. Allí entendí del todo que el mayor insulto a una persona es decir que su madre es una puta, o que se es hijo de una puta. La palabra “hijueputa” la escuché en mis familias, escuela y calle con frecuencia, pero fue en el estadio donde comprendí que tenía que ser muy ofensiva puesto que miles de personas la podían cantar al tiempo para herir a alguien: generalmente a un jugador del equipo contrario o a un árbitro.

En el estadio me sentía incómodo porque, además de parecerme raro que el acceso fuera tan costoso, me ponía a pensar en qué podía estar sintiendo un árbitro en un sitio de trabajo donde por defecto te insultan ambas hinchadas y quizá hasta los mismos jugadores. Luego pensé que qué tipo de mundo era este donde era odiado, por defecto, alguien que hacía más justo el juego. Además de “hijueputa”, el otro insulto, que no por casualidad también evoca lo femenino, es maricón, y sus similares: loca, nenita, loquita, chillón, delicado. Y al igual que a mí me lo dijeron cuando pedía que en vez de darnos duro en la cancha nos dedicáramos a jugar porque a eso era a lo que íbamos, allí en el estadio también escuché frases como: “si va a llorar vaya juegue Play”, o “vaya entonces juegue con muñecas”.

Luego, hastiados del insulto referente a lo femenino, venía ya otro más filosófico y en otro grado de intención de minimizar: “no existís”. El fanatismo y los excesos que allí veía de drogas, alcohol, multitud de varones y sentimientos encontrados, fueron los que quizá no permitieron tenerle amor al estadio, luego a los equipos profesionales y finalmente al deporte en su forma comercial. Dice Alabarces (2014) que:

¹⁰ Departamento Administrativo de Seguridad. Hoy extinto, el cual tuvo funciones similares a la Policía, Fiscalía y asuntos migratorios.

La cultura futbolística está basada en una serie de representaciones bastante cristalizadas, casi inmodificables: por ejemplo, que es una cultura masculina y que está reservada a los hombres (...) otra de esas representaciones es la que afirma que los hombres nacemos sabiendo jugar al fútbol: que aquel que no sabe es el sujeto excepcional, el marcado, el otro, el que debe ser señalado y expulsado del mundo de los 'normales'. (p.17)

Fue con el fútbol donde también se reforzó un tanto el mandato homófobo y misógino, pues cuando se quería ejemplificar una paliza o narrar una humillación de un jugador o un equipo sobre otro, se decía en los medios y en las canchas: "se los culiaron", "la tienen adentro", "se los llevaron de culo". El culo parece ser uno de los puntos de definición de la masculinidad. Y tenemos un gran asunto pendiente con el culo, pero de eso no se habla.

Paralelo a esta incursión al amor por el fútbol, recuerdo dos castigos en particular que recibí por parte de mamá y papá luego de fallas en la escuela. Sabían cómo sacudirme, y lo hicieron. El primero, donde de un solo acto me fue quitada toda posibilidad de entretenimiento: teléfono fijo, televisor, salir a la calle, jugar Play Station y dejar de asistir a mis entrenamientos de fútbol. Recuerdo mi rabia y confusión, no podía creer que me habían quitado todo de mi vida; pero había uno de ellos peor que los demás: el fútbol, me parecía inconcebible que me lo restringieran.

El otro castigo es aquel, que no puedo negar, guardo con algo de rencor. Me es confuso todavía pensar en ello y sé que luego de este suceso, algo en mí cambió. No he entendido exactamente qué.

Año 2001, final de la Copa América que se jugaba aquí en Colombia (y la cual ansiaba ver), y debido a un acto mal hecho seguramente también en la escuela, mi castigo fue no poder asistir al encuentro familiar donde veríamos ese partido. Pero no fue solo eso. Además, se me asignó una cantidad numerosa de planas a realizar (castigo común en mi infancia y preadolescencia) al tiempo que papá y mamá sí asistían al evento en familia. Finalmente, y para asegurarse de que yo no viera el partido, cerraron la puerta de la casa con llave y mi papá se llevó un cable sin el cual el televisor no funcionaba. Y además del susto, confusión y rabia que tenía, recuerdo el momento también por su crueldad, pues yo escuchaba gritos derivados de las jugadas del partido desde las casas vecinas. ¡Mis vecinos también me castigaban! Pero tenía muy claro que, ante cualquier intento de evadir mi castigo, me iría peor, por lo que simplemente me dedicaba a seguir haciendo las planas al tiempo que me imaginaba cómo era cada jugada narrada por los gritos de mis alrededores.

Al tener alrededor de 13 años el fútbol ya era algo tomado más en serio en mi vida, pues entrenaba y competía en uno de los mejores clubes de la ciudad y mi compromiso era completo. Lo empezaba a ver como algo más que entretenimiento y ya tenía instaurado en mí el deseo de ser “como uno de esos futbolistas de la televisión”.

A mediados de los 14 años empezó un nuevo período escolar para mí en el establecimiento educativo San Roberto Belarmino. Tengo recuerdos vagos de mi hogar porque si bien sentí a mi mamá rendida con mi comportamiento en el colegio y a mi papá alejado, no recuerdo que me haya faltado techo, comida, amor y acompañamiento. Por esos mismos días y, gracias a tanta sacudida en mi vida, dejé el fútbol, quizá por ser esta la segunda y tan grave expulsión de un colegio. Llegar a esta nueva institución no me fue fácil, primero por ser a mitad de un año lectivo y segundo porque recuerdo ser recibido como alguien “diferente”, un muchacho que viene de un colegio privado y posiblemente es muy “puppy”¹¹. Recuerdo haber tenido inconvenientes con hombres probablemente causado por el supuesto “instinto natural” de la amenaza ante un individuo nuevo (lo cual se parece más a otra construcción social); afortunadamente no pasó a mayores y tuve una llave con la que abrí puertas: el fútbol.

Tiempo después, a mis 17 años, retorné al fútbol competitivo y formal en el equipo de fútbol de la universidad avanzando entre categorías y torneos hasta los 24 años. Esos años de cursar inicialmente la Ingeniería y luego la Licenciatura fueron muy activos y exitosos, llenos de fútbol competitivo, de cursar muchas asignaturas y de pasar la mayor parte de mi tiempo en la universidad. Allí comía más de 3 veces al día, entrenaba fútbol, me bañaba por segunda vez, estudiaba en la biblioteca y descansaba en sus espacios. Mi vida era entre la facultad, mi computador y la cancha de fútbol del Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid.

En este equipo universitario muchas veces intentaban hacer mofa de mí porque caminaba de una manera particular, según ellos “elegante” o “afeminada”, y porque me gustaba la música de Ricardo Arjona, un artista que según el imaginario colectivo le gusta sobre todo a las mujeres y le canta, sobre todo, al amor y lo romántico. Un jugador de fútbol competitivo y la “música de mujeres” les era atípico. Incluso sucedió algo bien particular: salí en un video oficial de este artista internacional, pues había asistido con mi pareja del momento a un concierto que se realizó en la ciudad. Sin saberlo, allí se hicieron tomas de personas asistentes y yo, que había realizado una buena inversión para estar en las primeras filas, fui filmado cantando apasionadamente una de sus canciones. Fue una total sorpresa verme cantando y más en un video oficial de mi artista. Fue nuevo y muy especial para mí.

¹¹ Anglicismo comúnmente usado en Medellín para describir a alguien de clase económica alta.

Sin embargo, los intentos de burla no se hicieron esperar: un compañero del equipo de fútbol en tono de risa me dijo que yo acompañaba a mi novia al concierto y que seguramente ella (una mujer “mandona e histérica”, por defecto) me había obligado a ir. Y hubo silencio incómodo acompañado de una sutil sonrisa de mi parte, cuando les conté que era ella quien me acompañaba a mí.

Este mismo equipo de fútbol siempre me reclamó más. Quedé en deuda con ellos porque además de no ser uno de los más talentosos jugadores (de hecho, siempre me sostuvo la constancia, disciplina y puntualidad, más que mi talento) siempre me pidieron ser más “malo”. Y traigo a colación de nuevo el suceso en el que mi papá, alrededor de mis 11-12 años, en un torneo también de fútbol, durante el entretiempo me dijo: “no se deje pegar. Y si le pegan, péguete también sin que lo vean”. Me recuerdo confundido, porque no me cuadraba primero la idea de agredir físicamente a alguien y segundo, era contradictorio que mi papá me estuviera diciendo eso ya que nunca lo vi pegándole a alguien.

“Juli, vos ya te ganaste el cielo, vos sos una persona ni la hijueputa de buena, pero tenés que ser más malicioso, más vivo”, me decían mis técnicos y compañeros en El Poli. Y me recuerdo intentándolo, siendo “cochino”¹² en los partidos porque sentía presión. Alguna vez respondí fuertemente a un contrincante y aunque no lo agredí de manera física (afortunadamente), sí respondí verbalmente fuerte y lo enfrenté, o mejor, como dirían mis pares: “me le paré en la raya y no copié”, algo que era raro en un jugador como yo. Mis compañeros y cuerpo técnico me lo celebraron. Y no lo volví a hacer, aunque supiera cuál era el precio. Esta vez y muchas otras, sin embargo, me salí de casillas, sentí frustración, maldije, insulté y hasta me vi tentado a patear objetos. Así, no fui ni soy una persona fría en la cancha quien no se trastoca por momentos calientes del juego, solo que parece ser que es muy atípico mi comportamiento en cuanto a no tomarme las cosas de manera personal y de involucrar el daño al cuerpo (propio y de los otros) por motivo de un partido de fútbol, lo cual puede ser otra de esas huellas que, aun sin saber cómo fueron exactamente forjadas, demuestran una manera diversa de asumir el fútbol y mi propia masculinidad, pues una parte de mí nunca estuvo (y probablemente nunca estará) de acuerdo con la agresión verbal y sobre todo física a una persona incluso si eso compromete el modo en que me perciben como varón. Quizá he *traicionado el patriarcado* un poquito desde la manera de jugar fútbol.

¹² Así se le nombra en el argot antioqueño a aquella persona que es agresiva, ventajosa y mal intencionada al jugar.



Además de escupitajos y agresiones físicas dentro del campo de juego con el equipo Universitario en diversos torneos, era común encontrarme con agresiones verbales también, todas, haciendo una constante alusión a la superioridad de quien insulta y a la minimización y burla del insultado. No importa quién fueras y qué hicieras, siempre había espacio para ello. Si estudiabas en una universidad privada, se te burlaba porque eras un “bruto que no pasó el examen de admisión a la universidad pública”; si eras de una pública, entonces eras un “pobre muerto de hambre que tenía que jugar por necesidad”; se indagaban constantemente quién ha sido más exitoso con preguntas maliciosas como “¿en cuántos equipos has jugado? ¿En qué estadios has jugado? ¿Ya cantaste un himno y te televisaron un partido? Y claro, no faltaban las alusiones al culo y a lo femenino (especialmente con referencias a la madre, hermanas y pareja) como sinónimo de insulto.

Del mismo modo, la manera en que era visto como jugador de fútbol influía enormemente en mi propio desempeño y estabilidad mental. En los equipos donde no encajaba por no ser ese

jugador fuerte y “metelón” que esperaban y sobre todo necesitaban que fuera, generalmente terminaba teniendo inconvenientes de rendimiento y no daba lo bueno que tenía; allí por la constante presión, el sentirme observado y finalmente al ser un extraño que no es como se pide, hizo que mi mente pensara mucho (más de lo que lo suele hacer en todas las esferas de mi vida) e hiciera que mis actos fueran torpes. Entonces era un círculo vicioso: no me desempeñaba de manera ideal por no “meter güevas” (una vez más la masculinidad asociada a los genitales) y ser malicioso en la cancha, se me criticaba esto porque “donde vos fueras más vivo, Juli, serías incluso mejor jugador”, lo que llenaba mi mente de cuestionamientos que llevaban luego a una desconcentración total en algunos partidos y hasta entrenamientos, y que influyó finalmente en la manera en que yo rendía allí. Como diría Kaufman (1989) “si la masculinidad es una cuestión de poder y control, no ser poderoso significa no ser hombre. De nuevo, la violencia se convierte en el medio para probar lo contrario ante sí mismo y ante otros” (p. 4). Confirmé esto cuando en equipos donde no tenía tal presión, o al menos no tan directa, mi rendimiento, mi liderazgo, tranquilidad mental y felicidad al disfrutar lo que se hacía era mucho mayor, sin presiones, sin ser “incompleto” y compitiendo en un deporte de contacto, pero de la manera “tranquila” y competitiva que me gustaba.

En otra ocasión me sacaron tarjeta roja en un partido, a criterio mío y de muchas personas, de manera injusta. “Eso dicen todos”, deberá estar pensando usted, persona lectora. Y la entiendo. No podía creer dicha expulsión, pero igual abandoné el terreno, como dicta la regla. Al ser este un partido contra la Universidad de Antioquia, por ende, con gran expectativa y al ser considerado como el “clásico del fútbol universitario en Antioquia”, los nervios estaban sensibles para todos los actores del juego. Así, el juez reportó mi falta como violenta y tuve ocho fechas de sanción. Sí, ocho. Era aún más increíble, yo sentía que estaba pagando algo. Todo esto para narrar que me convertí en un chiste en el equipo de fútbol y por ahí derecho, en toda la Facultad de Educación Física de El Poli. Mis compañeros y profesores del equipo decían algo como “Julián Segura, imagináte, ese hijueputa que es un santo, que ya tiene asegurado el perdón divino, hizo una falta y le metieron ocho fechas. ¡No no no, ese sí es muy de malas! Tanta nea y pegón que hay en el equipo, y le meten a él esa sanción. Es que uno se imagina eso para cualquiera, menos para él”.

Ese mismo equipo metía presión a quienes no encajábamos en el estilo de futbolista común en esa universidad y constantemente éramos cuestionados quienes nos preocupábamos por obtener más que la nota mínima para aprobar asignaturas, quienes no tomábamos licor frecuentemente y rumbeábamos cada fin de semana, que no teníamos cierto tipo de motilado,

que no vestíamos de tal o cual manera, que no éramos escandalosos y que no hacíamos broma pesadas. El paso por este equipo hizo que entendiera que no todos los hombres somos del todo “masculinos” o como lo sentencia Núñez (2016) “no lo somos de la misma manera; todos, sin embargo, somos afectados por ese dispositivo de poder de género” (p. 20). Y del mismo modo en que parece ser que “en este país si odias el fútbol no eres man” (Matiz y Hoyos, 2017); también parece ser que, aunque en diferentes niveles, ser hombre es sinónimo de poder. Y un varón sin poder y sin sobresalir, luce como incompleto.

Años después de mi paso por la universidad, siguen sucediendo situaciones similares. Un compañero recientemente me dijo, durante un partido, que yo me pongo del lado de los otros cuando van perdiendo, que no lo quiero ver “llorar” y soy muy “madre”. Qué interesante esa expresión “madre”, pues deja preguntas en el aire sobre lo que hay en la conciencia colectiva acerca de lo que hace o “debe hacer” una madre.

Un compañero me dijo en otro momento: “la chimba, no le dé la mano”, cuando un contrincante me pidió disculpas luego de un golpe y me ayudó a poner de pie. Soy pasional, pero he sido rechazado muchas veces por no coincidir en el “nosotros tenemos la razón, el árbitro es un hijueputa, el contrincante es enemigo”. El fútbol en muchas ocasiones implica virilidad y fuerza, hay una noción colectiva donde al otro no se le tiene en cuenta cuando se juega, entonces los gestos de acogida al otro (mal llamados gestos caballerosos), suelen ser mal vistos o usados de manera maliciosa.

Durante el décimo semestre de la Licenciatura en educación física, empecé a cursar otro pregrado: Sociología, en la Universidad de Antioquia. A esas alturas de mi vida ya me reconocía mucho más como un ser pensante y consciente de sí y había elegido esta otra carrera con total convencimiento. Desafortunadamente la otra cara del fútbol se apareció con una grave lesión que me hizo cambiar planes. Cancelé el semestre de Sociología y decidí terminar primero la Licenciatura. Cuando mi cuerpo volvió a estar en forma, en vez de volverme a presentar a Sociología, decidí realizar un intercambio cultural a Estados Unidos como Au Pair (niño).

Y allí estuvo de nuevo la pelota de fútbol, recordándome hasta en otro idioma su siempre presencia, pues en Michigan, EE. UU., además de jugar fútbol recreativo y ser un “ídolo” para quienes me veían dominar el balón de fútbol en una tierra donde hay otros cuatro deportes que opacan el *soccer*, fui profesor de este deporte con diferentes categorías, masculinas y femeninas.

Allí, el goce con el fútbol no fue solo por haber encontrado latinos con pasiones similares y haber compartido cancha con personas de múltiples latitudes mientras confirmaba que este deporte es un lenguaje universal, sino especialmente por lo que me trajo el ser profesor de

equipos de varones adolescentes. Además de lo retador de la experiencia, lo más bello sucedió con los grupos humanos que se formaban con los jugadores y sus familias, pues además de los entrenamientos y competencias, tuvimos sesiones de fotos, salidas e incluso fiestas en parques. Me hicieron sentir muy especial, aprendí, crecí, sonreí y quedé con hermosos recuerdos.

¡Bendito fútbol!

Recuerdo que, desde tiempos remotos, he jugado fútbol todo lo que he querido y es el ejemplo perfecto de aquella actividad “normal”, que es inducida y luego celebrada a los niños, como quien dice “eso sí es de hombres”. Es el fútbol, sus ídolos y comerciales donde se establecen muchos referentes de masculinidad desde hace muchos años. He pertenecido a muchísimos grupos de WhatsApp de equipos de fútbol y torneos, y he sido testigo de las dinámicas tan similares en las que estos grupos se mueven: el trato entre hombres, el contenido que se comparte, el refugio donde se permiten compartir pornografía y recibir inmediata aprobación, los planes para ir a rumbear o tomar licor, las presiones y las maneras de manifestar aprecio. En resumen: un interesante espacio donde se es sin filtros.

Es el fútbol el sello propio de la masculinidad en mi proyecto, con todo lo que este deporte supone. Mi mamá fue quien me llevó al estadio, con ella jugué fútbol en la casa con una pelota rústica. Parece ser que mi mamá fue la que se encargó de inscribirme en el orden de lo masculino; y como ya he manifestado, no pretendo juzgar para bien o para mal su crianza, pero quiero describir y si es posible, entender un poco, cómo su actuar forjó a este varoncito. Parecía que ella tenía muy claro qué debía hacer un hombre, cuál era su papel. Sabía que había una figura paterna, pero creo que ella me mostró el camino de lo masculino. Es atrevido, pero he llegado a pensar que conmigo y a través de su crianza, ella experimentó un poco lo que es ser un varón y quería, a la vez que “éramos un hombre al tiempo”, asegurarse de que su hijo lo fuera con creces, sabiendo que ellos sufren menos y hay que cuidarlos en menor medida.

Aquí se juegan muchas tensiones, aquí hay mandatos, pues quien juega fútbol se supone que cumple con ciertas características y condiciones. Es frecuente que se me diga que seguramente debo saber mucho de fútbol, pues se asume que por jugarlo y sobre todo por ser hombre, debo saber de táctica y de actualidad en el deporte. Y no. Amo jugarlo y hasta ahí. Al respecto, Alabarces (2014) dice que “lo cierto es que el conocimiento asociado a la práctica supone, además de la reserva masculina sobre su privilegio, un saber legitimado simplemente por haber pisado una cancha” (p. 18). No soy una persona experta en fútbol, cosa que se me cuestiona, se burla o en la menor de las situaciones, es muy extraña; sin embargo, tengo el

permiso de hablar y mi voz, aunque esté improvisando, es escuchada, tanto por el mero hecho de ser varón como por haber jugado fútbol.

Es curioso también como en el mismo fútbol existe el *permiso social* (similar a lo que sucede con el ejercicio del barbero, donde un hombre puede tocar a otro y al que se le confía su estética física) para que los hombres puedan entrar a husmear las vidas y ser fanáticos de sus ídolos, de venerar incluso esos otros cuerpos masculinos y de ser “chismosos”, algo que culturalmente está asociado, con carga negativa, a la mujer.

Este es el fútbol en mi vida, pero ¿qué tanto de esa pasión se me impuso?

Me he sentido sucio y predecible porque me gusta, recae sobre mí una pena por tener ese gusto tan “obvio”. Porque, aunque tengo buena motricidad fina y me gustan las artes, fue este deporte de contacto el que llamó más mi atención y con él recibí más aprobación. Y así como en general he aprendido a amar más mi masculinidad luego de pensarme, hoy quiero decir fuerte, como si fuera un grito mismo de gol, que amo el fútbol y que amo la vergüenza misma de practicar el deporte común, el burdo, el del pueblo, el omnipresente, el “idioma universal”.

Gran parte del sentimiento de “suciedad” que me ha acompañado con respecto a mi forma de ser hombre y al amor por este deporte, ha sido fruto de esa necesidad humana (y reforzada en el varón) de sentirse único y especial. Dígale a una persona que es particular y la habrá conquistado. El fútbol junto con la hombría han sido demonios. Ego y aplausos. Por ello, al tiempo que este mismo balón rebota, va y vuelve y gira todo en todo momento sobre sí mismo, yo estoy dándome la vuelta, mirando hacia atrás, no para lamentar lo que no fue sino para saber por qué pudo haber sido. Y así: simple, circular e infinito como mi torpe actuar, es este amor por la forma de vida que escogí junto a una bola de 69 centímetros de circunferencia.

No hay una única manera de vivir este deporte. Ahora siento que me he sabido mover en sus extremos. Me sentí burdo. Pero ahora estoy renovando mis votos al fútbol, amo ser “del montón”, amo mi amor a este deporte, sobre todo al mío: que es en la calle, al torneo de barrio, al ser testigo de las peleas tontas por más que deteste las peleas, a los rituales detrás del partido, al deporte que practico también para ejercitar mi cuerpo, aquel en el que todo lo que pasa “se queda en la cancha”.

Sigo a mitad de este recorrido donde lo habitual y las grietas se tensionan, empiezo a sentir y a producir esa reconfiguración, que se hace tangible en dimensionar lo que fue mi pasado, lo que es mi presente y lo que será a partir de aquí. Entonces, el fútbol se forja hoy como otra habitualidad novedosa en mi ser, donde no es lo que es solo porque era “normal”, pero tampoco es detestable o sucio luego de pensarlo y entenderlo. Se está reconstruyendo y

estableciendo como habitualidad de otra índole, como eso que siempre fue junto con lo que nunca había sido en mí. Lo cual va junto a ese renovado amor hacia mí mismo, a la masculinidad que habito, que se libera de culpas, que se quiere entender y quiere ser ese gran personaje que nunca ha dejado de ser lo que es mientras no volverá a eso que fue.

Un balón de fútbol que controla un hombre que a su vez ya está siendo controlado por el deporte.

8. Paternidad en doble vía

“Llegué hasta acá buscando un regocijo, pues, con padres como estos, ¿quién no disfruta ser un hijo?”

Alcolirykoz

“Y por amor a la memoria llevo sobre mi cara la cara de mi padre”

Yehuda Amijai

"Yo me di cuenta de que había crecido el día que entendí que mi papá era un hombre con miedo"

Lina María Parra

Volviendo a mi hogar, debo adicionalmente contar que durante varios momentos de mi vida he tenido dudas respecto a la verdadera y completa historia de mi existencia, sobre todo en esos 3-4 primeros años donde no hay recuerdos y donde las historias de mis dos papás se juntaron con la de mi mamá. Qué era de la vida de cada uno, de la hija y pareja que tenían en ese momento, qué se tuvo que ocultar, qué no. Además, justo por los días de mi concepción y nacimiento mi mamá se estaba divorciando de su única unión civil y religiosa, de la cual no tengo mucho para decir más que el apellido del señor: Patiño.

Sé que mi madre fue feliz una vez ese matrimonio se disolvió, pero muchas dudas me asaltaron especialmente cuando un día me encontré un papel de una guardería que tenía mi nombre y decía “Julián Patiño Vahos”. No era el apellido de John ni el de Jairo. Tenía unos 13 años cuando esto sucedió y el susto que sentí se manifestó con un vacío en la boca del estómago. Puse mi vida en duda. Luego recordé que ese era el apellido de la anterior pareja de mi mamá, entonces supuse que era un simple “error” en un papel. Años después empecé a entender que, posiblemente, yo había sido hijo de él ante los ojos de mi familia, que mi mamá

había tenido que negar que era hijo de Jairo, o lo desconocía. No sé si hubo pruebas de paternidad, no sé cómo manejó mi madre todo esto, qué querían, qué sentían.

Supe años después que mi abuela, justo al verme recién nacido exclamó “jmm, se parece a Jairo”, en un tono irónico. Y no sé si estoy preparado para escuchar todo, no sé si lo necesito y, sobre todo, no sé si esas historias y detalles deban quedar simplemente en la memoria e intimidad de mi mamá y mis papás. Pero quise mencionarlo, porque más allá de la curiosidad de la(s) historia(s), puede haber un componente psicológico que me ayude a entender cómo me configuré mi personalidad y masculinidad.

Para darle más color a este cuento de mi vida, siempre he recordado tener una excelente relación con mi padre biológico (Jairo), con su esposa y sus 3 hijas. Desde que tengo 5 años aproximadamente voy a Bogotá y los visito una vez por año, aproximadamente, y allí nos comportamos fluidamente como una familia. Al mismo tiempo, he compartido toda mi vida algunos espacios con Nadia, mi hermanastra (hija de John), y nos hemos, igualmente sentido como una familia junto con mi mamá. Alguna vez fuimos a pasear, nosotras 4 (hermanastra, papá, mamá y yo) a Bogotá. Y suena chistoso: eran los míos, los tuyos y los nuestros. Yo tenía quizá 10 años, y en su momento todo fluyó. Recuerdo a mis dos papás conversando (sin yo saber que se estaban conociendo), a mi mamá hablando con la esposa de mi padre biológico, a mis medio hermanas pequeñas jugando con mi hermanastra. Y tengo recuerdos de mi sentir entre lo natural, lo extraño pero lo fluido. Nadie parecía sentir incomodidad. O yo estaba muy pequeño para entender que se podía sentir extrañeza y de igual manera actuar con naturalidad.

Durante uno de tantos viajes a Bogotá a visitarles, alrededor de mis 17-18 años, recuerdo que Jairo y yo estábamos viajando hacia Anapoima, Cundinamarca, por lo que tuvimos un buen rato para conversar en el bus. De la nada él comenzó a hablarme de esos primeros años de mi vida y a explicarme cómo había pasado todo, desde su punto de vista, por supuesto, al tiempo que omitía y añadía detalles mientras me narraba lo que había significado para él mi nacimiento, el acercamiento con mi familia materna, que inició y se mantuvo ante los ojos de mi familia materna como una amistad con mi madre.



Mientras tanto yo solo lo miraba, callaba y pensaba, era un tanto incómodo, pues además de sentir que me estaban respondiendo algo que no había preguntado, una parte de mí trataba de atar todos los trozos de historias y suposiciones que tenía sobre mis primeros años con lo que él me contaba. Al tiempo, pensaba si eso que él me estaba contando era del todo cierto y cuestionaba qué habría pasado en los momentos que él omitió, voluntaria o involuntariamente de la historia. Me imaginaba a mi madre contándome lo mismo, pero desde su versión. Imaginaba qué pensaría ella si escuchara esta versión desde la voz de Jairo.

Fue finalmente útil y muy bello. Además de informarme un poco y saber más de esas épocas desconocidas, creo que ese espacio de conversación fue una manera en la que yo obtenía algo de verdad, valoro mucho que mi padre biológico haya “esperado” a que yo tuviera edad de entender más el mundo real y desnudarse un poco sobre lo que fueron esos años. Supongo que para él no fue fácil y lo veo finalmente como un regalo que me permitió entender un poco más de esa historia y dicha experiencia aportó a la constitución de mi carácter, de mi concepción de la paternidad y del ser masculino.

Ha sido curioso, incómodo, chistoso y natural, que en varias ocasiones en mi familia materna mis tías me mencionan de manera jocosa a Jairo (especialmente porque tenemos ademanes muy similares), al señor Patiño o a la llegada de John a nuestras vidas. Aunque a veces simplemente no presto atención, otras veces sonrío con los comentarios, otras tantas me incomodan y finalmente entendí que esto es el mundo real. Y todo bien. Decidí vivir con lo que sé y que cuando quiera saber más, simplemente lo pregunto. Voy entendiendo que ellos tuvieron el mismo derecho a la duda y la experimentación que yo, como bien he descrito en este proyecto, he tenido. No creo que todas las personas estemos autorizadas para herir gente en el camino en nombre del conocimiento de sí mismo, pero sí creo que me libré de cargas y señalamientos hacia ellos cuando comencé a ver a mis papás y a mi mamá como seres humanos corrientes, sensibles, con particularidades, secretos, pasado, sueños frustrados, sueños cumplidos y en general, cuando supe que mi historia comenzó cuando ellos tenían más o menos mi edad. Y esta es la vida. Un poco de azar junto con las decisiones en conjunto hacen que yo, afortunadamente, esté aquí pensándome un poco.

También, durante algunos momentos de mi vida me ha causado risa un tanto irónica cómo de mis dos papás percibo que ambos se sienten como el “segundo” o como si, por más que reconocieran su paternidad y amor por mí, creyeran que el otro tiene más “derecho” de ser el papá “oficial”. Y los dos, curiosa pero necesariamente, se refieren al otro como “tu papá”. Por más que tenga 28 años y “entienda” el mundo, esto me sigue pareciendo raro de escuchar y hay por allá un lugar en la mente que se sigue sacudiendo extrañamente cuando mi papá dice que mi papá es el otro, al tiempo que igual me responde cuando le digo “pá”. Es atípico, pero finalmente todo esto me configuró como persona; agradezco mi historia, amo lo que soy y amo mis particularidades.

Durante mi niñez mi madre me decía constantemente, con alegría en su rostro y con un convencimiento total: “tú eres el niño más afortunado del mundo, tienes tres papás: Dios, Jairo y John”. Y yo la miraba extrañado porque, aunque no me cuadraba, parecía no tener más opción que alegrarme con ella. Con el tiempo y en silencio, comencé a entender el porqué de mi duda ante la aseveración de mi mamá. Por más que mi madre me dijera que tenía tres padres y en público todas las personas sabían que tenía dos, en muchas ocasiones sentía que no tenía ni siquiera uno completo, pues, aunque quisiera que no fuera así, tanto con John como con Jairo, no podía haber una relación totalmente “natural” de padre e hijo, por el simple hecho de haber otro papá, fuera quien fuera quién lo dijera. Y yo, obsesionado con el orden y con comportamientos tradicionales, a esas edades ya mostraba lo incómodo que era saber que mi

casa no era “normal”, que yo no tenía un papá “normal” como muchos de mis primos y como la mayoría de mis compañeros de escuela. Me llegué a sentir diferente e incompleto y desde allí, empecé a tener claro, sin ni siquiera ser consciente, aquellas historias que no quería repetir en mi vida.

También me recuerdo escribiendo en mis cuadernos “Julian Zapata Vahos” (Zapata es el apellido de John), como con una identidad paterna pendiente y como muestra, una vez más de lo importante para mí que es concebir la familia tradicional con un papá y una mamá, cosa que, junto con otras que ya he mencionado, negué mucho tiempo al crearme y mostrarme más liberal que lo que mi propio ser y sentir son en realidad.



Agradezco finalmente la historia de mi vida y aunque seguramente no fue planeado cada acto de su parte, ellos garantizaron que yo estuviera bien y seguro que, aunque difíciles algunos aspectos, pudieron sobrellevarlo y continuar positivamente. Me sigue dando curiosidad conocer mi historia completa, desde todas las voces individuales para poder así armar mi verdad, por más que me haya movido entre el fastidio y el amor por mi versión entera. No importa si hay “pendientes” por conocer, sé que puedo indagarles y lo he estado haciendo, tratando de ser precavido en no juzgar y no forzar a que se me cuente algo que no quieren. Amor y agradecimiento infinito para mis papás y mi mamá, porque, repito, aquí estoy, bien alimentado, lleno de valores, completo y con miles de experiencias por contar, con hermanas para compartir

y con una particular historia que es muy hermosa, pues he tenido la oportunidad de establecer vínculos diferentes y únicos con mis dos papás. Y qué dicha la mía.

Ya he mencionado que si no fuera por los avances del gran proyecto feminista yo seguramente no habría comenzado a recorrer este camino. Sin embargo, también reconozco en mí mismo algunas muestras de sensibilidad y *traiciones voluntarias* al patriarcado incluso desde mi niñez, las cuales me permitieron llegar a este trabajo hoy. Valoro ese deseo en mí que no sabía qué estaba y sobre todo agradezco a mis padres y a mi madre por haberme permitido ser de esta manera y haberme educado desde el ejemplo. La empatía, el amor y la responsabilidad que yo pueda tener es, sobre todo, gracias a ellos.

Y como si quisiera seguir conociendo todo lo que puede haber detrás de una paternidad, traigo a colación de nuevo aquel viaje experimental en 2016 como niñero en Estados Unidos. Sin embargo, quiero ahora ser enfático en la experiencia desbordada de “paternidad” e independencia que tuve durante ese tiempo. Y digo desbordada porque, aunque yo conocía el programa Au Pair y sabía que además de acompañar a menores de edad podía tener un espacio personal y disfrutar un poco temporalmente del “sueño americano”, no sabía la vivencia tan poderosa que tendría y que iría más allá del simple goce.

Justo al graduarme como Licenciado en Educación Básica con énfasis en educación física, y junto a mi pareja del momento en 2015, encontré que la manera más fácil de tener una experiencia social larga por fuera del país era mediante este programa. Las reglas eran claras: hablar un poco de inglés, tener gusto por cuidar menores de edad, haberlo hecho, estar dispuesto a convivir con una familia estadounidense como un “hermano mayor” y ser flexible. Me sonaba perfecto, pues además podría recibir un salario, al tiempo que era parte de una familia.

Llegué a una ciudad en el estado de Michigan a una familia heteroparental con 3 niños, mellizos de 11 años y otro de 10. Mi pareja viajó aproximadamente en la misma época a New York a hacer lo mismo. Tuvimos la fortuna de poder compartir ocasionalmente con las respectivas familias e incluso de trabajar en conjunto, por lo que la experiencia rápidamente se hizo más interesante, pues yo tenía la oportunidad no solo de acompañar mis “hermanitos” en Michigan, sino que cuando iba a visitarla a ella, la acompañaba a trabajar con sus tres hermosas criaturas: un niño de 5, otro de 3 y una bebé con menos de un año de nacida.

En pocos meses comencé no solo a sentirme el “hermano mayor” de mis 3 niños, sino que adquirí roles de papá y entendí que el asunto era muy en serio, por lo que mis actos con ellos tendrían gran influencia en sus vidas. Y, como no, en la mía. Fue interesante también haber compartido tanto tiempo con el padre de ellos, pues trabajaba medio día desde casa y era la

persona que en el hogar tenía responsabilidades de velar por el orden y el funcionamiento. Así, fue él quien me instruyó en los asuntos del hogar: me mostró la cocina, sus partes, la despensa, me mostró cómo les gustaba a ellos mercar en casa, me mostró los aparatos relacionados con la cocción y el aseo, y de manera hermosa, empezamos a tener una relación de complicidad y responsabilidad compartida sobre el mantenimiento del hogar y, sobre todo, con la crianza de los niños.

La madre también era una persona presente en la vida de los niños y de la casa, pero debido a sus compromisos laborales, mantenía más tiempo por fuera y a veces incluso viajaba por varios días. Su presencia y su rol como madre era necesaria para la estabilidad física y emocional del hogar, responsabilidad socialmente designada especialmente a las madres; sin embargo, su ausencia no era un impedimento para mantener el orden y fluidez en casa.

Las reglas en el hogar eran más o menos así: yo era responsable de todo lo que tiene que ver con los niños, su ropa, su comida, sus tareas, su transporte y demás, durante los días de la semana. Los fines de semana los tenía libres, pero yo permanecía en casa la mayoría de estos, por lo que la convivencia continuaba incluso en horas “no laborales”. Además, aunque el programa de Au Pair es claro en que las labores deben limitarse a lo relacionado con los menores, la relación con mis *host-parents* (padre-madre anfitrionas) se estableció de tan buena manera, que llegamos a acuerdos que nos beneficiaban a todas las partes. Así, por ejemplo, yo adquirí responsabilidades de limpieza completa del hogar a cambio de menos horas de trabajo; cocinaba en semana para todas las personas, a cambio de que viernes, sábado y domingo, fueran papá o mamá responsables por hacerlo, o en su defecto pagar por comida afuera. Similar pacto, esta vez implícito, tuvimos con la ropa de papá y mamá, pues para mí no era un gran esfuerzo ponerla a lavar, llevarla a la secadora y guardarla en sus closets.

Así, en pocas semanas, las tareas estaban bien claras y distribuidas. Un día común para mí comenzaba tipo 6 de la mañana, despertaba a los 3 niños a su habitación, les preguntaba qué querían desayunar, iba a la cocina a prepararlo y, mientras ellos se vestían, yo estaba con mi atención puesta en posibles peleas que tuvieran, pues al ser una casa algo pequeña y con una sola habitación y baño para los 3, los roces eran pan de cada día. Mientras comían su desayuno yo les preparaba su lonchera. Luego los llevaba en carro a la escuela y me devolvía para la casa, donde dependiendo del día, hacía algo de aseo, lavaba ropa, compraba artículos en el supermercado y me dedicaba tiempo.

Siendo responsable por los 3 niños fue cómo entendí que no importa si estás enfermo o te duele algo. Como papá te debes parar igual de la cama y despachar a tus criaturas. Adquirí

mayor independencia, pues no era solamente responder por los compromisos en casa frente a ellos cinco, sino ser responsable por mí mismo. Venía de 23 años de vivir en casa con mi madre donde ella se había encargado la mayor parte del tiempo por mi comida, lavado de ropa y en general, de la logística necesaria para que mi vida afuera pudiera darse. En ese año 2016 cociné para mí mismo, lavé mi propia ropa todo el año y tuve tiempo para conocerme más, pues pasaba grandes porciones de tiempo solo en casa o montando bicicleta.



Fue interesante además como, en mi rol de adulto responsable por los niños, compartí muchos espacios con otros papás, muchas mamás y varias niñeras que estaban haciendo lo mismo con sus menores. Mi relación grupal con mujeres, como ya había sido común en mi vida, también aumentó, pues teníamos encuentros frecuentes de Au Pairs en mi sector y yo era el único hombre del grupo.

Además de leer, pensar, disfrutar el clima frío, ver películas y ser papá por ratos de Nick, Zach y Luke, tuve la oportunidad de ser profesor de fútbol (ampliado en otro apartado de este escrito) y de ser jardinero. El abuelo materno de los niños me contrataba por horas en su casa y juntos manteníamos el exterior de su casa en buenas condiciones. Fue muy interesante como con el abuelo también confirmé algo que ya había visto en mi casa con los niños: la relación entre lo varonil y el garaje. Era común en estas casas estadounidenses encontrar en el garaje una especie de “oficina de lo masculino”, pues allí solía encontrarse todo lo que comúnmente se asocia al rol de los varones: máquinas, motores, algo de desorden, elementos deportivos, cosas pesadas y en general, el lugar donde los hombres solían guardar todos esos artilugios con los que se desenvuelven en su día a día.

Tuve momentos asombrosos con estos hombres: los niños, el abuelo, el papá. También con la mamá, la abuela, los tíos, amigas, familiares, personas vecinas y ciudadanos del común. Me enfrenté a una vida que solo había visto en películas, aprendí del mundo, vivencíé cómo fueron las elecciones de Trump como presidente, pude pasear, ahorrar, entender, cuestionarme y compartir un año en pareja a pesar de la distancia constante. Una vez más, agradezco a las personas que tuvieron que ver con ese increíble año, me hizo crecer como persona, allí me equivoqué, me desesperé, tomé también la decisión de hacer esta maestría en educación en la Universidad de Antioquia, conocí personas invaluable, abrí los ojos ante tanta sorpresa, valoré más mi familia, amistades, comida y la belleza de lo simple. Allí crecí. Gracias especiales a ti, Sando.

Aunque en su momento, durante mi estancia en EE. UU., no fue tan claro observar ciertos comportamientos de lo masculino y hacer análisis sobre ellos, recordar aquellas vivencias hace que sea importante no tanto mencionarlas, sino establecer relaciones estrechas entre las maneras en que la hombría, el espacio público, el género y las prácticas de dominación y ventajas entre varones están presentes no solo en mi entorno colombiano sino, aparentemente, en toda cultura occidental. Diría al respecto Bourdieu (2000) que “el principio masculino aparece como la medida de todo” (p. 28), y aunque gozamos de privilegios y poder de dominación, de igual manera “los hombres también están prisioneros y son víctimas subrepticias de la representación

dominante” (Bourdieu 2000, p. 67, como se citó en Bustamante, 2013, p. 166). Así, los hombres en occidente nos maltratamos entre nosotros mismos, con luchas constantes entre cuerpos, poder y territorios, al tiempo que es común que seamos nosotros quienes más estemos alejados de la espiritualidad y los cuidados hacia otras personas y con nosotros mismos.

En estas paternidades con las cuales he podido establecer relaciones y análisis, además de las coincidencias ya mencionadas en diferentes entornos, me ha sorprendido también la manera en que los varones, y en especial los que son padres, parece ser que siempre tienen certezas. Asunto que para mí va de la mano con la dominación, el control del discurso, el poder y la distancia con el silencio. Es común para mí encontrarme, no solo con los padres con los que compartí de cerca, sino con otros en mi día a día, quienes en todo momento quieren recordarle a las demás personas que ellos son los héroes, que gracias a un acto valiente o inteligente de ellos algo bueno ocurrió y en general, transmitiendo el mensaje de su aparente imprescindibilidad.

Y no solo hablando de sí mismos como padres sino a la hora de alabar los suyos. No pretendo, como he tratado de dejarlo claro en este trabajo con otros asuntos, teñir negativamente la admiración que entre padres se pueda tener, ni de un hijo hacia su padre. Quiero resaltar cómo el discurso muchas veces es muestra de las normalizaciones poco democráticas y sexistas de nuestra sociedad. Un ejemplo de ello lo encontré un día hablando con Jairo, mi padre biológico. Estábamos hablando de lo bueno que era su padre(mi abuelo), hasta que me sorprendió la manera adicional en que se le alabó porque ese hombre “fue tan maravilloso, que no dejó problemas, ni deudas, ni hijos regados”. Y sí, un buen acto. Pero ¿en qué entorno vivimos que un papá que sencillamente se comporta como un papá debe recibir reconocimientos casi heroicos? Además, porque no creo que, frente a una situación similar, con mi abuela paterna, por ejemplo, el comentario sea igual, pues como ya he descrito en varios momentos, ellas tienen *exigencias inclinadas* frente a similares situaciones. De una abuela, como mujer y como mamá, se espera, sí o sí, que sea “juiciosa”, que no sea problemática y que no tenga ninguna otra relación o vínculo por fuera de su matrimonio tradicional. Y si llegara a suceder, de nuevo, la consecuencia sería diferenciada entre ella y su par masculino. Nuevamente, pienso que precisamente el lenguaje popular es el reflejo de lo que somos, no la causa.

Actualmente tengo conflictos mentales con el comportamiento de muchos hombres, especialmente con muchos de aquellos que son padres, pues al serlo, se adquieren responsabilidades adicionales a las de un ciudadano o varón corriente. He visto en casa, con mis vecinos, con mis tíos y casi que en cualquier otro espacio, que generalmente ellos no son justos

con la distribución de tareas en el hogar. Sé que cultural e históricamente ellos fueron formados así y en muchos casos ni siquiera sus compañeras son conscientes de la inclinación en las cargas, pero considero que en estos momentos es hora de hacerse más responsables, dar mejor ejemplo y establecer mejores masculinidades desde la paternidad; y no solo desde las tareas del hogar, sino desde el lenguaje, el trato, el manejo del dinero y los ejercicios de poder y control.

Ya no estamos para ejercer la paternidad como la “institución del domingo” como diría Peter Filene (1974) haciendo referencia a que el hombre en muchas sociedades se alejaba de la crianza de sus propias hijas e hijos porque debía ir a trabajar lejos de su casa y por muchos días, por lo que solo parecía ejercer su rol de padre durante su día de descanso. Sé que es atrevido hablar de paternidad sin serlo y sé que muchos no han tenido las mismas oportunidades que varones como yo sí, con acceso al conocimiento, testigos de luchas feministas y de minorías por la equidad, y tampoco han estado expuestos a espacios más progresistas que suelen estar habitados por personas más jóvenes. Pero para eso estamos, para exigirnos, apoyarnos e interpelarnos con amor los unos a los otros, pues de ellos, las personas más tradicionales y mayores, también tenemos mucho que aprender (p.78-79).

Padres, y varones en general, recordemos que cada acción se establece como una postura política que dice mucho de nosotros y marca la vida de las personas de nuestro alrededor. Llevar a cabo tareas en el hogar no es “ayudar”. Uno ayuda cuando hace algo de lo que no es responsable, por ejemplo, dar la mano a una persona desconocida en la calle cuando tuvo problemas con su carro. Eso que descaradamente hemos llamado “ayudar” en casa es simplemente parte de nuestra labor como adultos funcionales. Pensemos cuánto tiempo dedicamos al hogar y cuánto lo hacen nuestras compañeras; pensemos si por más que seamos nosotros los que muchas veces salgamos a trabajar, estamos siendo equitativos con la distribución de tiempo y dedicación al mantenimiento de la casa. Desconfiemos también cuando nos consideremos a nosotros mismos como no machistas ni maltratadores de mujeres, y cuando escuchemos a otro hombre diciendo lo mismo de sí. Y si nos hacen un reclamo, no lo consideremos como un insulto. Escuchemos. Somos lo que hacemos, no lo que queremos lucir ni lo que seamos nombrados. El silencio, luego de tantos siglos de dominio verbal, puede ser nuestro primer aliado. Y no es que nos callemos para siempre ni no opinemos, sino que hagamos el ejercicio de no dominar todas las conversaciones ni todos los espacios: “permanecer en silencio es algo más que no hablar” (Fisher, 1987, p. 48).

Y no tenemos que ser perfectos ni actuar todos del mismo modo frente a estos grandes cambios sociales y cuestionamientos derivados de los cambios de las mujeres. Pero sí hay

mucho por hacer. Bonino (1999) expone conclusiones acerca de investigaciones hechas sobre el impacto que tienen los cambios de las mujeres en el comportamiento masculino. Dichas investigaciones muestran “diferentes tipos de respuestas masculinas al cambio femenino y también -como representante de ese cambio- al feminismo, que son producidas por tres categorías de varones: los contrarios; los favorables; los ambivalentes” (p. 8-9). Y continúa resaltando que dentro del grupo de varones que deciden abrirse al cuestionamiento del cambio de las mujeres, hay dos grupos grandes: uno, en el que la posición es a favor, pero donde hay algunos con una propuesta de trato igualitario y reconocimiento de la necesidad de cambios, y otros que, si bien sostienen su postura a favor, lo hacen con una aceptación utilitarista y dejando todas las tareas de cambio a ellas. El segundo grupo se compone de varones que migran entre estados, así: comienzan con un acercamiento y reconocimiento desde ópticas igualitarias, luego este acercamiento es parcial y desconfiado del “poder” femenino, pasan después a un acercamiento pasivo, a un refugio masculino personal, y finalmente rechazan y se ven tentados a subordinar (p. 15-16). Sabemos que son tiempos álgidos, donde tanto movimiento y cuestionamiento de la propia masculinidad nos puede tomar “fuera de base”, pero será precisamente la flexibilidad, el actuar y la escucha las que nos permitan, siempre que estemos dispuestos, a reconocernos, vernos desde afuera hacia adentro y aceptar que en muchos casos nos hemos forjado a través de diversas capas de hombría.

Robert Fisher (1987) en su famoso libro “El caballero de la armadura oxidada” expone puntadas muy interesantes sobre aquellas capas, o armaduras como les llama, que solemos tener los varones. Resalto además este libro porque no se escribió desde posturas académicas ni con enfoques explícitos de género que hablan propiamente de configuración de masculinidades, sino que fue precisamente desde el lenguaje común y desde la narración de una historia simple pero que atrapa, que transmitió el bello mensaje: menos armaduras en los hombres nos llevan a una mejor comunicación con nuestro exterior.

La historia cuenta que existía un caballero valiente que solía ayudar “heroicamente” a las personas que lo necesitaran. Para ello, siempre estaba acompañado con su armadura, la que además de protegerlo físicamente, se estableció como un escudo mental el cual tenía que estar siempre allí, de lo contrario, él no se sentía poderoso para ayudar y recibir congratulaciones. Con el tiempo, esta armadura se le pegó al cuerpo, lo que le impedía abrazar a su hijo y tener contacto físico con su pareja. Se vio envuelto en un dilema: o se quitaba su armadura para poder mantener relaciones sanas con su esposa, hijo y demás personas, o se quedaba con ella puesta con tal de seguir siendo el héroe que salva.

El caballero inició así un recorrido mágico, pues, aunque finalmente decidió quitarse la armadura, no sabía cómo. Y empezó a entender que era una capa que se había puesto él mismo, no sabe en qué momento y que soltarla no iba a ser tan fácil. En este camino tuvo ayuda de varios animales y un mago, gracias a los cuales pudo llorar por primera vez y comprendió que no podría cuidar de otras personas si no aprendía a cuidarse a sí mismo. Empezó a ponerse en los zapatos de su esposa, se dio cuenta de que la había necesitado más de lo que la había amado; comprendió que él había hablado mucho toda su vida para evitar sentirse solo y que no era necesario aparentar. Gracias a su paso por los castillos de la verdad, el conocimiento, el silencio, la voluntad y la osadía, reconoció que se había aferrado toda su vida a creencias cerradas, a juicios y a su propia identidad que lo ataba.

Solamente cuando dejó de culpar a su madre, su padre, sus profesoras y demás personas, aceptó toda la responsabilidad por su vida. Se dio cuenta de que casi muere por todas esas lágrimas que no derramó, vio que era amor y alcanzó la cima de la verdad, no para ser desde allí un hombre perfecto sino para darse la oportunidad a sí mismo de ser eso que se había negado.

De manera similar me ha sucedido a mí. He tenido pesadas capas que, aunque no son fáciles de quitar de un solo tirón, el solo hecho de irlas reconociendo es un acto liberador y que esclarece la configuración voluntaria del hombre que quiero seguir siendo a partir de hoy. No es cómodo cuando después de tanto tiempo de estarme creyendo de una manera, resulta que mis actos y sobre todo mi propio cuerpo muestran que no soy precisamente eso, o lo soy a medias, o que he tenido que hacer demasiado esfuerzo en exhibirme de tal o cual forma. Todas estas capas me incomodaban, me falseaban, me impedían ser yo del todo, pero yo ahí he seguido, forzándome a actuar natural.

Una de esas capas, por nombrar algunas, es haber negado que me gustan muchos comportamientos tradicionales y que me espanto con los excesos de todo tipo; otra es el mostrarme serio frente a las celebraciones, pues, aunque me gustan, el solo hecho de querer parecer “diferente”, ha logrado que me haga el frío, como una de tantas falsas modestias; y está la capa más pesada de los últimos tiempos: la satanización de la paternidad.

Durante muchos años de mi vida y sin ser consciente del acto, estuve tomando las decisiones sobre el hombre y papá, en caso tal de que decidiera algún día serlo. Ya fuera por haberlo vivido en carne propia o por haberlo visto afuera de casa, empecé a tener muy claro qué historias no quería repetir. Y aunque no suena incorrecto tener esa claridad, lo indeseable fue que por tanto preocuparme por ello, se me olvidó ir decidiendo quién sí quería ser.

Mi concepción de la paternidad estuvo forjada desde el sentir que no fui un hijo “legítimo” y el haber detestado de cierto modo mi propia historia. Estas dudas sobre mi historia me han llevado a que incluso sea reticente a conocerla más, porque no es que me dé vergüenza preguntar, solo que no quiero ponerles incómodos y tampoco quiero encontrarme con más respuestas que me hagan sentir más “sucio”. Parece ser que durante estos años tomé la decisión de quedarme con lo que sabía, armar mi entendimiento con lo que tuviera a la mano y dar por hecho que no había nada más por saber ni por conocer, incluso si eso implicara averiar mis propias concepciones sobre mí mismo como posible papá.

Desde muy joven siempre estuvo en mi discurso lo siguiente: “no quiero ser un viejo verde ni tampoco quiero abandonar a mis hijas(os). Si yo voy a ser esa persona, ojalá me muera antes”. Y aunque nuevamente valoro la claridad en el deseo desde hace tantos años, hubo algo no tan deseado respecto a estas sentencias, puesto que me llevaron a pensarme desde extremos. Hasta mis 18 años aproximadamente yo tenía claro que sería papá. Luego, cambié de opinión. Durante esta década de “decisión de no ser padre”, he tenido en mente y manifestado verbalmente que no ser padre era una decisión de vida, que mis caminos serían otros, que mi felicidad estaba en otros asuntos, que yo como docente de formación quería hacer mi labor de “crianza” desde allí, que quería ser un buen tío de muchas criaturas de mis hermanas y primas(os), y un largo etcétera. Y paralelo a ello, “disfrutaba” de mis 20’s.

Solo cuando empecé a pensarme de manera transversal y a abrir baúles que hasta hoy estaban cerrados, empecé a entenderme a mí mismo y a mis supuestas razones para no ser padre. Resulta que no solo quería disfrutar esa vida que me planeaba y llevar a cabo todas esas otras explicaciones, sino que también estigmaticé la paternidad. Además de ya venir con ciertos pendientes en el entendimiento de mi propia historia, sobre esos primeros años de vida confusos donde tenía papás diferentes en diversos momentos y más adelante con comprender que mi historia no era como supuestamente debió haber sido, también empecé a asociar la paternidad con una pérdida de la juventud y oportunidad de “disfrute”.

No fue solo haber instaurado en mi mente aquel gran acto a evitar: un embarazo, fue también encontrarme en mi entorno con casos donde hombres y mujeres se habían “tirado la vida” por ese error. Y claro, más ganas me daban de no ser papá porque, como me decía mi madre: “si usted llega a embarazarse a una mujer, le toca ponerse a trabajar en La Mayorista¹³ a las 3:00 am que llegan los camiones con frutas y verduras, para poder comprar pañales y leche”. Cumplieron con el objetivo de espantarme un poco con el tema del embarazo, pero yo lo llevé

¹³ Principal centro de abastecimiento de alimentos de mi ciudad Medellín.

incluso más lejos. Junto con ello, en mi entorno yo veía madres solteras, hombres siendo demandados por alimentos, peleas en juzgados con frases como “déjemelas ver, ellas también son mis hijas”; veía que en muchos casos terminan criando las abuelas o personas cercanas, y en todo caso, tenía conflictos mentales entre la definición de “paternidad perfecta” que me había hecho con la televisión y algunos compañeros de escuela, y con lo que veía en mi día a día.

Más adelante, también sin ser plenamente consciente de ello, empecé a asociar la paternidad con una pérdida de permisos, de libertad y en todo caso, de juventud. Empecé a considerar que toda esa “vida” que tenía por delante con viajes, goce, independencia y risas, no podía tenerse si se era papá. Era mi ego nuevamente jugando contra mí mismo, pues estaba considerando que solo las personas “libres” son las que pueden lograr ese tipo de sueños. Así, me he creído un eterno adolescente y empecé a ver la paternidad como un fin de vida, una etapa aburrida en la cual me iba a arrugar, volver calvo y barrigón. Ahí estaba pintada mi preocupación por las apariencias.

También, me he jactado de que hay mucho por probar y hacer porque “la vida es una sola”, pero durante años me he desenvuelto entre los mismos gustos básicos y ha estado bien. Eso dice mucho más que mis supuestos deseos de experimentar. Me ha dado vergüenza verme como un beato¹⁴, porque en realidad me molesta el ruido, me escandalizo con personas cometiendo excesos, con olores fuertes, con lugares incómodos. Me ha dado vergüenza no ser la persona “todo terreno” que fingía ser.

De hecho, en este momento recuerdo la rabia que me daba cuando muchas personas adultas, al escucharme decir que no quería ser papá, decían cosas como “espere y verá que le llegue la persona”, “eso dice ahora, espere y verá”, como sabiendo, más allá de la verdad en sí, que yo estaba hablando desde mi pedestal de la juventud y creyendo que tenía el mundo sobre mis manos y que lo entendía. Y como todo en mi vida, no es solo lo que he dicho sino cómo lo he dicho y las pretensiones que ello contiene.

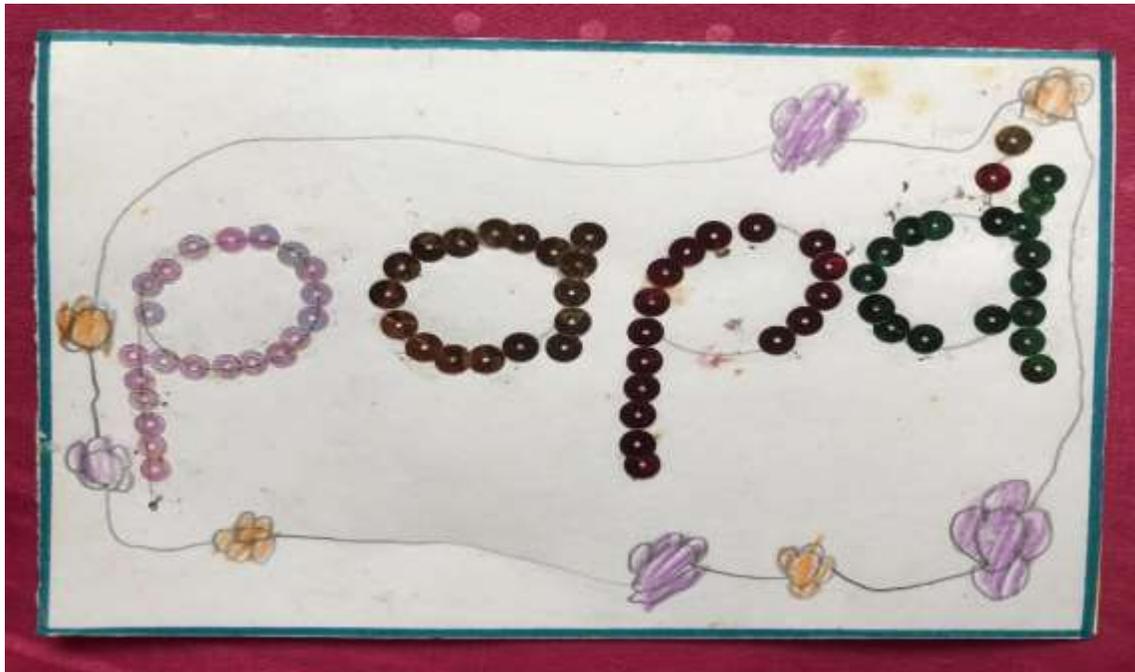
Junto con esa ceguera por vivir la supuesta eterna juventud, también estaba ese deseo añejo de nunca ser ese papá que aborta hijos ya nacidos, y entonces me pregunté: ¿cómo reducía a cero las probabilidades de ser un padre que abandona a sus criaturas? ¿Cómo hacía para garantizar que yo no iba a ser esa persona puesto que el riesgo de “desvío” como padre estaba allí? Solo había una respuesta extrema para esa pregunta extrema: no ser padre. Ir a la fija.

¹⁴ Persona escueta, tradicional, aburrida y generalmente solitaria, en el argot colombiano.

Me preocupé demasiado por gritar que yo no quería ser papá, como quien responde lo que no se le pregunta e incluso con ínfulas de superioridad; mis propias palabras me delataban, no precisamente porque exista la posibilidad de ser papá y ame las paternidades y maternidades, sino porque demostraba que tenía un pendiente muy grande con el tema. Por eso hoy me siento desatando nudos, pues no es solo comprender y decidir el hombre que quiero ser, sino que es reconciliarme con mi historia y con mis padres.

Así como en silencio me han gustado las películas románticas, con historias increíbles de amor de pareja, también he concebido la paternidad tradicional como la única manera en que me imaginaba siéndolo. Pero como no quería poner mis privilegios, supuesta libertad y juventud en juego, entonces la única opción era no ser papá. La más fácil. Cambiaba un sueño que lucía medio complejo, por otros que aparentemente durarían por siempre, como deseando estar en un constante éxtasis. Y pues ya sabemos que la felicidad humana no está allí. Ahora se trata de esa misma libertad de la que hablé en las relaciones románticas: no voy a prometer y gritar que ahora sí quiero esto. Quiero por lo pronto contar que me estoy liberando de capas y que estoy siendo más libre, y en esta libertad, sé que podré seguir tomando decisiones de manera responsable y sin presiones. La libertad es no sentirme forzado a ser nada específico, sino escuchar mi cuerpo, tomar decisiones con mis personas cercanas y dejarme ser. Sin mentir, sin obligarme, sin fingir, sin culparme por algún deseo que pinte como tradicional. Esto soy. Y todo bien. Necesito ser yo, tener calma desde adentro, conocerme y amarme bien, para poder seguir pensando en formar vínculos profundos con otras personas.

Me dieron unas ganas tremendas de ser adulto. Y disfrutar lo que la adultez trae, ahora sé que todo sí puede ser mejor, la adultez ahora la veo como la oportunidad perfecta para ser ese varón que disfruta formalmente lo que es la existencia. Quiero seguir amando mi cuerpo tal como es, la forma de mi cara y los deseos que tengo; es maravilloso liberarme de presiones sobre estándares de belleza occidentales, tanto desde mi propia concepción como de la manera en que veo a las otras personas. Hoy valoro que mi cuerpo esté sano y que funcione tan bien. Lo demás son adornos.



Hoy no sé si quiero ser papá, pero sí sé que quiero cuidar y hoy sé que no debo preocuparme menos por cómo soy percibido y por el futuro mismo. Hoy por fin, sin culpas, me regalo sin culpas la posibilidad de ser papá, de formar hogar, de cargar mis bebés y de construir con mi pareja, porque gracias a dos hombres cercanos, también caí en cuenta de que no es solo ser papá, es ser *papá con*. Ser *papá con* es reconocer que no se es padre de manera individual sino en pareja, porque se parte de acciones voluntarias en las que dos personas, un macho y una hembra, deciden procrear y perpetuarse, y esto a su vez surge de un vínculo multidireccional que yo deba tener con esa posible madre de mis hijos, porque por sí mismo yo no puedo convertirme en padre, es decir paternidades más presentes, más participantes, más voluntarias; menos ritual de estructura familiar y más responsabilidad con sus hijas(os), en palabras de María Cristina Palacio (2009, p. 56).

Me refiero a que durante todos estos años donde me he pensado como padre o me lo he negado, ha sido también desde una postura individual donde, o no pienso en esa posible madre o considero que será “ideal”, puesto que *ella* no suele estar sobre la mesa de las consideraciones a mi paternidad. Sería una responsabilidad, logro y decisión compartida, por ello, nuevamente, pensarme solo no me iba a dar respuestas.

No estoy seguro si eso finalmente es lo que vaya a ser, pero es bello no sentirme sucio por no haber tomado ya todas las decisiones grandes de mi vida. Hoy puedo darme el lujo de imaginar la paternidad con la misma naturalidad con la que me imagino cualquier otro asunto de

la vida, ya sea un sueño simple o un hito. Es poder saber que no me voy a negar la posibilidad de serlo solo por los prejuicios que he tenido. Es la posibilidad de dejar volar mi mente por un rato y pensar a modo de ejercicio en una paternidad: ¿dónde quisiéramos que estudiaran? ¿Cómo sería la relación con mi pareja durante el embarazo? ¿Van a comer mucho azúcar? ¿Querremos que vean mucha televisión? ¿Cómo nos imaginamos educando esos hijos? ¿Qué haríamos cuando nuestras hijas(os) no se quieran cepillar los dientes? ¿Qué historias les queremos contar? ¿Cómo queremos que entiendan el mundo?

Y aunque no niego la desconfianza de mis palabras porque ha sido un tema tocado también en mi relación sentimental actual, me causa tranquilidad por lo menos saber que probablemente desde aquí, la decisión que tome será más consciente, porque estará bien la manera en que decida seguir habitando el mundo y trayendo o no más vida al planeta, siempre y cuando lo haga desde mi verdad y respetando los acuerdos y sentires ajenos.

Por lo pronto, quiero seguir abriendo los baúles, des-negándome, entendiendo por qué he hecho lo que he hecho, pero sobre todo planeando lo que se viene, pues la decisión tomada es, por más que logre entender o no mi pasado, lo más importante es acerca del hombre que continúo siendo. Hoy quiero abrazar esta reivindicación con la paternidad, especialmente con la posibilidad de que haya una mía y con la paternidad de John. Qué bonito ha sido revolucionar en paternidades aun en familias no nucleares-biparentales (madre-padre-hijo)

Y entonces, ¿Qué voy a hacer con todo esto que ahora sé y siento? ¿Qué se viene?

Es maravilloso como en este último tiempo y por primera vez en la vida estuve hablando de intimidades, de cariño y de paternidades con otros hombres. Mis conversaciones con otros varones trascendieron y sobrepasaron la supuesta línea "incruzable" de hablar entre nosotros de cuidados y de amor. Y hablar de cuidados no es hablar de dietas que buscan cuerpos estereotipados, ni consumir más ni mucho menos tener que sufrir.

En palabras de Gustavo Calle Quintero (2020), los hombres generalmente hemos asumido el cuidado como si no nos fuera natural como personas y porque esa práctica ha sido asociada a lo femenino (y por ende contrario a lo masculino), porque hemos tenido quién lo resuelva y siempre hay una mujer: la pareja, la mamá, otras mujeres, lo cual se relaciona en mi vida directamente con aquella dependencia a la pareja "oficial", aquella que me ha solucionado todo siempre y me ha hecho la vida más liviana, sobre todo en lo que no puedo acudir a mi madre.

Cuidar también va de la mano al entorno privado y a las tareas del hogar, pero no se reduce a ellas. Va más allá de defender la familia, procrear y proveer. Cuidar es hablar de

vasectomía, de circuncisión, de salud sexual, de alimentación, del servicio militar obligatorio, de hábitos, de nuestro entorno, de buscar ayuda, de saber que podemos rompernos, de nuestra salud mental y de lo que sentimos, pues conociéndonos y aprendiendo juntos, seguramente tendremos mejores relaciones con las demás personas y una mejor estabilidad emocional.

En un mundo donde la masculinidad es “una promesa autoincumplida del patriarcado” (Leonardo García, 2020), donde se nos promete grandeza y poder eterno, al tiempo nos encontramos con que somos las personas que más sufrimos en accidentes de tránsito, caemos y cometemos más homicidios y suicidios, asumimos masculinidades constantemente en riesgo mientras que sufrimos del síndrome de la invulnerabilidad.

El cuidado no debe ser vergüenza ni tampoco privilegio. Es un simple y bello acto humano. Cuidar(me) es saber que somos vulnerables, pedir ayuda, ser capaces de mantenernos solos, prepararnos una comida rica, no solo subsistir, no horrorizarnos con pensar en que es más sano, higiénico y respetuoso orinar sentados, es hacernos cargo de la gestión del hogar, ordenar, tender la mano sin ínfulas de héroe, preguntar, reconocernos imperfectos y ser afectivamente responsables.

Debemos naturalizar que los hombres nos tenemos que pensar, al tiempo que “desexotizamos” aquellas manifestaciones de cuidado expresadas por hombres y que no nos resulten extraordinarias, porque terminamos reproduciendo una práctica que precisamente estamos demandando. Es ser nosotros de manera natural y pensada, sin buscar aplausos.

Cuando un hombre cuida, revoluciona.

9. Entre hombres

“No son todos los hombres. Pero siempre son hombres”

Alix Dobkin

“Todos somos *uno de nosotros*”

Pablito Wilson

“En un mundo donde el lenguaje y el nombrar las cosas son poder... El silencio (como omisión) es opresión y violencia”

Adrienne Rich

Haber pensado un poco sobre la configuración de mi masculinidad dentro de las concepciones de género, me ha hecho considerar que, aunque el uso del lenguaje es tan solo uno de esos espacios, y quizá no el más importante, desde y hacia el cual se pueda intervenir, es sobre todo en entornos de crianza como el hogar y la escuela donde debemos encarar cambios, principalmente desde la manera en que se nombra. Estas dos principales agencias socializadoras son el sitio donde además de acompañar un desarrollo físico y mental, se van forjando aquellos entendimientos sobre lo que es el mundo y las relaciones entre personas, a través del uso de las palabras, las cuales, si bien son solo una parte de la comunicación humana, van más allá de simplemente ser una herramienta para nombrar y establecer conexiones. Por más que el lenguaje nos sea “natural”, es su característica de cotidianidad la cual precisamente justifica su abordaje consciente.

Los cambios de este tipo pocas veces suceden en un parpadeo. Un lenguaje inclusivo en la escuela y hogar podría, junto con una completa educación sexual, contribuir a un sentimiento de igualdad entre pares sin importar su género. Y no es tarea sencilla, pues la masculinidad hegemónica, representada en la figura de macho, está tan encarnada que, por ejemplo, aunque cualquier persona con cualquier identidad de género pueda hacer todo tipo de actividad de manera correcta, muchos varones seguiremos pensando que estas “tienen el derecho” de hacerlo, mientras desconfiamos de su capacidad de acción.

No basta con igualdad en el papel y con concesión de derechos de igualdad entre géneros. Si desde pequeños todos los individuos se ven como iguales, si se les trata como iguales y si las palabras incluyen a todas las personas, seguramente habrá sentimiento de

paridad tanto en el entorno educativo y en el hogar, como en el resto de mundo real, “porque hoy se trata del futuro, y en mi futuro, niñas y niños son igualmente respetadas(os), igualmente valoradas(os) y, más importantemente, igualmente representadas(os)” (Bell, 2016).

El lenguaje inclusivo no es simplemente decir “todos y todas”. Pensar en el lenguaje inclusivo es pensar el siguiente ejemplo: una institución educativa en el que “los profesores invitan a la participación en la escuela de padres”; y probablemente quienes invitan son más docentes mujeres y quienes más participan son madres, no padres. El lenguaje inclusivo podría abarcar diferentes aristas, independientes y conectadas entre sí, incluso debería incluir el uso de lenguaje de señas, lenguas indígenas y más. Puede incluso haber lenguaje inclusivo para hablar del pasado, y, por ende, “manipularlo” un poco (para bien) y hablar, por ejemplo, de escuela de filosofía conformada por personas filósofas. Si bien fueron más hombres que mujeres (a quienes como ya hemos visto se les impidió históricamente acceder al y producir conocimiento y habitar la esfera pública), me gusta pensar que se le menciona a niñas y niños que fueron “personas” en general y así, sin desinformar, se da una idea que les minimiza la inclinación binarista. Otra parte de este lenguaje es tratar de naturalizar el hecho que, lo primero que se piense en cualquier ejemplo, si ha de tener género, que sea femenino como primera opción “por defecto” o por lo menos decir “la persona” tal o cual. Por ejemplo, podríamos mencionarle al estudiantado que, si estoy pidiendo una cita médica por teléfono, preferiré decir: “¿qué médica hay disponible?” O cuando veo algo que me asombra digo: “qué persona tan habilidosa” en vez de, por defecto, decir “qué hombre más capaz”.

Me parece insólito cómo en un grupo con mayoría de mujeres se me pida perdón y se hayan sentido ofensivas conmigo cuando me incluyen en un “todas”. Me pasó en clase de patinaje: estábamos tres mujeres y yo, y se nos decía “listas” e inmediatamente el profesor decía “y listo, perdón”, con un rostro de culpa como si me hubiera insultado. Me pasó en el semillero de Mujeres, Género y Feminismo en la universidad: 25 mujeres y yo, y una compañera dijo: “estoy muy feliz de verlas a todas” y siguió hablando. A los 5 segundos recordó mi presencia y me dijo “ah, y a usted”. Aunque también ha podido suceder que alguna persona piense que no debo o no merezco ser incluido en un “todas”, y lo comparto. En general, es común que se nos pida perdón explícito a los varones cuando se nos es incluidos en un “bienvenidas”, “todas” o cualquier otra expresión que se use con el género femenino, lo cual debería decirnos mucho en sí. Es de resaltar también cómo muchas veces ese lenguaje en el que se me nombra por aparte al no ser incluido en el “ellas, todas”, puede terminar siendo una manera de ser nombrado y visibilizado incluso más, lo que provoca nuevamente una tensión, por ejemplo, cuando en favor

de hacer una distinción exacta de personas en el semillero por ejemplo, se dice a veces: “mujeres y Julián”, “hola a todas y a Julián”; lo que me lleva a pensar si finalmente esa diferenciación constante me recuerda en todo momento que por más que conozca no podré nunca encarnar el sentir de ellas al no estar de ese lado de la historia, o si por el contrario ese nombramiento de “Julián” frecuente hace que mi ser hombre, desde mi nombre, esté permanentemente asomado sin necesidad.

Debido a la estandarización histórica de lo masculino como norma, en ocasiones es difícil mantener aquellas posturas respecto a mi lenguaje. Por ejemplo, cuando debo mencionar una palabra, en la cual el género está determinado por su terminación en la letra o/a, a veces de manera tímida pronuncio una vocal intermedia que suena un poco como ambas y me “saca del problema”. Pero este es el camino elegido: incomodar mi propia manera de nombrar. Mi decisión deseada, como ya comenté en el apartado metodológico, es nombrar como masculino cuando la mayoría de personas/elementos sea masculino, y lo mismo con lo femenino. Y cuando haya la misma cantidad de masculino que de femenino, nombrarlo como femenino, por simple ejercicio (quizá ingenuo pero político) de reivindicación, ya que nuestro lenguaje español nos castigó un poco con el binarismo de personas y objetos y el sistema patriarcal se encargó de hacer uno de esos dos más poderoso que otro.

Es del tipo de acciones en las que yo mismo me hago auditoría, pues, aunque lo hago por decisión propia y sin gritárselo al mundo, tienen razón aquellas personas que desconfían de estos “intentos escuetos de reivindicación” pues podrían ser otras de esas estrategias de conquista que utilizamos hombres como yo que hemos estado cegados por el ego.

Inicialmente la Real Academia de la lengua Española (RAE) afirmó no aceptar este tipo de cambios en el idioma español relacionados con el uso de “elles” porque, de acuerdo con su postura, decir “ellos” o “nosotros” nos abarca tanto a mujeres como a varones y a cualquier otra persona con una identidad de género diversa. Quienes defienden esta postura, manifiestan también de manera desafiante y facilista que, si queremos, entonces, empecemos a decir siempre “ellas” y “nosotras” y que nos convenzamos todas las personas de que esto también abarcará a todos los seres humanos. Tiempo después, la RAE se lavó las manos comentando que quizá debamos preguntarles a las personas cómo quieren ser llamadas. Pero no solo nos “regula” el lenguaje la RAE, pues el mundo real es la calle, la escuela, la casa, todo lugar de socialización humana e incluso todo espacio de placer en el que somos sin ni siquiera pensar en clasificaciones. Esto es un asunto que va más allá del simple código y las letras. Es la manera en que se nombra, el tono, lo que se repite, lo estandarizado y “lo normal”.

Así, traigo a colación estas palabras de Paulo Freire (1993) respecto al asunto del uso del lenguaje:

En cierto momento de mis tentativas, puramente ideológicas, de justificar ante mí mismo el lenguaje machista que usaba, percibí la mentira o la ocultación de la verdad que había en la afirmación: “Cuando digo hombre, la mujer está incluida” ¿Y por qué los hombres no se sienten incluidos cuando decimos: “Las mujeres están decididas a cambiar el mundo”? Ningún hombre se sentiría incluido en el discurso de ningún orador ni en el texto de ningún autor que dijera: “Las mujeres están decididas a cambiar el mundo.” Del mismo modo que se asombran (los hombres) cuando ante un público casi totalmente femenino, con dos o tres hombres, digo: “Todas ustedes deberían” (...) Para los hombres presentes, o yo ignoro la sintaxis de la lengua o estoy tratando de hacerles un chiste. Lo imposible es que se piensen incluidos en mi discurso. ¿Cómo explicar, a no ser ideológicamente, la regla según la cual si en una sala hay doscientas mujeres y un solo hombre debo decir: “Todos ellos son trabajadores y dedicados”? En verdad, este no es un problema gramatical, sino ideológico (p. 63).

Allí mismo en la escuela creo que los mayores actos de revolución en masculinidades son aquellas que parten del ejemplo y se juntan con planeaciones y ejecuciones de currículos visibles que incluyan la educación política con perspectiva de género, sin que sea vista por madres y padres de familia como “aleccionador”. Lo anterior también requeriría una formación más específica del profesorado en escuelas normales superiores y de formación de docentes, y estas a su vez estar conectadas con políticas públicas. Es decir, debe existir unión y comunicación entre la comunidad educativa, porque al igual que la toma de consciencia de masculinidades, no puede limitarse a ser islas de personas que hacen “el trabajo” pero se lo guardan para sí.

Allí en las escuelas tenemos todo el potencial de poner en la mesa conceptos y categorías potentes como patriarcado, género, feminismo, masculinidad y otras, asegurándonos con amor y planeación que esto no se trata de asuntos de moda ni “quejas modernas”. Es la escuela donde niñas y niños podrían ver resignificadas las famosas “celebraciones” del día de la mujer, proponiendo mejor abordarlas como conmemoraciones (junto con el 25 de noviembre, Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra la Mujer y otros) y trayendo al plano cotidiano su relevancia.

Quizá suene utópico, pero no se logran revoluciones sin soñar y sin emprender caminos. La escuela debe estar diseñada sin sesgos de género y de gustos, con patios de recreo

equitativos para que haya espacio para diversas decisiones y no solamente con el fútbol como centro perpetuando el movimiento al margen de la cancha quienes no quieran jugarlo o no sean habilidosas(os) para este deporte. Espacios diseñados con colores y formas que inviten, que cuestionen. Educación sexual de calidad y sin tabúes, junto con una educación del cuidado; que ambas sean complemento de lo que en los hogares se debería abordar.

La oportunidad de trabajo acerca de masculinidades pensantes entre hombres ha estado siempre allí. Los varones hemos sido autorizados para abordar la esfera pública y hablar de lo que se nos antoje. Y, luego de mencionar todo lo que no hemos hecho como varones y de los tropiezos vividos en la configuración de mi masculinidad, quiero finalmente exponer algunas ideas y concepciones sobre cómo concibo el ser hombre hoy y sobre todo eso que podemos hacer en nuestra individualidad masculina y en conjunto, pues como mencioné en momentos anteriores, considero que cuestionar nuestro papel dentro de un sistema patriarcal no es una simple opción. Toda acción y omisión tendrá consecuencias, y esta sentencia, considero, es la gran conclusión expresada como la mimesis III en la que reconfiguro mi masculinidad desde la narración.

El deber es entre hombres. Creo que las mujeres están, con justa causa, cansadas de educarnos. Debemos leerlas y escucharlas más, entender qué dicen y no simplemente “crear” en ellas o “avalar” lo que dicen. Y sí, es bella la tarea, pero no es cómoda, pues no solo están “los dolores y el costo que representa para los hombres cumplir -pero también no cumplir- rígidas expectativas sociales y culturales en relación con la masculinidad de acuerdo a las cuales se mide su valor social” (Viveros, 2018) sino que es interpelar a alguien a quien pensamos que nunca lo haríamos: sí mismo. Y el camino es permanente, por lo que no basta con mencionar nuestras apenas aproximaciones de evaluación propias, para que nuestras masculinidades sean resignificadas (como las llama Hernando Muñoz) y sintamos que hemos hecho mucho.

Las minorías oprimidas y las mujeres están sacudiendo el mundo desde hace muchas décadas, tanto que de allí devienen las mismas reflexiones sobre masculinidades. Y cambios como estos están generando modificaciones tan globales en las relaciones que ningún varón puede permanecer neutral, ya que, por ejemplo, al modificarse tan radicalmente el lugar asignado a la mujer en la cultura, esto no puede sino provocar complementariamente un cuestionamiento del propio lugar del varón en el mundo, ante las mujeres, ante los otros varones y ante sí mismo (Bonino, 1999, p. 7-8). Queramos o no, algo está sucediendo, y como adultos, ciudadanos y varones, cada palabra, acto, omisión e incluso pensamiento es una postura política que habla por nosotros e interviene para bien o para mal en esta reconfiguración del universo del género a

partir de las individualidades y los colectivos, pues como afirma Delgado (2020) no podemos olvidar que “el género es un sistema de prácticas e interacciones socialmente pautadas que dice cómo debe proceder lo masculino, cómo debe actuar lo femenino y cómo deben interactuar entre ellos. Un cambio en la feminidad necesariamente tendrá ecos en la masculinidad”.

Hombres, no nos sintamos amenazados ni seamos reduccionistas al decir que “algunas mujeres también tienen posturas machistas”. Hay un trasfondo histórico y sistemático que nos ha ubicado en roles inclinados de poder que hace que el punto de enunciación sea tan relevante como el acto en sí. Recordemos que esto no es una lucha de varones contra mujeres, sino una búsqueda de aporte a la despatriarcalización del mundo y sus formas. Por ello debe haber colaboración entre todos los grupos de personas, pues no es deber de ellas “mostrarnos el camino” y de dejar en ellas y en otros colectivos oprimidos la responsabilidad de reclamar lo que se les ha negado. Hay debates constantes alrededor de esta “ayuda” e “invitación” que las mujeres deberían o no hacernos a los varones. Si somos invitados por ellas de alguna manera, maravilloso, pero recordemos que no es su deber hacerlo y que sí lo es nuestra obligación pensarnos, a “escuchar el llamado” hecho por ellas, por diversos colectivos y por otros hombres que nos convidan, pues esto no es una simple opinión con lo que se está de acuerdo o no. Reitero: cada acto de nosotros sobre el cuestionamiento (o no) de nuestra configuración masculina en un mundo patriarcal, es un acto político. Y debemos responder por ese acto.

Las mujeres no tienen que decirnos qué hacer y no importa si todas están dispuestas, o no, a aprender y escucharnos lo que tengamos que decir al respecto; nuestra labor es personal y en colectivo masculino. El patriarcado tiene tantos tentáculos que he sido testigo de cómo las mujeres tienen roces entre sí por errores cometidos por varones y cómo también encaran debates entre ellas alrededor del tema de los varones y sobre si debemos ser llamados y hacer parte o no de las discusiones. Pero nosotros, ni por enterados nos damos. El patriarcado es tan macabro, que las sigue dividiendo mientras que la mayoría de los hombres pasamos por la vida patriarcal con una naturalidad cínica. Al respecto Lerner (1990) afirma que:

El sexismo tiene la misma relación con el paternalismo que la que el racismo mantiene con la esclavitud. Ambas ideologías permitieron al dominador convencerse de que estaban extendiendo la benevolencia paternalista sobre criaturas inferiores y más débiles que ellos. Pero aquí acaba la similitud, pues el racismo condujo a los esclavos a una solidaridad de grupo mientras que el sexismo separó a unas mujeres de otras. (p.342)

Aquí se trata de escuchar el llamado sin querer habitar también espacios meramente de mujeres y mucho menos sentirnos protagonistas (y ridículos) creyendo que ponernos una falda,

pintarnos los labios y las uñas durante una marcha feminista y compartir contenido en redes sociales nos convirtió en hombres nuevos. No me refiero a las apuestas de las personas que vivencian sus luchas desde la performatividad pensada y el cambio en sus cuerpos y maneras de vestir de maneras más permanente en el tiempo y con argumentos claros; me refiero a los actos aislados y pomposos de algunos varones que, ejerciendo un presunto apoyo a las luchas feministas y de disidencias sexuales, se hacen propaganda a sí mismos y hasta contradicen su supuesta postura crítica.

Respecto al papel de los hombres en estos eventos feministas, por ejemplo, Delgado (2020) apoya su presencia, siempre estando fuera del foco principal. Y añade, además, que aquí lo político y personal se modela diferentemente entre mujeres y hombres, pues si la lucha de ellas es la de acarrear lo privado y personal (históricamente invisibilizado) a lo público y político; la lucha de nosotros debería ser entendida como una retirada (por lo menos parcial) del entorno público y político (que nunca se nos ha negado), para gestionar, redescubrir, hacernos cargo y gestionar más y mejor sus espacios personales y con los demás seres humanos.



Debo asumir quién soy y cómo he forjado ese varón que hay dentro de mí, sin olvidar de dónde vengo y con apoyo claro al movimiento feminista desde el punto que me corresponde. Viveros (2018) afirma que aquellos hombres que respaldan las luchas feministas solemos tener a su vez un amparo. Aquí se nos habla a los hombres con una voz feminista que nos desafía, pero no nos disminuye. Es maravilloso este descubrir propio desde los recuerdos y las conversaciones con personas cercanas y expertas académicas. Sin embargo, parafraseando a Carolina Sintura (2019), no puedo olvidar que soy un hombre que en general me he beneficiado de los dividendos asegurados por la sociedad patriarcal, por lo que no puedo sentirme alejado de culpas o responsabilidades solo por empezar a “pensarme”, y como también lo mencionó Viveros (2018) son muchas las ventajas que hemos obtenido los hombres como grupo de la subordinación histórica de las mujeres. Debo propender por mirarme desde afuera de manera constante, no perder de vista mi punto de enunciación, trabajar con otros hombres, pensar en los privilegios que me concedieron y mantener una postura humilde y aterrizada, pues ubicarme en estas acciones no me están haciendo un súper hombre. Un hombre que se piensa no está “haciendo mucho”.

Yo debo apoyar la lucha feminista (es apenas lógico si gracias al gran proyecto feminista hoy estoy aquí), que es humana, transversal y justa, pero mi deber como varón no debe radicar en autoproclamarme deconstruido. De hecho, no debo autoproclamarme como algo ni ponerme títulos. Alardear ser un hombre deconstruido es similar a realizar una donación a personas necesitadas y estar preocupado por tomarse una foto haciéndolo para publicarla en redes sociales. No nos preocupemos por el rótulo de aliados, feministas o deconstruidos, ¡qué necesidad de ponernos un título y con ello resaltar! Qué necesidad de sentirnos reconocidos en un campo en el que más que brillar, deberíamos sentir vergüenza y responsabilidad.

Claro que necesitamos “deconstruirnos” como varones, pero no hay que gritarlo, hacerlo buscando felicitaciones ni como estrategia de conquista. El concepto de deconstrucción nace del trabajo de Jacques Derrida (2003, como se citó en Delgado, 2019) con el intento de examinar el conjunto de saberes en occidente; es una herramienta que permite visibilizar lo que los discursos hegemónicos minimizaron y oscurecieron históricamente. Deconstruir es posibilitar que emerja lo heterogéneo desde la descentralización del poder.

En términos de masculinidad, deconstruir es cuestionar todos esos valores patriarcales aprendidos en los espacios de socialización como la competitividad, la superioridad, el control sobre otras personas y la virilidad. Pero no pueden existir varones deconstruidos. Se

deconstruyen los conceptos y prácticas de género que se inscriben sobre los cuerpos y dan materialidad a los mismos. Afirmar o rechazar que los cuerpos pueden también ser deconstruidos es una pregunta que dejo abierta, porque habría que empezar analizando la concepción misma de cuerpo. Deconstruirnos es visibilizar otras voces haciendo de la escucha, al tiempo, una postura política, mientras que reconocemos cómo nos han atravesado las miserias patriarcales y entendemos que el cambio debe ser colectivo y no únicamente auto-referencial. Deconstruir es insuficiente. Es un paso inicial, pero ¿sabemos dar el siguiente? (Delgado, 2019)

Mi deber es aportar a la transformación y al debate desde mi lugar como hombre (e incluso moviéndome de lugar), tanto desde mis lugares de privilegio como de los espacios, físicos o no, donde manchas patriarcales se mantienen presentes. No puedo estar pensando que estoy en este tipo de procesos para “ayudar” a las mujeres sino porque mi ser varón necesita una evaluación constante. Ese es el cambio principal, luego vendrían cambios colectivos con otros varones para más adelante juntar resultados con los demás grupos y transformar sistemas, pues como afirmó Connell (2003, como se citó en Delgado, 2020) “el riesgo político de un proyecto individualizado de reforma de la masculinidad es que al final ayudará a modernizar el patriarcado en lugar de abolirlo”.

Darme cuenta, pues, está siendo el primer paso. Por ende, no es gracias al darme cuenta que soy un nuevo hombre liberado de tradiciones y decisiones patriarcales, sino que, gracias a esa reflexión, puedo entender mi pasado y decidir conscientemente sobre mi futuro. El darme cuenta ha servido como un medio para hacer conciencia, para relatarme desde mi propia historia, para ver lo que se vivió y donde incluso se vislumbraron procesos de subjetivación y reconfiguración. Aunque todos estos procesos que he mencionado no se reducen a la palabra “deconstrucción”, la cual también parece haber sido mercantilizada, podríamos por facilidad agrupar todas estas invitaciones si se quiere.

Afirma Péter Szil (2019) que lo más complicado a la hora de trabajar con hombres en la deconstrucción es mostrar que la ganancia va a ser únicamente ética, pues en términos simples no todas las personas ganaremos con la igualdad, pues, al ganar las mujeres, los varones “perderíamos”. Sé que en el fondo este autor comunica que sí hay una ganancia más allá de lo ético, debido a las pérdidas (metafóricas y físicas) de espacio simbólico. Pero sí ganamos. De hecho, mucho. Yo, por mi parte, doy fe de que la ganancia va más allá de la limpieza del discurso y de la manera en que me relaciono con las personas, pues aumentó el amor por mí mismo y por mi entorno cuando empecé a entender la manera en que me forjé como varón, aunque no todo el camino hayan sido alegrías y libre de errores. Ha sido un “perder para ganar”, pues, aunque

por mero instinto nadie quiere renunciar a lo que le hace más fácil la existencia, cuando aprovechamos la misma capacidad humana para actuar razonablemente y desde el amor, se pueden tomar grandes decisiones en nombre de la justicia y se asumen otras responsabilidades.

Según Delgado (2019) podemos deconstruir ciertas posturas que permitan visibilizar privilegios, pero no basta con reconocer y decir que queremos cambiarlos, pues es visible la ausencia de herramientas colectivas, referentes o ideales del modelo deseable. El trabajo debe iniciar con respondernos cómo queremos esos varones nuevos sin limitarnos a decir cuáles son esos rasgos de la masculinidad hegemónica que no nos gustan.

Bonino (1999) por su parte señala que las maneras de innovar hacia esta ética de género trascienden del reconocer a las disidencias sexuales y a las mujeres como iguales, y también se necesita de modo terrenal cuestionar nuestros hábitos y nuestra identidad. Cambiar significa transformar desde adentro y en esferas sociales mitos patriarcales que nos vuelven reacios a la incorporación de nuevos y más justos ideales (p. 18). Abdicar de los privilegios, pues, no es asunto sencillo, por más que parezca una solución rápida y utópica, es realmente titánica la tarea que tenemos por delante.

Los varones podemos también comenzar con el cuestionamiento de nuestra “zona de confort” masculina, la cual considero que es la principal barrera que tenemos al decidir la *traición voluntaria al patriarcado*, es decir, la ruptura de ese pacto. Si no vemos que esto del machismo, patriarcado, género, feminismo, igualdad y luchas es “tan importante” o “tan cierto”, podremos tener el primer síntoma de complicidad. Esto no se reduce a posiciones a favor o en contra, como si fuera un gusto. Deberíamos no perder de vista que este sistema y sus violencias son históricas, sistemáticas y estructurales por lo que no podemos simplemente negar su necesidad de abordaje solo porque “yo no tengo la culpa”. Si hay beneficios derivados de este sistema, entonces hay culpa, o por lo menos uno de los residuos de esa culpa. Y hay culpa compartida, por ello la importancia de recordar que la postura individual no es suficiente, pues el cuestionamiento político debe ser colectivo.

No nos hemos caracterizado por ser víctimas directas, pero como ya mencioné en momentos anteriores, el sistema patriarcal también nos limita y nos condiciona. Podemos y deberíamos poner a temblar nuestros entornos cercanos desde acciones simples pero contundentes, mientras tenemos un ojo puesto sobre nosotros mismos, pues debemos actuar por liberación propia y no por alabanzas ajenas; si buscamos ser héroes, ser aplaudidos y salir bien librados todo el tiempo, ese no es el camino. Debemos tener memoria para saber qué ha sucedido y decisión para evitar que se siga perpetuando. Puede haber nuevos futuros, en

nosotros, nuestro entorno y en las generaciones que hoy se forman. Este es un camino donde te pones unas gafas “detectoras de patriarcado”, y aunque no actúan solas ni son mágicas, hacen que empieces a ver privilegios, mandatos, desigualdades y relaciones de poder en todo, al tiempo que se te invita hacer más desde un costado, sin seguir siendo el principal protagonista y desde el silencio como ejercicio simbólico. Porque nuestro silencio ha sido laxo: ausente para poder lucir y dominar espacios, y presente cuando se trata de trascender en conversaciones con otros varones.

Invito, del mismo modo, a no preocuparse mucho por el título del hombre que se piensa, a no abusar del término “deconstrucción”, ni tampoco quisiera desperdiciar valioso tiempo en saber si esto se trata de nuevas masculinidades (nuevo no significa mejor) o viejas pero reconfiguradas. Comparto con Hernando Muñoz el nombre que se le pone a estas como “masculinidades resignificadas”, porque finalmente siempre hemos sido hombres, por lo que no escapamos al beneficio patriarcal, y cualquier acción que busque reivindicación, resignificará quien soy. Pero cuidado, pues ya he mencionado que no somos varones extraordinarios solo por liberarnos de capas, por decir “niños y niñas” todo el tiempo y menos por considerar que “yo ayudo mucho con las labores del hogar”.

“¿Eres lo suficientemente valiente para ser vulnerable, buscar a otro hombre cuando necesitas ayuda, sumergirte de cabeza en tu vergüenza, lo suficientemente fuerte para ser sensible, llorar cuando estás herido o feliz, incluso si eso te hace ver débil?” (Baldoni, 2018) ¿Has tenido alguna vez una conversación profunda con otro hombre? ¿Sobre qué hablaron? Pensemos si alguna vez hemos roto aquella premisa que nos dice que los hombres solo hablamos de asuntos banales y de mujeres, o si por lo menos una vez en la vida hemos trascendido aquel límite de intimidad que una conversación masculina supuestamente no tiene.

Necesitamos ser esos varones que se escuchan entre sí, que hablamos de sí mismos y en primera persona, pero no para echarnos flores sino para hablar de eso que nunca hemos hablado y que sentíamos ajeno; queremos hombres que se reúnan a crecer en conjunto mientras ponen a tambalear su individualidad, que se "espejean" los unos a los otros, que se conectan a través de lo que se necesita mental y físicamente, que se cuestionan por la relación que tienen con sus cuerpos, hombres que para educar cortan con lo que no quieren que se perpetúe incluso si los saca de su comodidad, que realizan ejercicios de contacto entre cuerpos masculinos sin malicia ni vergüenza, hombres que se expresan y dicen que aman y que necesitan ayuda. ¿Le has preguntado alguna vez a otro varón cómo durmió o si ha comido bien? ¿Estarías tranquilo si

tus hermanas, hijas, amigas o madre se relaciona con un hombre como tú? ¿Qué mandatos les estamos dando a nuestros hijos sobre lo que significa ser hombre?

Debemos solicitar y apoyar políticas públicas con perspectiva de género que visibilicen y mantengan el trabajo con varones, por supuesto sin restar un solo peso a los programas ya existentes y bien ganados por minorías históricamente excluidas y grupos de mujeres, porque se trata de ir hacia un fin común, pero por caminos paralelos e independientes, que de igual manera pueden tocarse de tanto en tanto. Porque del dinero público que podría estar dirigido al trabajo con hombres, gran parte de este podría estar siendo actualmente empleado en lugares que bien representan las consecuencias propias de contratos de virilidad: cárceles, hospitales, juzgados y más. Así que, si bien pensar en trocar la inversión es algo utópico, considerar la prevención podría ser un paso certero. Bonino (1999) considera imprescindible ofrecer espacios para varones como grupos de reflexión, jornadas y cursos sobre la condición masculina, donde se permitan explorar nuevos roles, evaluar aquellos sentimientos adversos hacia otras identidades de género y las mujeres, desarrollar capacidades empáticas y cuidadoras, y reflexionar sobre las dificultades para el cambio, pues es necesario desactivar la idea de que la lucha por la igualdad le corresponde a ellas. Nada podrá hacerse si no existe disposición al cambio en nosotros mismos, ya que los vínculos igualitarios no suceden solo al “adaptarnos” pasivamente a lo que ellas y otras disidencias hagan (p.19-20). Cuidarnos entre nosotros y trabajar en grupos de varones no implica condescendencia y pensar que vamos unos a llevar de la mano a otros porque no están “agraciados”, es exigir desde el amor, desde el hacernos cargo, no excusar violencias y gestionar emociones. Como diría Kaufman (1999), “debemos hablarles a otros hombres como si fueran nuestros hermanos, y no como extraños que no son tan iluminados o merecedores como nosotros” (p.5).

Los hombres son "discapacitados emocionales", según Carolina Chavate (2020) pues es común que los hombres no busquemos ayuda cuando tenemos necesidades que trascienden lo físico, y cuando lo hacemos, suele ser con mujeres. Es como si la vergüenza de nosotros mismos frente esos sentires que nos mueven la existencia significaran desconfianza.

Recordemos que todas estas acciones son revolucionarias, especialmente en una sociedad como la colombiana, que no es muy ajena a las dinámicas regionales y mundiales, donde el Estado, la iglesia y algunos grupos tradicionales suelen mantenerse en unión para seguir perpetuando el control a los cuerpos y las maneras de habitar espacios. Comenta Bustamante (2013) que “el Estado moderno, patriarcal y heteronormativo, (ha tenido) entre sus proyectos el establecimiento de una ciudadanía universal donde, además de contar con una

identidad nacional, también se tuviera una identidad sexual acorde con el modelo binario heterosexual” (p. 179); es decir, para estos sistemas tradicionales y patriarcales, lo más fácil y útil es perpetuar dominios. De ahí su reticencia.

Los hombres somos profundamente cómplices en el modelo hegemónico de masculinidad, por lo que incluso cuando nuestros propios comportamientos individuales se distancien parcialmente de estos patrones, tendremos una tendencia e interés permanente en apoyarlo. Podemos, entonces, echar mano de la injusta ventaja de nuestra posición como varones para hablar de masculinidades de manera analítica (sin ir a buscar más ventaja y oprimir) e ir más allá de la opinión, pues la mera pertenencia a un grupo no justifica la posibilidad de estudio, pero el hecho de adoptar posturas humildes y abiertas avala nuestra entrada al análisis individual y en conjunto, pues podríamos finalmente ser nosotros mismos, aunque no lo creamos, quienes más sepamos de nuestras propias configuraciones de masculinidad.

Nos debe de decir mucho una sociedad en la que varios hombres minimizan las luchas de minorías oprimidas y de grupos de mujeres que reclaman, por lo menos, igualdad. He escuchado a muchos varones diciendo que somos nosotros quienes ahora nos encontramos en desventaja, pues es supuestamente mucha la normatividad adicional a la existente y que aplica para todas las personas, la que se ha tenido que crear para proteger grupos más vulnerables. Denota miedo. Parece un niño que reclama por un juguete apenas otra persona lo empieza a usar. Aquí nos deberían espantar y deberíamos estar hablando de los porqués de una sociedad donde es tanta la violencia sobre ciertos grupos, que tienen que recibir amparo adicional para no ser exterminado. ¿Y que por qué no hay un delito que se llame “masculinicidio”? Creo que no hace falta responder.

Resalta Szil (2019) que “los hombres tienen que hacerse disidentes del patriarcado con todo lo que eso conlleva de persecución y dificultades”. Considero que luego de hacer ejercicios retrospectivos propios sobre nuestras masculinidades y de crear redes entre hombres cercanos, el siguiente paso debería ser con las generaciones de varones que hoy están en etapas de niñez y adolescencia, pues puede haber más probabilidad de recepción, así como tendríamos la oportunidad de tener en el mundo por más años visiones más frescas y conscientes de lo que es la “hombría”. Y, por supuesto, aunque pueda haber mayor prevención, es necesario también invitar, interpelar y acompañar (directa e indirectamente) esas otras masculinidades de hombres mayores, porque, aunque tengan menos años por vivir que la mayoría de las personas jóvenes, sus concepciones probablemente más añejas sobre masculinidad, el género y la igualdad pueden ser más extremistas y difíciles de poner a tambalear.

Si un jefe o superior hace un chiste misógino o racista, seguramente no podremos decirle mucho, pero no reírse es un mensaje certero. Es desestimular este tipo de actos e invitar incluso con sutileza a la evaluación, tanto a personas con más poder como a cualquier desconocido, porque he sido testigo de cómo, por ejemplo, no es necesario que dos varones se conozcan para que juntos, con un gesto, comuniquen su pensar frente a la mirada morbosa que le hacen a una mujer que recién pasó cerca de ellos. ¿Queremos revolucionar y queremos ser valientes? Saquemos de nuestro vocabulario todo chiste y normalización con contenido misógino; encaremos, como acto de amor al prójimo, a hombres conocidos (y ojalá también a los no conocidos) para que dejen de cometer la más mínima violencia contra minorías oprimidas y contra mujeres. Aún con lo difícil que pueda llegar a ser, propongamos discusiones y resignifiquemos lo que es ser hombre. Desjerarquicemos relaciones e invitemos sin imponer.

Que cada acto sea un acto político. Primero con nosotros mismos y luego con nuestro alrededor, comenzando por cuestionar lo cotidiano como el lenguaje usado en casa y en el trabajo o en el contenido que consumimos, en lo que hay detrás de todo el porno y los “chistes” que se comparten en los grupos de WhatsApp, especialmente en aquellos en los que solo hay varones. Hablemos de prostitución, pero no para seguir hablando de las mujeres sino de cómo el varón ha aportado a la perpetuación del este, de nuestro “derecho” al consumo, al privilegio de poder pagar y de nuestra complicidad. Gran problema radica en quien consume, paga y es cómplice con esta práctica. Imagino espacios donde los hombres entablemos conversaciones y cuestionamientos en colectivo para luego empapar otros espacios e individuos, partiendo precisamente de preguntas como: ¿conoces a un hombre con actitudes machistas? Y ¿algún conocido tuyo ha violentado alguna mujer? Porque es común que los varones respondamos inmediatamente que no, porque sabemos que las violencias contra las mujeres están ahí, pero las vemos lejanas cuando queremos pensar en casos concretos, ya sean nuestros o de cercanos. Todos los varones o lo hemos hecho o hemos sido cómplices así sea desde el silencio, y eso es el pacto patriarcal, un acuerdo no siempre explícito de complicidad entre varones para no solo no condenar actos patriarcales y misóginos, sino para autorizar al otro hombre de continuar con lo que hace sin que haya consecuencias y visibilidad. Estos grupos de varones que imagino, son otro hilo suelto que queda disponible en este trabajo, pues los cambios metodológicos obligados por la pandemia del Covid-19 hicieron reconsiderar el tener 3 grupos focales (amigos, compañeros, primos) en mi metodología e hicieron encaminar todo el análisis y la narración al plano personal, antes de intentar dar aportes a lo que se puede hacer en conjunto y en las dos instituciones socializadoras por excelencia: familia y escuela.

Quiero pensar en el porqué de todas esas veces en que he sido más amable con una mujer atractiva únicamente porque “quizá algo sucedía”. Que todo pase por el cuerpo, que las transformaciones sean con el cuerpo y a través del cuerpo. Los procesos de transformación y las preguntas no pueden ser aisladas. En mi proceso de lucha contra mi ego, ansiedad de futuro, deseos de control y durante este camino de autoconciencia, he concluido que mi cuerpo me habla, me envía mensajes y me da claridad. No es únicamente lo que mi razón me dicte, es también lo que siento.

Pensemos en qué es lo que le resaltamos a los hombres que admiramos, en qué tenemos que admirarles a tantas mujeres, y pensemos en qué tipo de persona podemos llegar a ser. Pensemos por un momento que cada acto de nuestra parte está siendo observada, no para vivir de manera condicionada y ficticia, sino para que dimensionemos cómo es que lo “normal” no siempre es lo correcto. Todo lo que hagamos, estará forjando algo en esos niños menores que nos ven: sobrinos, vecinos e hijos.

Hace muy poco tiempo le hablé vía WhatsApp a un compañero con el que entreno fútbol buscando en él una asesoría para comprar una bicicleta. Me sorprendió su amabilidad y su impecable manera de escribir. Cuando menos pensé, estaba “soñando” y creo que hasta sonriendo porque empecé a imaginarme la posibilidad de ser más cercanos y me interesó mucho su vida. Dije “soñar” porque todo tuvo un sentido más extraño, pero más bonito cuando caí en cuenta de que era la primera vez que sentía eso con un hombre, sin ser algo sexual o romántico, como sí lo ha sido durante tantos años con las mujeres. Sé que no estoy solo en aquel momento en el que siento que, si una mujer me sonrío o es amable conmigo, es porque le atraigo. Ego detectado. Rápidamente entiendo que puedo decepcionarme, pues él no tiene por qué ser ese amigo que creé rápidamente en mi cabeza y su amabilidad no significa que de alguna manera esté interesado en mí. Lo que resalto, al final, fue cómo pude entender mejor mi comportamiento con mujeres en algunos momentos de mi vida, a partir de la experiencia similar con un varón.

Sin olvidar el riesgo ya comentado sobre creer que se hacer mucho al encarar procesos de autoconciencia y sobre el riesgo de hacerlo en solitario, este trabajo, por más que haya descrito mi lado “más oscuro” y haya develado elementos que configuraron mi masculinidad, también permitió aumentar mi autoestima a partir de reconocermelo sensible de diferentes maneras a través de mi vida. Por ello, no creo que sea gratuito que a mis 4 años en mi jardín infantil haya recibido un reconocimiento por mi ternura.



Desde este camino que significa decidir el hombre que quiero ser de ahora en adelante, quiero agradecer por la calidad humana que tengo a mi alrededor, el amor de mis padres, la escucha de tantas mujeres, la incondicionalidad de mi madre, lo grandioso de tener un jefe que más que un superior es una persona justa y noble, por la belleza de lo pequeño, mis familias, mi cuerpo, la calma, las grandes oportunidades que tengo, por la fidelidad del fútbol y por todo eso que no cabe en palabras.

Una vez empecé la "lucha contra mí mismo", o mejor, el camino de evaluarme con exigencia y amor, tengo una visión de la cual posiblemente no haya vuelta atrás. Elegir es también renunciar. Pero renunciar aquí es ser libre, responsable y amoroso conmigo mismo y con mi entorno. Esto incluye tener conflictos con muchos gustos, modismos, normalizaciones,

expresiones, privilegios, autorizaciones e incluso con la música, la cual es una de las columnas que hacen más colorida mi vida. En la música he podido encontrar muestras de todo lo que en este texto he abordado, y aunque luzca como tema para otra investigación, no es menor pensar en cómo esta representa muchas de las situaciones que nos hacen desiguales. Ponerse las “gafas” implica no ser el mismo y supone una atención más estricta a los detalles estereotipados de género e inequidad.

Hoy decido voluntariamente escuchar, leer y ver esas otras personas que durante años me prohibí y me prohibieron. Quiero editar mis referentes sin abandonarlo todo, quiero tener imágenes de mujeres en mi habitación, así como he tenido toda la vida figuras de otros varones. Quiero admirar a otros hombres, no porque haya descartado a todos los queridos hasta aquí, sino por inspiración desde otros ángulos, quiero empezar a cuidar, establecer vínculos más profundos con mis amigos y seguir alimentándonos como hombres.

En muchos momentos de mi vida, paralelo a la minimización de mi propio ser hombre debido a las culpas subsecuentes de mis errores, vi en las mujeres una especie de “perfección” que me hizo concluir, resignado, que nunca sería como ellas: sensibles, con decisiones claras, pulidas, fuertes, preocupadas por lo estético, pragmáticas, no explosivas y certeras. Rendido, concluí que ser varón era ser burdo, predecible y simple, sobre todo, porque mis acciones solían estar en discordancia con lo que yo quería y mi entorno valoraba debido a un exceso de ego y ejercicio de dominio. Luego, mientras fingía un poco y sonreía otro más, pensé en que era un ser desviado, porque además de haber ejercido violencias y haber tomado malas decisiones, tenía que encarar un “proceso” que me diera luces en mi camino.

Y sí, el camino es necesario. El final de este escrito es el inicio del proceso, que es muy bello pero exigente. Hoy puedo seguir maravillándome con eso que las personas hemos hecho, hoy valoro haber podido pensar en esas acciones que me hicieron este hombre, incluso aquellas cuyas consecuencias fueron indeseables. Me estoy desmanchando y liberando de algunas culpas y mientras sigo admirando a todas las personas, siento un aprecio adicional por ser hombre, me estoy amando más y estoy conviviendo más tranquilo con esta masculinidad que cada día es más elegida.

Me estoy reconciliando con las masculinidades, especialmente con la mía y la de mis padres. Necesitamos exigirnos como varones sin minimizarnos, dejar florecer todas aquellas maneras de ser varones desde la sensibilidad, la complejidad, el pensarse, el amor y el cuidado. Hoy agacho la cabeza ante todas las personas que herí y utilicé, a quienes no correspondí y de quienes abusé. Quiero embarcarme en un viaje en el que pueda prevenir más que lamentar.

E invito a mis amigos, primos, padres, tíos, vecinos, compañeros y conocidos a que hagan una pausa y consideren una evaluación propia de su masculinidad, pues tenemos serias responsabilidades. Descubrirse es liberarse, y liberarse es dar amor.

Vamos, hombres, lo tenemos todo para ser mejores.

Referencias

- @Feminismos (20 de noviembre de 2017). Por qué la violencia de género es sólo contra las mujeres. (Tuit). Cuenta de Twitter desactivada. Recuperado inicialmente de: <https://bit.ly/3cKsJ5N>
- Abad Faciolince, H. (2006). *El olvido que seremos*. Bogotá, Editorial Planeta.
- Acaso, M. & Nuere, S. (2005) El currículum oculto visual: aprender a obedecer a través de la imagen. *Revista Arte, Individuo y Sociedad*, (17) 205-218. <https://revistas.ucm.es/index.php/ARIS/article/view/ARIS0505110207A/5814>
- Agamben, G. (2016). *El fuego y el relato*. Sexto piso
- Alabarces, P. (2014). *Héroes, machos y patriotas. El fútbol entre la violencia y los medios*. Buenos Aires. Argentina. Editorial Aguilar.
- Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Argentina. Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Badinter, E. (1993) *XY identidad masculina*. Bogotá, primera edición. Ed. Norma.
- Baldoni, Justin. (2018, 3 de enero). *Why I'm done trying to be "man enough"* [video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=Cetq4qu0oQQ>
- Barroso, Alejandro. (2019). *Comprender el suicidio desde una perspectiva de género: una revisión crítica bibliográfica*. *Rev. Asoc. Esp. Neuropsiq.* 2019; 39(135): 51-66. <https://scielo.isciii.es/pdf/neuropsiq/v39n135/2340-2733-raen-39-135-0051.pdf>
- Bian, L., Jane Leslie, S. & Cipian, A. (2017). Gender stereotypes about intellectual ability emerge early and influence children's interests. *Revista Science*, 355(6323), p. 389-391. <https://science.sciencemag.org/content/355/6323/389>.
- Blair, E. (2012). *Un itinerario de investigación sobre la violencia. Contribución a una sociología de la ciencia*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Blanco, M. (2012). ¿Autobiografía o autoetnografía? *Desacatos*, (38), p. 169-178. <http://www.scielo.org.mx/pdf/desacatos/n38/n38a12.pdf>
- Bleier, R. (1984). *Science and Gender. A Critique of Biology and its Theory on Women*. Pergamon Press.
- Bolívar, A., Domingo, J. y Fernández, M. (1998). *La investigación biográfico-narrativa en educación. Guía para indagar en el campo*. Granada, Force - Universidad de Granada. Grupo Editorial Universitat.

- Bonino Méndez, L. (1999). Los varones frente al cambio de las mujeres. *Revistes Científiques de la Universitat de Barcelona*. Revista Lectora: Dones i textualitat. (4). <https://revistes.ub.edu/index.php/lectora/article/view/6459/8228>
- Bruner, J. (2003). *La fábrica de historias. Derechos, literatura, vida*. Fondo de Cultura Económica.
- Burguete M., Martínez J., y González G. (2010). Actitudes de género y estereotipos en enfermería. En: cultura de los cuidados. Año XIV. N°28. http://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/16329/1/CC_28_06.pdf
- Bustamante Tejada, W. (2013). Masculinidad y homofobia. El control de la sexualidad del varón en la construcción del Estado colombiano. *Revista Sociedad y Economía*. (24), p. 159-182. <https://www.redalyc.org/pdf/996/99629534008.pdf>
- Butler, J. 2002. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Paidós.
- Butler, J. 2007. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona, España. Editorial Paidós
- Calles Quintero, G (Manes a la obra). (31 de julio de 2020). *Masculinidades cuidadoras de toda la vida*. (Estado de Facebook) Recuperado de <https://www.facebook.com/manesalaobra/videos/2666148733602110>
- Canal Salón Erótico de Barcelona. (2018) Sin educación sexual. <https://www.youtube.com/watch?v=Pj0Uh2Pe6JU>
- Chavate, C. Cosas que dan cuerda al mundo - Podcast (2020). De discapacitados emocionales a hombres conscientes ¿Son todos los hombres iguales? - Episodio 6. <https://www.youtube.com/watch?v=Xeq65PZre1q>
- Connell, R. W. (2001). Educando a los muchachos: nuevas investigaciones sobre masculinidad y estrategias de género para las escuelas. *Revista Nómadas*,(14), p.156-173. <https://www.redalyc.org/pdf/1051/105115268013.pdf>
- De Lauretis, T. (1989). *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*. London, Macmillan Press.
- Delgado, L. (15 de noviembre de 2020). A la caza del aliado o la muerte de la "nueva masculinidad". (Mensaje en un Blog). Recuperado de https://www.elsaltodiario.com/masculinidad-en-demolicion/caza-aliado-muerte-nueva-masculinidad?fbclid=IwAR1iGbatHNTGbGfwUp7OUJkvn8V1guwzAqzN2DLHY4MoaUsCSX_URDCpa4o

- Delgado, L. (2019). Contra la deconstrucción masculina. Diario web El Salto. <https://www.elsaltodiario.com/masculinidades/contra-que-es-deconstruccion-masculina?fbclid=IwAR0JS84EWkpuCcLrx6lvNqJPh3YnT7OlqXAApJL0hpsz0DvFDGZ2kSKi3GjE#>
- Delgado, L. (2020). ¿Conoces el cuerpo de tu padre, su piel, sus emociones? *Revista digital El Asombrario & Co.* <https://elasombrario.com/conoces-cuerpo-padre-piel-emociones/?fbclid=IwAR3pl6RZPIsvGMK0dquoKwPhy9Wx7atvqbkTv9NV2Cre0CblwtVUIB>
- Delgado, L. (2020). ¿Qué hace un hombre como tú en las manifestaciones del 8M? *Revista Digital El Asombrario & Co.* <https://bit.ly/2Y6hsbG>
- Delgado, L. (2020). Cómo afecta el feminismo a la sexualidad masculina. *Revista Digital El Asombrario & Co.* <https://elasombrario.com/como-afecta-el-feminismo-a-la-sexualidad->
- Demetrio, D. (1999). *Escribirse. La autobiografía como curación de uno mismo*. Barcelona, España. Paidós Ibérica.
- Devís, J; Fuentes, J y Sparkers, A. C (2005). ¿Qué permanece oculto del currículum oculto? Las identidades de género y de sexualidad en la educación física. *Revista Iberoamericana de Educación.* (39), (p.73-90). <https://rieoei.org/historico/documentos/rie39a03.pdf>
- Dosse, F. (2007). *El arte de la biografía*. México. Universidad Iberoamericana
- Ellis, C. y Bochner, A. (1996). *Composing Ethnography: Alternative Forms of Qualitative Writing*, California. Altamira Press
- Ellis, C. y Bochner, A. (2003). "Autoethnography, Personal Narrative, Reflexivity. Researcher as Subject", en Norman Denzin e Yvonna Lincoln (eds.), *Collecting and Interpreting Qualitative Materials*, sage, California.
- Ellis, C., Adams, T., Bochner, A., Richardson, L., Adams St. Pierre, E., Preissle, J., DeMarrais, k., Rambo Ronai, C., Tullis, J., Burns, M. & Jerz, D. (2019). *Autoetnografía. Una metodología cualitativa* (1a edición; S, Bénard, Editora). Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- Esch, K. (DW Documental). (2019, 11 de septiembre). *Testosterona - La fuerza motriz de los hombres* [video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=xiGzNNjHJa4>
- Facebook (2020). Tute. (Estado de Facebook) Recuperado de <https://www.facebook.com/photo.php?fbid=208009757362673&set=pb.100044609491546.-2207520000.&type=3>)

- Ferraroti, F. (1983-1988), "Biografía y ciencias sociales", en Cuadernos de Ciencias Sociales, núm. 18, Historia oral e historias de vida, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, San José.
- Filene, P. G. (1974) *Him/Her/Self. Sex roles in Modern America*, 2da edición 1986, The Johns Hopkins University Press, Baltimore/London; Joe L. Dubbert, "Progressivism and the Masculinity Crisis", en *The American Man*, ed. E. y J. Pleck, Prentice-Hall Inc, New Jersey, 1980
- Fine, A. (1994). *Billy y el vestido rosa*. España, Alfaguara (1.a edición).
- Fisher, R. (1987). *El caballero de la armadura oxidada*. Ediciones Obelisco.
- Flores, V. (2008). Entre secretos y silencios. La ignorancia como política de conocimiento y práctica de (hetero) normalización. *Revista Trabajo Social*. Ciudad de México. (18), p. 14-21.
- Freire, P. (1993). *Pedagogía de la esperanza. Un reencuentro con la pedagogía del oprimido*. México. Siglo XXI editores.
- Gaitán, A. (2000), "Exploring Alternative Forms of Writing Ethnography", *Forum: Qualitative Social Research, Sozialforschung*. <<http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs0003420>>.
- García Suárez, C. I (Ed). (2004). *Hacerse mujeres, hacerse hombres. Dispositivos pedagógicos de género*. Siglo del Hombre Editores.
- García Suarez, C.I. (2003). *Edugénero. Aportes investigativos para el cambio de las relaciones de género en la institución escolar*. 2da edición. Bogotá, Colombia. Universidad Central de Colombia.
- García, L. (2020). (Manes A a la obra). (2020). *Masculinidades cuidadoras de toda la vida*. (Estado de Facebook) Recuperado de <https://www.facebook.com/manesalaobra/videos/2666148733602110>),
- Giroux, H. A. (1997). *Cruzando límites. Trabajadores culturales y políticas educativas*. Barcelona, Paidós.
- Gonzalbo Aizpuru, P. (2009). *Introducción a la historia de la vida cotidiana* (2.a edición). El Colegio de México.
- Granada, Grupo Editorial Universitario.
- Guarín García, J. J. (2013). *El maestro como ser humano en el marco de la implementación de las políticas de calidad educativa. Aún queda espacio*. (Tesis para optar al título de Maestría en educación, Universidad de Antioquia).

http://bibliotecadigital.udea.edu.co/bitstream/10495/6458/1/JohnGuarin_maestros_politic_as.pdf

Guevara Ruiseñor, E. S. (2006). Construcción de la masculinidad en la escuela y la familia en jóvenes universitarios. *Revista Psicología para América Latina*, (8).
http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-350X2006000400015#sdfootnote2sym

Hoyos, A. (Productor) y Matiz Borda, M. (Directora). (2017). Todo lo que flota (Cortometraje): Escuela nacional de cine y Guataque cine.
http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-66662009000400008

Javi Alonsox (2020, 19 de marzo). LA RUEDA DE PRIVILEGIOS: por qué interseccionalidad [video]. YouTube.
<https://www.youtube.com/watch?v=2cCbIXzXOoY&fbclid=IwAR0eGmMqoaAxeh4kBMSkhKcnGZGJIDPZHixfZz2WGtvRMEIzSlv9o4Jnbbw>

Kaufman, M. (1989). *Hombres: Poder, placer y cambio*, Santo Domingo. Centro de investigación para la acción femenina (CIPAF).

Kaufman, M. (1999). Las siete P's de la violencia de los hombres. *Sitio Michael Kaufman*.
<https://www.michaelkaufman.com/wp-content/uploads/2009/01/kaufman-las-siete-ps-de-la-violencia-de-los-hombres-spa>

Kaufman, M. (s.f.). Romper los lazos entre masculinidad y violencia. *Sitio Web de la Campaña del Lazo Blanco*.
http://www.lazoblanco.org/wp-content/uploads/2013/08manual/bibliog/material_masculinidades_0530.pdf

Larrosa, J. Remei, A. Ferrer, V. Pérez de Lara, N. Connelly, F. M. Clandinin, D. J. y Greene, M. (1995). *Déjame que te cuente. Ensayos sobre narrativa y educación*. Barcelona, España. Editorial Laertes.

Lerner, G. (1990). *La creación del patriarcado*. Barcelona, Editorial Crítica. Barcelona.

Marín, Ó. (2019). *Avatares de la construcción de masculinidad(es) en la escuela* (Tesis de maestría). Universidad de Antioquia, Medellín.

McIntoch, J. (2017). Complicit Geek Masculinity and The Big Bang Theory. *The pop culture detective agency*.
<http://popculturedetective.agency/2017/complicit-geek-masculinity>

Mesa, A. Conversación en Facebook (13 de agosto de 2020) Sobre su libro “como hombres”, UdeA. (Estado de Facebook)
<https://www.facebook.com/bienestarudea/videos/337233224070112>

- Molano, A. (2014). Las palabras de Molano a la Universidad Nacional. *Revista Semana*. <https://www.semana.com/nacion/articulo/las-palabras-de-molano-la-universidad-nacional/404564-3/>
- Muñoz Sánchez, H. (2017). *Hacerse hombres: La construcción de masculinidades desde las subjetividades*. Medellín, Colombia. Fondo Editorial FCSH.
- Núñez Noriega, G. (2016). Los estudios de género de los hombres y las masculinidades: ¿qué son y qué estudian? *Culturales*, vol. 4 (1), p.9-31. <http://www.scielo.org.mx/pdf/cultural/v4n1/2448-539X-cultural-4-01-00009.pdf>
- Palacio, M. C. (2009). Los cambios y transformaciones en la familia. Una paradoja entre lo sólido y lo líquido. *Revista Latinoamericana de estudios familiares*. Vol. 1, enero – diciembre de 2009, p. 46-60. http://vip.ucaldas.edu.co/revlatinofamilia/downloads/Rlef1_3.pdf
- Pardo, J. L. (2000). Al borde del discurso. De la emoción en los límites de la palabra. *Thémata* (25), p.81-93. https://idus.us.es/bitstream/handle/11441/27505/file_1.pdf?sequenc
- Pateman, C. (1995). *El contrato sexual*. Barcelona. Anthropos.
- Ribeiro, D. (2018). Breves reflexiones sobre lugar de enunciación. *Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI)*, (39). https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/685440/RI_39_2.pdf?sequence=1
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. México. Siglo XXI.
- Ricoeur, Paul . (1995). *Tiempo y Narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, Vol. I, México. Siglo XXI.
- Rivas Flores, J.I. (2009). *Narración, conocimiento y realidad. Un cambio de argumento en la investigación educativa (Voz y educación La narrativa como enfoque de interpretación de la realidad)*, Barcelona, Octaedro.
- Rivas Flores, J.I. (2012). Investigación biográfico-narrativa. El sujeto en el centro. *Universidad De Malaga*. <https://ebevidencia.com/wp-content/uploads/2012/07/In-Biografica-Narrativa-RIVAS-FLORES.pdf>
- Rodríguez Vásquez, Z. P. (2005). What about Little Blue Riding Hood? ¿Y qué tal Caperucita Azul? Una versión sobre la enseñanza del inglés. Reflexión autobiográfica. (Tesis para optar al título de Maestría en Pedagogía, sistemas simbólicos y diversidad cultural, Universidad de Antioquia).
- Rubin, G. (1975). "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo". En: Lamas, Marta (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México, D.F. PUEG-UNAM y Miguel Ángel Porrúa Grupo Editorial.

- Sánchez Maíllo, C. (2014). La familia una institución natural preexistente a la ley. Perspectivas sobre su regulación actual en España. *Asamblea: revista parlamentaria de la Asamblea de Madrid*, p.177-194.
- Sancho, J.M; Hernández, F; Herraiz, F; y Vidiella, J. (2009). Una investigación narrativa en torno al aprendizaje de las masculinidades en la escuela. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*. Vol 14, (43), p.1155-1189.
- Scott, J. (1996). *El género, una categoría útil para el análisis histórico*. En Marta Lamas (Comp.), La construcción cultural de la diferencia sexual. México. Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM.
- Segato, R. (22 de agosto de 2017). "La primera víctima del mandato de masculinidad es el hombre". La Capital. Recuperado de <https://www.lacapital.com.ar/ovacion/la-primera-victima-del-mandato-masculinidad-es-el-hombre-n1456007.html>
- Silva, R. 2007. *A la sombra de Clío: diez ensayos sobre historia e historiografía*. La Carreta Editores.
- Sintura, C. (2019). Dejemos la pendejada, no es posible renunciar a los privilegios. *Sietepolas*. <https://bit.ly/355qo2F>
- Szil, P. (2019). "Los hombres tienen que hacerse disidentes del patriarcado". Periódico feminista web *Andra.eus*. Recuperado de <http://andra.eus/los-hombres-tienen-que-hacerse-disidentes-del-patriarcado/>
- TED. (2016, 22 de septiembre). *Bring on the female superheroes!* [video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=rAZPlxYvBAE>
- Tomasini, M. (2010). Escuela y construcción de identidades de género: una aproximación a la masculinización de los varones en edad pre-escolar. *Revista de Psicología*, 19 (1), 9-34.
- Uotinnen, J. (2010). «Digital Television and the Machine That Goes "PING!": Autoethnography as a Method for Cultural Studies of Technology». *Journal for Cultural Research* 14 (2), p.161-175.
- Viveros, A. (3 de diciembre de 2018). "Los colores de la Masculinidad". (*Discurso Principal*). *Conferencia de la Universidad Nacional, Colombia*.
- Viveros, M. (2018). Conferencia: "Los colores de la Masculinidad". Mara Viveros, Universidad Nacional, Colombia [video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=iSMXanQAdfU&>
- Wilson, P. (2019). *Reggaetón: entre El General y Despacito*. Edición 1. Litografía Luz. Armenia.
- Zapata Correa, J. F. (2008). *Danzas y soledad*.